

Universidad de Chile
ICEI
Magíster Comunicación Política



La Vida Moderna del Movimiento Estudiantil:

Apuntes para una Genealogía de la Subjetivación Política del
Movimiento Estudiantil Chileno

Tesis para optar al grado de Magister en Comunicación Política

Profesor Guía: Juan Pablo Arancibia Carrizo

Estudiante: Lukas Georgudis Drápela

Diciembre 2017

Índice:

<u>I. Introducción</u>	3
<u>II. Antecedentes históricos del Movimiento Estudiantil: debates en torno a la cultura cívica</u>	10
<u>III. De la juventud de los 60` al trágico 73`</u>	28
i. Los años de Reforma Universitaria.....	31
ii. De liderazgos estudiantiles a la Unidad Popular.....	36
<u>IV. Del Golpe militar y la destrucción del sentido histórico social</u>	42
i. Dictadura y Neoliberalismo.....	46
<u>V. De la transición, el consenso y la “gente”</u>	74
i. De la Ironía y el Humor.....	85
ii. El Movimiento Estudiantil de la época del <i>consenso</i>	90
<u>VI. Vientos de optimismo: La irrupción del Movimiento Estudiantil del siglo XXI</u>	98
i. Del 2006 al 2011: Rebeldía y contrastes del neoliberalismo.....	103
ii. Reflexiones en torno al Movimiento Estudiantil.....	109
<u>VII. Conclusiones y proyecciones</u>	123
<u>VIII. Bibliografía</u>	132

I. Introducción:

Durante la última década hemos visto en la agenda política como asoman críticas al modelo económico, político y social que el país ha desarrollado durante los últimos treinta años. Este fenómeno tiene múltiples lecturas, sin embargo, habría un común denominador relacionado a un molestar de la sociedad. De alguna forma el vivir con lo justo, o incluso a veces, vivir endeudado; la poca seguridad laboral; la segregación de la población; la violencia desatada; la centralización de las decisiones; la econominización de casi todos los aspectos de la vida en general, entre muchas otras cosas, han sido caldo de cultivo de un sentimiento de malestar generalizado.

Es por la misma razón, vale decir, por su heterogeneidad de problemas que, las lecturas son múltiples y muchas veces nos encontramos con perspectivas disímiles y poco digeribles.

Una lectura –que por cierto, no pasa más allá de una perspectiva- es la que ha levantado el Movimiento Estudiantil desde el año 2006 hasta nuestros días -que tampoco guarda una sola perspectiva, por cierto.

El Movimiento Estudiantil, más allá de que sea una lectura o perspectiva de este malestar social, durante la última década se ha convertido en un actor social relevante para la agenda política del orden. No con capacidad de incidencia, pero sí con convocatoria y con legitimidad social. Es necesario recordar para estos efectos que este movimiento tuvo altos niveles de convocatoria, tanto en las calles para las manifestaciones como en acciones de protesta como paros y tomas de distintas instituciones educacionales, secundarias como universitarias. Pero además de su desarrollo en vida propia, el movimiento ha tenido una legitimidad importante, de hecho, durante 2011 casi el 80% de la población¹, según encuesta Adimark, adhería a sus demandas, pese a que con el tiempo, la clase política ha sabido divagar aquél apoyo.

Sea como sea, el Movimiento Estudiantil tanto secundario como universitario se han convertido en actores relevantes por su convocatoria y

¹ Visto en: <http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2011/09/07/el-nuevo-escenario-politico-en-que-se-mueve-el-movimiento-estudiantil/> el 28 de Octubre de 2017.

legitimidad, pero por sobre todo, por su crítica al sistema neoliberal impuesto en Chile.

Han sido los estudiantes quienes han criticado el rol que ha asumido el Estado en la educación del país. Dicha crítica no se basa simplemente en las displicencias en términos de gestión y administración, eso se traduce en que ya no son becas ni rebajas de aranceles lo que se solicita por parte del estudiantado. Más bien, la crítica es a partir de un cuestionamiento estructural tanto de la propiedad de quiénes imparten educación, como del sentido y su función para con la sociedad. Esto quiere decir, que los estudiantes han sido capaces de armar una lectura crítica del modelo educativo pensado y desarrollado por el gobierno militar, pero gestionado y profundizado por los gobiernos de la transición a la democracia.

Lo anterior es altamente relevante dado que no ha existido en Chile un actor con esas capacidades de crítica radical al sistema neoliberal implementado y que perdure tras el correr de los años.

Sin embargo, esto ocurre en buena medida porque el Movimiento Estudiantil (de ahora en más M.E.) todavía no ha sido capaz de grabar aquél daño, aquellas grietas del neoliberalismo chileno en educación, en el derecho. La educación, tras casi 12 años desde el 2006, no se ha convertido en un derecho social, sigue siendo un servicio a merced de las dinámicas del mercado.

En ese sentido, es un actor, un movimiento social que no ha vencido, pero ha sabido –no sin dificultades- mantenerse como tal durante el transcurso de los años. Incluso, podríamos decir que el M.E. ha sido una catapulta importante para algunos líderes que, junto con sus diversas orgánicas han articulado un conglomerado de colectivos y movimientos políticos en torno a lo que se ha llamado “Frente Amplio” en la actualidad. De ahí que, surgen muchas interrogantes y creemos importante investigar acerca del proceso de subjetivación que han vivido estudiantes y ciudadanos.

De esta manera, nuestro objetivo general en esta investigación es hacer una revisión histórica de antecedentes que den cuenta del estado actual de la

sociedad, la juventud y, en especial, del M.E. con el fin de poder comprender con mayor claridad el fenómeno de la aparición de este actor social y su manifestación tras esta última década.

Así planteado el objetivo, específicamente, en primer lugar, quisiéramos observar la relación del Estado, el proyecto de educación y el M.E. previo al golpe de Estado, es decir, esta relación entre los años 1920, donde aparece por primera vez la Fech (Federación de Estudiantes de Chile, en ese entonces), como actor social y político hasta el golpe de Estado, donde se suprimen los derechos civiles y políticos. De esta forma, quisiéramos obtener una idea de las posibilidades de transformación del orden social durante esos años, además de establecer algunas directrices en torno a lo que se planteaba en términos de sociedad y de educación.

En segundo lugar, para esta tarea creemos necesario caracterizar la imposición del sistema neoliberal y observar su tránsito desde el autoritarismo hacia la democracia del *consenso*, desde una perspectiva social, económica y política, con el fin de poder estabilizar una cierta subjetividad que sería un antecedente clave para comprender el M.E. del siglo veintiuno.

Por último, analizar los intentos de transformación social bajo la óptica del M.E. para poder pensar, junto a sus antecedentes, en las posibilidades de lucha en el Chile del siglo XXI consumido –más no consumado- por el tecnocapitalismo.

Explicitado el problema y los objetivos de esta investigación y, dada la envergadura, contingencia y densidad del problema político creemos que es muy complejo partir desde una hipótesis. Sin embargo, hay dos cuestiones que advertimos serán de relevancia para observar este problema. Por un lado, estaría la relación entre el concepto soberanía popular y el concepto de *Bando*, clase o élite social. Y por otro lado, la autonomía política del M.E., como aquél principio que no deja que este sea adherido a las dinámicas del orden, lo que implicaría su transformación hacia los intereses del Estado neoliberal.

De ahí que, sugerimos brindar especial atención ante estos temas, sobre todo, a partir de los años 70', donde comienza a despertar el *Monstruo negro*.

Escribir hoy sobre el movimiento estudiantil, investigar su origen histórico, sus revueltas, sus idas y vueltas, su constitución social y orgánica, entre otros muchos factores, pareciera ser una tarea fútil, trillada y con poco alcance. Es bien sabido, y de alguna forma es ya casi un convencionalismo, decir que el movimiento estudiantil de 2006 y de 2011 fue la instancia social que remeció el estado de congelamiento de la participación social y política en términos de sociedad. Que habría sido algo así como un precursor de la conciencia política del estado in-móvil de las masas.

Esa es una lectura que, por cierto, es un punto de partida para esta investigación. Sin embargo, hoy, como decíamos con anterioridad, ya harto se ha hablado del Movimiento Estudiantil. Incluso, por la viva contingencia mediática, se cruza permanentemente el desenvolvimiento del M.E. con el surgimiento de plataformas político-electorales del momento como podríamos identificar en el Frente Amplio.

En ese sentido, una buena razón para insistir en el M.E. es justamente, preguntarse por cómo y bajo qué condiciones emerge esta subjetividad. Es una pregunta que abarca elementos que no necesariamente están ligados a la participación política en organizaciones, colectivos, movimientos o partidos. Es una pregunta que cruza las subjetividades, las clases sociales, los intereses, las estéticas y las historias. Pero por sobre todo es una pregunta que incomoda ante todo afán universalista. Es una pregunta, en fin, que pone en cuestión la vivencia de los espacios, los tiempos, los proyectos de futuro, y las formas de experiencia política de quienes sienten afinidad y han sido partícipes del M.E. Puede parecer un tanto obvio, pues, el M.E. ha sido considerado como un movimiento social y, por definición, un movimiento social es laxo, tiene diversos orígenes, diferentes formas de manifestarse y mostrarse. Es evidente. Sin embargo, aquí queremos hacernos cargo de las continuidades históricas que se le han asignado a los estudiantes en la construcción y/o confrontación de lo que la educación es para la comunidad. En otras palabras, queremos comprender cierta subjetividad que se ha creado en torno a los jóvenes, los estudiantes y los conflictos de sociedad.

Sin duda, preguntarse por el M.E. es indagar acerca de los jóvenes, incluso de los niños, siempre con perspectiva de futuro. Y es que, son ellos el actor principal de esto que podríamos encerrar en el denominado M.E. Por lo mismo, cabe preguntarse: ¿existe homogeneidad en jóvenes y niños como para hablar de *un* movimiento como tal? La respuesta es muy sencilla, y está a la mano de cualquier televisor, prensa o reconocimiento de la composición de nuestra sociedad. La sociología ya ha trazado el tema. El M.E se caracteriza por su heterogeneidad, además de componentes históricos y manifestaciones creativas o cuerpo cultural², entre otros elementos.

Evidentemente, el M.E. no es homogéneo, no tiene los mismos intereses, no tiene los mismos sufrimientos ni vivencias. Es muy diferente, por ejemplo, cierta afinidad con un centro de alumnos en un barrio marginal que se manifiesta y promueve la participación política en paros, tomas y marchas, a una federación universitaria que promueve la participación desde las asambleas de sus movimientos políticos. Aquí se cruzan intereses, demandas, instrumentos electorales, coyunturas, tiempos, etc. que están, por sobre todo, relacionadas en cuanto a su configuración histórica, pero que sin duda, están muchas veces enfrentadas y en constante tensión. Es aquí donde aparece, por ejemplo, la típica situación en el liceo de barrio popular entre el dirigente, que sabe encaminar la situación para con la autoridad, que sabe qué, cómo y cuándo decir las cosas, y el *otro*, que no puede *negociar*, que habla y se desenvuelve en otra lengua, que tiene un comportamiento *diferente*, no adecuado. Este es un problema muy difícil de comprender y comunicar, porque las vivencias, los criterios y las posibilidades del devenir son absolutamente distintas.

En ese sentido, en esta investigación tendremos especial atención en los espacios, en los tiempos, las formas y, a fin de cuenta, en las estéticas del movimiento estudiantil, entendido como la relación simbólica que producen las relaciones humanas en los diversos espacios y tiempos. Todo ello recarga de politicidad el asunto.

² Gabriel Salazar, *Movimientos sociales en Chile: Trayectoria histórica y proyección política*, Ed. Uqbar, Santiago, Chile, 2012, p. 413.

En esta investigación, nuestro foco estará puesto en la subjetivación política del movimiento estudiantil Chileno, vale decir, la racionalidad que opera aplicada a los conceptos imbricados en la vida cotidiana, que han sido construidos históricamente y que por tanto, condicionan notablemente las posibilidades de transformación de la realidad como actores sociales.

Para poder establecer con precisión dicha subjetividad, hemos de hacer un análisis genealógico del movimiento estudiantil.

Una genealogía entonces, significa buscar los orígenes, una cierta paternidad de la realidad, de ahí que como magistralmente dice Tomás Moulian:

“Las relaciones entre determinación y contingencia son básicas para nuestro proyecto interpretativo. Veo en el enfoque genealógico una posibilidad de articular el mundo de lo determinado y el mundo de lo contingente para la comprensión de la producción histórica y, especialmente, de la historicidad, forma superior de producción histórica.”³

Para esta tarea, haremos revisión de bibliografía histórica, en general enfocada en lo que se podría denominar como historia social e historia de las ideas, para abordar cómo se ha interpretado, desde la perspectiva de algunos historiadores, el problema de la organización estudiantil y las diversas vivencias de los jóvenes, además de ciertos discursos, dispositivos y debates intelectuales sobre la función de la educación. En ese sentido, se hará una síntesis breve que tendrá como punto de partida la configuración de las primeras organizaciones estudiantiles en los años 20', pasando por el período del Frente Popular y los debates en torno al presente y futuro de la educación; algunos pasajes de la década del 50' y de ahí en más, la participación juvenil desde los 60', la reforma universitaria, la época de la Unidad Popular, y la suerte de mitificación de la política como participación organizacional. Luego, con la imposición de la dictadura, existirá un quiebre histórico en la forma y en el sentido de la organización y las manifestaciones, un momento histórico relevante para el devenir, sin dudas. Por último, esa fase transitiva, entre los intentos de retomar el poder por la vía armada e insurreccionalista propia de los combativos años 80', pasando por el triunfo del NO, y los –aun- inconmensurables años 90'.

³ Tomás Moulian, *Chile Actual: Anatomía de un mito*, Ed. Lom, Santiago, 1997, p. 377.

Desde aquí, puede parecer un desafío inabarcable analizar tantos períodos históricos, con tanta vida –y muerte-, en una investigación que no tiene como objetivo fundante hacer una revisión histórica del M.E. Sin embargo, es un buen comienzo para tener, al menos, una noción de por dónde ha caminado y se ha desarrollado la organización de los estudiantes; cuáles han sido sus inconsistencias, sus orígenes y sus quiebres. Pero principalmente, para poder elaborar una cierta significancia histórica de estos actores sociales que, desde comienzos del siglo XX, han tenido una participación sostenida en el desarrollo de esta –supuesta- comunidad política llamada Chile. Es decir, de aquí en más se propone una revisión de los antecedentes históricos del M.E.

II. Antecedentes históricos del Movimiento Estudiantil: debates en torno a la cultura cívica

Desde la década de 1920, incluso desde comienzos del siglo XX, la educación ya había alcanzado una cobertura nacional mucho más amplia que un siglo atrás. Por ese motivo, había muchos niños y niñas aprendiendo conocimientos y valores que la institución educativa republicana entregaba.

El concepto de democracia –motor del análisis del movimiento estudiantil histórico- desde fines del siglo XIX hasta la década de 1940, estaba totalmente ligado al ejercicio de la educación cívica. Ésta, a su vez, estaba abiertamente subyugada a la ideología nacionalista y el concepto de patria, junto al respeto y promoción de las instituciones republicanas de la nación.⁴

En ese sentido, existió desde el rol docente y el mismo Estado, una visión unificada –no exenta de conflictos y disputas- entre Nación, Estado y República para el ejercicio y aprendizaje de la cultura cívica. Nos relata Jorge Rojas, historiador chileno, que:

“En las escuelas públicas se desarrollaba una verdadera educación cívica y lo ejemplificaba de un modo claro: Se celebraban los aniversarios patrios; participaban alumnos en las festividades públicas de estos mismos días; se adornaban las salas con los retratos de grandes figuras nacionales; se rinden en varias formas su heroísmo. A la escuela primaria se le podían achacar muchos males (falta de locales y mobiliario, métodos rutinarios, personal idóneo), pero era injusto responsabilizarla de un descuido en el cultivo del sentimiento patrio.”⁵

De alguna forma, Rojas da cuenta que todo concepto (material y desde la ciudadanía) relacionado a la constitución de la nación, estaba vinculado a la adoración, veneración y el ejercicio de ritos, identificación simbólica individual y colectiva de lo que se había construido en torno a la patria. Una historia oficial, de héroes, que comienza a ser el fundamento patrio.

El problema que comienza a surgir desde esta visión de la educación y, por supuesto, de construcción de la comunidad política, es que es funcional, por un lado, al surgimiento de sentimientos totalitarios⁶ y, por otro, no es un buen

⁴ Jorge Rojas Flores, J. *Moral y prácticas cívicas en los niños chilenos, 1880 – 1950*, Ed. Ariadna, Santiago, Chile, 2004. p. 30 – 34.

⁵ Ibid, p. 34

⁶ Ibid, p. 36

referente para brindar caminos que destrabaran los problemas sociales que comenzaron a brotar desde fines del siglo XIX. De hecho, según sugiere Rojas, en épocas de convulsión política, en general, se amplificaban las críticas al modelo de educación cívica que se había construido al que, justamente, se le culpaba de no contener los desbordes sociales⁷. Lo anterior, da cuenta de que las generaciones que ya habían pasado por la institución escolar, no siempre habían “aprendido la lección” cívica; no mostraban una actitud preferente necesariamente a resguardar con el orden. Esta mirada iría cambiando con los años, sobre todo desde la década de 1940 con el advenimiento del Frente Popular.

Antes de estudiar los años que conforman el movimiento estudiantil como tal, es necesario plantear una cuestión de fondo y estratégica que comenzó a gestarse en el debate académico e intelectual sobre la educación desde la década de 1920. La educación que brinda el Estado tendría algo así como un fin específico que, en esta época, colma los debates de los intelectuales y que arrojaría sus resultados para las décadas venideras.

Carlos Ruiz Schneider propone un debate muy interesante y revelador, de mucha implicancia venidera. El autor plantea que, a comienzos del siglo XX, surge una cierta visión dicotómica o, al menos, diferenciada de lo que significaría educar en patriotismo⁸. Para algunos, a quienes comúnmente se ha reconocido como liberales - republicanos, la educación de carácter patriótica es lo siguiente:

“Para la tradición republicana, fuerte en todo el siglo XIX chileno, el concepto de patriotismo mienta la identificación de un individuo con las leyes y el interés general de su comunidad y es, por tanto, un concepto de orientación en cierto sentido universal, o por lo menos, completamente independiente del carácter local como pueden tener los principios morales y legales generales a los que adhiere.”⁹

Para otros, como Luis Galdames, promotor de un cierto nacionalismo en educación, es, siguiendo a Ruiz, diferente:

“...patriotismo es sinónimo de nacionalismo de tipo local, alimentado por todo tipo de desconfianzas frente a las comunidades políticas vecinas, centrado en el interés de conservación y en un modelo darwinista de las relaciones internacionales, cuya esencia es una lucha económica permanente.”¹⁰

⁷ Ibid, p.34

⁸ Ruiz Schneider, C. *De la República al Mercado: Ideas educacionales y política en Chile*, Ed. LOM, Santiago, Chile, 2010, p. 57 – 81.

⁹ Ibid, p. 67

¹⁰ Ibidem.

En ese sentido, y de forma muy lúcida, Ruiz nos dará una clave que marcará no solo el debate económico y educacional del momento, sino que brindará una pista importantísima para, más adelante en esta investigación, preguntarse por cuestiones de fondo en torno a la lucha del movimiento estudiantil. En sus palabras:

“Y, sin embargo, es precisamente esta centralidad de la economía y de la educación económica para el nacionalismo, lo que asegurará en el siglo XX una importancia paradigmática permanente, la que se hará completamente explícita más adelante en dos otros tipos de modelo educativo centrados también en consideraciones económicas, las teorías educacionales del desarrollo y las teorías de mercado.”¹¹

Pensamos que este punto es crucial, porque como nos daremos cuenta, va a ser un eje transversal a toda la historia del conflicto educacional, tanto desde la perspectiva del orden institucional, como también desde las organizaciones sociales y sus demandas de lucha.

Si bien la cuestión del nacionalismo, sus implicancias políticas y éticas al configurarse como ideología de la comunidad, trasciende los bordes de esta investigación, es un punto imprescindible para el análisis. Varias versiones de los fascismos internacionales ya nos han mostrado la cruda realidad creada por la exacerbación de estos fundamentos y valores para una comunidad política. Sería un nacionalismo que no siempre se hace visible, así como la bandera nacional, el himno e incluso –para la actualidad- el rito más popular, cantar el himno cuando se mira a la selección nacional de fútbol. No, pues existiría una condición *siniestra*¹² –siguiendo la idea de Mario Sobarzo- que luego de la dictadura (pero con cierta continuidad histórica, desde etapas anteriores) ha costado vislumbrar, pues hace invisible cuestiones tan fundamentales como la centralidad económica detrás de todo proceso educativo y cívico.

Continúa Ruiz con algunas ideas de Darío Salas, uno de los principales intelectuales del nacionalismo republicano:

“Salas liga esta percepción de esta realidad educacional de Chile con una propuesta y un proyecto político más global a partir de su posición acerca de lo que considera como fin de la educación. Inspirándose en Dewey propone la idea de que el fin de la educación es lo que se llama “eficiencia social”. (...) En Dewey, la idea de eficiencia social tiene, como en Salas, dos

¹¹ Ibidem.

¹² Mario Sobarzo, *Maquiavelo el siniestro*, Ed. Quimantú, Santiago, Chile, 2014.

componentes: la “competencia industrial” y la “eficiencia cívica” o la “buena ciudadanía”. Ambas confluyen en la idea de una “capacidad de tomar parte en un dar y recibir experiencia. Cubre todo lo que hace la propia experiencia más valiosa para los demás y todo lo que me capacita para participar de un modo más rico en las experiencias valiosas de los demás.”¹³

De toda esta amalgama de fundamentos, podemos afirmar que el concepto de Valor, muy propio del Capitalismo, presente en John Dewey y Darío Salas, pareciera ser el común denominador de todo proceso educativo, en donde la experiencia de las personas en cada comunidad debiese –aquí se acusa a sí misma, porque viene de *deber*, es decir, deuda- ser la generación de un cierto valor. De ahí que, tanto la capacidad productiva (de producir valor), junto a una “buena ciudadanía”, aquella que no molesta, aquella que aporta y ayuda, brindan espacios y se comportan de forma tal que no haya *desacuerdos*¹⁴ -siguiendo a Jacques Rancière-, que no se hable otra lengua, sino la del valor, del bien común.

¿Qué significa para la actualidad política esta concepción de lo económico y la educación? ¿Volvemos a la dicotomía Hobbes-Rousseau? ¿O existe un debate que se niega, se invisibiliza o simplemente se toma por superado? Este peso, el de esta carga ideológica, que al parecer es difícil de visibilizar, creemos que evidenciará una pantanosa zona, que es difícil de superar.

En un sentido complementario a la contribución de Ruiz, Humberto Giannini, filósofo chileno, plantea algunos elementos que ayudan a abordar de mejor manera esta discusión que, si bien tuvo lugar en las décadas de 1930 y 1940, es totalmente contingente. En sus palabras:

“...las sociedades históricas son esencialmente modos trans-temporales de co-existencia en un mismo espacio territorial y de acuerdo a principios con-sabidos de convivencia. Por este mismo hecho, aquel traspaso de mundo ocurre entre una generación y otra (...) nos referimos entonces, a los modos `formales` mediante los cuales una generación se encuentra `reflexivamente` con la nueva generación. Y da y recibe, que es lo propio de toda reflexión. Esta es la tarea más seria y permanente de una sociedad. Y desde los tiempos más remotos de la humanidad, este cuidado reflexivo ha sido esencial para la supervivencia del grupo histórico. Se puede afirmar que la primera deuda es la deuda de humanidad que se tiene con la generación que se inicia a la vida (...) En sociedades degradadas por la pobreza, por exclusiones, la deuda puramente biológica de ser pierde toda significación positiva, y el cobro

¹³ Ruiz, Op. Cit, p. 77

¹⁴ Jacques Rancière, *El desacuerdo*, Ed. Nueva Visión, trad. Horacio Pons, Buenos Aires, Argentina, 1996.

de la otra deuda –la de la humanidad debida- se expresa en el desapego social y en formas incomprensibles de violencia.¹⁵

Si pudiéramos afirmar algunas cosas sobre el M.E es que justamente, y tomando este ejercicio dialéctico en la historia, es una respuesta a ese tiempo negado. Al tiempo de la reflexión conjunta, donde el proyecto puede ser repensado, de reevaluar las estrategias.

Por otro lado, Darío Salas bajo el amparo intelectual de John Dewey, afirmaba en la época esa necesidad de la educación en vínculo del concepto de “eficiencia social”, tenía fundamentos lógicos. Evidentemente está totalmente ligado a un cierto desarrollo republicano. Es innegable que la república los quiere a todos. A todos *en sus lugares*, pero siempre ha sido una invitación al orden.

El problema más interesante que se puede abrir desde este debate es el concepto de sociedad histórica. Sin reflexión –el concepto de Giannini-, sin ese dar y recibir propio de lo más genuino de la comunicación, es altamente dudoso que una sociedad como la chilena, con todas sus injusticias y contradicciones tanto de clase, étnicas, de género, en fin, todas ellas, pueda brindar luces de una verdadera sociedad encontrada, es decir, que exista un diálogo intergeneracional, que haya posibilidad de encontrar un grado de reflexividad tal, que el orden heredado pueda ser legitimado o reformulado. Porque, como veremos unas páginas adelante, pareciera ser que eso se perdió. ¿Lo ha tenido alguna vez? Una pregunta interesante, toda vez que, como dice Miguel Vicuña, la sociedad chilena se ha caracterizado históricamente por ser una comunidad cuyas dinámicas representan el odio a sí misma.¹⁶ Y su evidencia, no puede ser otra que, como anteriormente señalaba Giannini, los niveles de violencia que existen en nuestra forma de relacionarnos.

Existe debate histórico al respecto que, claramente no es objeto de esta investigación. Sin embargo, este tipo de preguntas son las que deberíamos plantear, a fin de cuentas, para repensar la política, la sociedad, es decir, la comunidad política.

¹⁵ Humberto Giannini, *La metafísica eres tu: Una reflexión ética sobre la intersubjetividad*, Ed. Catalonia, Santiago, Chile, 2007, p. 59

¹⁶ Miguel Vicuña, *Contigencia de Chile*, Ed. Radio Universidad de Chile, Santiago, 2017. p. 69

De ahí que el M.E. muestre una tensión interesantísima en cuanto a lo que Giannini planteaba. Esta intervención en la narración histórica del surgimiento del conflicto sobre la educación y el papel de los jóvenes y sus organizaciones obedece únicamente a que el objetivo de la investigación es el presente (y el devenir, por cierto). Por lo mismo, cuando se repasa históricamente un problema es necesario a veces proponer una pausa y cierta reflexión; de ahí el necesario des-vio.

Como se planteó anteriormente, todo el ejercicio de intentar visibilizar este tipo de fundamentos imbricados en palabras que parecen neutrales y desprovistas de conflictos – como lo son patria, patriotismo, nacionalismo, bien común, y educación, entre otras – parte desde la premisa de que todas, sin excepción, están cargadas políticamente y se comportaron como entes reguladores durante las diversas luchas estudiantiles.

Volviendo al tema de la organización estudiantil, es necesario mencionar que desde su nacimiento, de origen secundario o universitario, tuvo algún tipo de relación con organizar su vida en común, es decir, del tipo de centro de alumnos o de federación que se encarga de las festividades, de distribución de ciertos recursos o de cosas de índole procedimental, etc. Pero también, y aquí surge la implicancia política a su vez, se desarrollan como formas de organizar el poder ante la autoridad, tanto de la institución (Liceo, colegio, universidad, ministerio, etc.), como también generando cierta soberanía en temáticas relevantes, por ejemplo, las reformas educacionales¹⁷.

Como toda regla tiene excepciones, en la década de 1920 la FECH (en ese entonces Federación de Estudiantes de Chile) ya había manifestado su rechazo al clamor patriótico que se promovía desde el Estado:

“En un artículo publicado en *Claridad* se criticó la inmoralidad de atentar contra la conciencia al organizar un desfile con asistencia obligatoria de los estudiantes y profesores secundarios y primarios. En *verba roja* se leía en 1922: el Estado “día a día invade con decretos y más decretos las escuelas públicas, los cuarteles, los juzgados, etc., etc., a fin de que inoculen en el corazón de los chilenos la llama del patriotismo, simbolizado en la bandera de los tres colores.”¹⁸

¹⁷ Rojas Flores, Op. Cit. p. 299

¹⁸ Ibid. p. 82.

Es interesante poder constatar que, influida por un cierto anarquismo, la FECH acusaba al Estado de entrometer ideológicamente la “llama” del patriotismo. Es relevante, además, porque luego del fervor anarquista en algunas organizaciones de obreros y de estudiantes de comienzos de siglo, éste irá cediendo a una participación más democrática –en el sentido cívico y liberal del término- y fuertemente ligada a la promoción de Reformas Educativas desde el Estado.¹⁹

De hecho, desde los años 20’, pasando por la crisis del año 1929 y las nefastas consecuencias sociales y económicas en la década del 30’, los estudiantes –en su mayoría universitarios- enfocarían la lucha en conjunto con el movimiento obrero. Es decir, la orientación anarquista del M.E. implicó que en varias ocasiones tuviera lugar una alianza entre estudiantes y obreros pidiendo justicia social y cambio de régimen político, sobre todo en la época de la dictadura de Ibáñez. La alianza, sin embargo, tenía como trasfondo la superación de los problemas ligados a la cuestión social. Esto es un tema que no podemos dejar de considerar. Los estudiantes de esta época, más allá de todos los discursos y debates de la educación, estaban con los pies en la calle, clamando por un cambio estructural del país. Un cambio en la noción de Estado, donde la separación entre trabajadores y burgueses -de ahí la inspiración de izquierda- era un asunto evidente. En ese sentido, la lucha era derechamente contra el orden oligárquico y elitista. Era una lucha claramente ideológica.

Sin embargo, luego de que algunas juventudes y partidos políticos, como las JJCC y las juventudes socialistas, entre otros, fueron conquistando puestos de representación en las organizaciones estudiantiles, la lucha comenzará a girar hacia demandas más ligadas a las instituciones educativas y a la educación en general, por sobre lo “social”²⁰, entendido en términos de cuestión social.

De esta manera, esta primera aproximación a los orígenes del M.E permite formular una pregunta sugerente para el análisis en torno al escenario político en

¹⁹ Ibid, p. 80 - 87

²⁰ En: http://www.archivochile.com/Mov_sociales/mov_estudian/MSmovestud0002.pdf visto el: 29/04/2017.

donde el movimiento estudiantil –o los movimientos estudiantiles- ha podido desplegar sus manifestaciones políticas. ¿Qué significado tiene que, en general, la Reforma (en sentido genérico) haya sido su escenario, su foco de lucha?

Llama la atención que, en general los únicos desplazados del debate político, en medios de comunicación y organismos formales, comiencen a ser los grupos anarquistas y marxistas de carácter más radical. Es decir, aquellos que se oponían a la herencia liberal, nacionalista, autoritaria y burguesa predominante²¹. En efecto, muchas veces los más radicalizados, no tenían cabida en los proyectos de integración que el mismo Estado ofrecía. Hay un evidente “no trazar”.

Por el contrario, muchos de los estudiantes que formaban parte de dirigencias de organizaciones como la FECH y la Federación de Estudiantes de Instrucción Primaria, entre otras organizaciones prístinas, todas en general con mucha asociatividad y dependencia entre sí, pasaron a formar militancias en nuevos partidos políticos –cuestión que llama alarmantemente la atención en cuanto a su parecido histórico a nuestro tiempo. Entre esos estudiantes podemos destacar a Nefalí Reyes (Partido Comunista), Eugenio González (Partido Socialista), Guillermo Izquierdo (Movimiento Nacionalista y PAL), entre varios otros²².

En consecuencia, el movimiento estudiantil de la primera mitad del siglo XX, las incipientes organizaciones, tanto de secundarios como universitarios, están bajo el alero –exceptuando a grupos de izquierda radical- de concepciones de la política propias del proceso de crecimiento republicano en Chile, es decir, del proceso de industrialización, modernización del Estado, de ampliación de la cobertura de la educación primaria y secundaria, de la cuestión social, entre otras cosas.

La crisis de la década de 1930, tanto en su matriz económica como política, no alentó la participación estudiantil –luego de derrocar a Ibáñez, por cierto- sino

²¹ Ibid, p. 298-299

²² Ibid, p. 294 -297

hasta diez años después, en donde algunas juventudes políticas intentaron con sus propios esfuerzos levantar organización estudiantil. Sin embargo, no va a ser hasta mediados de la década del 40' cuando se estableció una orgánica más sólida y perdurable, que la historiografía reconoce como movimiento estudiantil secundario²³. Por lo mismo, haciendo cierto recorrido histórico, viendo como surgen movimientos estudiantiles secundarios y universitarios, tras diversos conflictos, cabe ahora preguntarse por qué surge una necesidad de formular un marco o una cierta delimitación: ¿qué es un movimiento estudiantil? ¿Tiene una esencia? ¿La existencia de una característica que dejaría fuera la posibilidad de negación? Por estas mismas preguntas se hace necesario excavar en la historia, buscar razones, encontrar continuidades históricas.

Podría decirse a modo de síntesis que las organizaciones estudiantiles universitarias, entre ellas la FECH, durante los años 20' estuvieron combatiendo los privilegios de la oligarquía y realizaron una incipiente lucha por la reforma que se promulgó en 1928 y 1929. En cambio, durante la década del 30' estuvieron principalmente enfocadas en derrocar al dictador Ibáñez, teniendo solo a partir de los años 40' un enfoque más claro en lo que respecta a la orgánica estudiantil, pero también al proyecto de universidad que el país necesitaba. En todo esto, llama poderosamente la atención que las demandas universitarias, aquellas relacionadas a la constitución orgánica del funcionamiento de la universidad, fueran bastante parecidas a las del día de hoy, ya que apuntaban a la democratización de las instituciones, co-gobierno, al fortalecimiento de la comunidad universitaria, entre otras materias.²⁴ Han pasado casi cien años, y pareciera que las demandas son radicalmente parecidas. ¿Es eso una continuidad? ¿Nos da un fundamento para articularlo?

A partir del ascenso del Frente Popular y de la creciente politización del clima internacional, comenzó a gestarse un contenido más democrático, pacifista y antiautoritario entre las instituciones educativas. Varios proyectos de los liceos

²³ Ibid, p. 369

²⁴ Op. Cit, en: <http://www.archivochile.com...>

experimentales de la década anterior pudieron brindar una forma distinta del clima dentro de colegios y liceos. Jorge Rojas señala que:

“A fines de los años 40, los centros de alumnos en los liceos fueron reconocidos por la autoridad para así garantizar la programación extra-curricular, y solo en un segundo momento se aceptó que también se convirtieran en organizaciones estudiantiles que representara sus intereses. El movimiento estudiantil ya tenía vida propia cuando se produjo este reconocimiento (...) Las movilizaciones callejeras de los estudiantes secundarios, con marchas y huelgas, se hicieron frecuentes en esta década (...) La influencia política en ellas incluía un amplio abanico, desde comunistas hasta conservadores...”²⁵

De esta manera, ya en la década del 40', la organización estudiantil es visible y partícipe de lo que el orden institucional acepta y comprende. El fenómeno es leído entonces desde el Estado. Esto fue promovido sobre todo por intelectuales, como Salas, que venían de una formación norteamericana y comprendían que la escuela debía ser una representación de la sociedad y, por tanto, debía permitir y fomentar que los estudiantes practicasen sus principios de civilidad. Esto deviene en la formación de centros de alumnos y federaciones universitarias, siempre tuteladas bajo la mirada estricta de la institución en que estuvieran alojadas. Es la democracia liberal operando en el contexto educativo, bajo el precepto de que es necesario promover la participación y brindar herramientas para que los estudiantes tengan su espacio para organizarse y una vocería para relacionarse con la institución. En esto, Chile, como cualquier país liberal y republicano, promovió la existencia de sindicatos, juntas de vecinos y otro tipo de organizaciones que obedecían a fines convergentes con el bien común republicano señalado con anterioridad.

Sin embargo, prontamente las juventudes políticas de los partidos, comienzan a disputar sus posturas que se comienzan a evidenciar en estas orgánicas, cuestión que comienza a complicar y desestabilizar el ideal de civilidad que proponían intelectuales como Salas. La idea era participación y representatividad, pero siempre bajo los marcos del orden.

No se puede decir con propiedad que estas nuevas prácticas políticas de la juventud asomaban como algo inminentemente peligroso para la afirmación de la república, pero claramente eran una preocupación. Podríamos decir como

²⁵ Ibid, p. 369-371

hipótesis histórica que, incluso, esto llevó a consecuencias tan severas como la Ley Maldita, que prescribió la participación política del Partido Comunista en todo ámbito (estudiantil, sindical, estatal, etc.). El brinco argumental es el siguiente: En primera instancia, la república, mediante sus instituciones educativas brindan espacios para la participación, para la reflexión y comunión. Paralelamente, comienzan a surgir movimientos por fuera de los intereses de la república (en general, el marxismo y todas sus organizaciones venideras). Y es justamente, donde comienzan las preocupaciones para mantener un orden dentro de los parámetros que se esperaba. Luego, surge un hecho histórico relevante para este análisis y que da cuenta de esa preocupación porque el ejercicio de la participación política quede solamente bajo la estricta vigilancia de los marcos en donde debe operar, jamás por fuera. En palabras de un historiador liberal, Joaquín Fermandois, al dar cuenta de este problema:

“La decisión de Gabriel González Videla, muy apoyada por la derecha y por la mayoría de los radicales, privó en parte a la democracia chilena de una de las virtudes de la moderna sociedad abierta. Se trata de la capacidad demostrada de aceptar la existencia de una crítica radical cuya intención expresa es destruirla por medios legales, pero que en la práctica cotidiana se va integrando al sistema; puede reformar algunos rasgos legales del sistema, pero también experimenta transformaciones durante este proceso y al final llega a ser un elemento más de ese mismo sistema (...) Se arrojó por la borda una de las fortalezas de la sociedad abierta, esto es, la potencialidad de absorber y encauzar tendencias nuevas que en un primer momento estaban dirigidas a la supresión del sistema.”²⁶

Si relacionamos el hecho histórico de la promulgación de la Ley Maldita con lo que veníamos señalando respecto de las preocupaciones relacionadas a la concepción de “sociedad abierta”, como dice Fermandois, pareciera ser que parte de la sociedad adolece de un importante conservadurismo y miedo a la posibilidad de romper ese marco señalado,. De hecho, el mismo Fermandois afirma que –en todo caso- no era novedad que la sociedad chilena tuviera una reacción de ese calibre en torno a “extremistas” como los comunistas o en su momento los anarquistas.²⁷

El problema explicitado por la Ley Maldita va a asomar, en las décadas venideras, como un elemento que los jóvenes tendrán que combatir. El

²⁶ Joaquín Fermandois, *La revolución inconclusa: la izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular*, CEP, Santiago, Chile, 2013, p. 96-97.

²⁷ *Ibid*, p. 97

autoritarismo y el conservadurismo republicano no es solo cuestión de partidos políticos, sino un problema para la organización, para la visibilidad mediática – ¡Qué decir en tiempos de dictadura! – que tanto el naciente M.E. como diversas agrupaciones deberán enfrentar.

Más aún, Ferandois acierta al destacar un problema que será relevante de tener en consideración al momento de analizar el M.E. actual. Da cuenta de que –obviando el problema del conservadurismo y la Ley Maldita en sí– al integrarse a la “sociedad abierta”, los grupos que están en los extremos y tienen intenciones de desbaratar el orden, terminan finalmente aceptando las reglas del mismo. De hecho, en lo fundamental son ellos los transformados y no el orden que juraron combatir. Este problema político e histórico es fundamental, tanto para la interpretación histórica como para la aplicación práctica de una política determinada. Al menos desde 2006 en adelante, el M.E. ha tenido muchas ocasiones en las cuales se ha inmiscuido en la arena del orden. El 2006 es hasta iconográfico, cuando los estudiantes en uno de los salones de la moneda, son dispuestos en conjunto con la presidenta de la república y los ministros, levantando las manos como celebración del acuerdo alcanzado. Once años después, todavía damos cuenta de esa *falla*, en términos de autonomía política. Esta problemática -es necesario ser enfáticos- es una de las más firmes motivaciones de esta investigación.

Durante la década de 1950, los estudiantes estuvieron regidos por fuertes represiones y persecuciones a causa, primero, de la implementación de la Ley Maldita entre 1948 y 1952 por parte del gobierno de González Videla, y de los resabios de dicha ley después. La Guerra Fría ya tenía cierto recorrido y, con Ibáñez en el poder, los comunistas aún serán perseguidos y obligados a permanecer en la clandestinidad.²⁸ No se quiere decir con esto que todo un movimiento universitario o secundario haya sido perseguido, porque en ningún caso la mayoría era comunista. Simplemente queremos contextualizar una época en la cual estar contra el orden republicano no era aceptado o, al menos en

²⁸ Ibid, p. 95

muchos casos, era reprimido. Según Salazar y Pinto, "...la 'Ley Maldita' limitó al máximo no sólo el accionar público del Partido Comunista, sino también el de cualquier otro partido con fuerte representación en el movimiento de masas."²⁹

De hecho, en estos años ocurre un incidente que al menos la historiografía lo ha recordado con interés: "la batalla de Santiago" de 1957. Algunas décadas atrás, con el objetivo de superar la crisis económica del año 1929, Chile había implantado un modelo económico que privilegiaba un proceso de industrialización interno, junto con la producción material interna, conocido también como el modelo ISI de sustitución de importaciones. El proceso de industrialización conduce, a consecuencia de lo que se ha denominado como "migración campo-ciudad", a un crecimiento de la población que habita en las ciudades. Chile, a fines del siglo XIX y comienzos del XX lo experimentó sobre todo en Santiago. Luego de la crisis económica, se profundizó el proceso industrial, lo que conlleva conocidas consecuencias sociales, sobre todo en un país que iniciaba un proceso de modernización.

Sin embargo, en la década del 50', el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo promovió una jugada económica de origen norteamericana, más conocida como la Misión Klein-Sacks. Su objetivo era reactivar la economía nacional y salir de ciertas lagunas que no permitían avanzar con el proceso modernizador. Una de las principales medidas implementadas, tras el diagnóstico económico y social hecho por la misión norteamericana, era la reducción del gasto fiscal.³⁰ Las consecuencias de esta política provocaron el estallido de muchos reclamos, protestas y movilizaciones sociales, en palabras de historiador Patricio Bernedo:

"...Algunas de las principales medidas implementadas, tras el diagnóstico económico y social hecho por la misión norteamericana, fue reducir el gasto fiscal, limitar los reajustes salariales, y eliminar los subsidios y controles de precios. Las consecuencias de esta política provocaron el estallido de variados reclamos, protestas y movilizaciones sociales. Los estudiantes fueron fervientes promotores de la derogación de estas medidas. En Santiago, los estudiantes universitarios y secundarios iniciaron la lucha en contra de las alzas en el costo de la vida."³¹

²⁹ Gabriel Salazar, Julio Pinto, *Historia de Chile Contemporánea V: Niñez y juventud*, Ed. LOM, Santiago, Chile, 2002, p. 208

³⁰ En: <http://www.puntofina.cl/564/batallasantiago.htm> visto el 29/04/2017.

³¹ Patricio Bernedo, *Historia de la libre competencia en Chile 1959 -2010*, Fiscalía Nacional Económica, Santiago, 2013, p. 64

Los estudiantes fueron fervientes promotores de la regulación de estas medidas. La lucha contra las alzas en Santiago la iniciaron los estudiantes universitarios y secundarios. Salieron a la calle el 1º de abril formando rondas, cantando y lanzando consignas contra la carestía, en abierto desafío a la policía. Esa noche las fuerzas de orden asesinaron a una estudiante de enfermería de la Universidad de Chile, lo que causó la indignación del estudiantado.³² Según el historiador Iván Ljubetic, la indignación a causa de la muerte de la estudiante generó mayor movilización y protestas. Las autoridades policiales no pudieron controlar el orden y tuvieron que acudir al ejército. Además, ordenaron vaciar las cárceles, lo que provocó un profundo caos en la ciudad, dando así cierta legitimidad a las instituciones armadas para ocupar la fuerza desmedida. De hecho, la noche del 2 de abril el general Gamboa leyó por cadena nacional de radios un “parte de guerra” de lo que calificó como “batalla de Santiago”. Informó que la situación estaba controlada y que el “enemigo” tuvo 18 muertos y 500 heridos³³.

La “batalla de Santiago” no fue el primer suceso en que las fuerzas armadas actuaran de esa forma. Sin embargo, para el movimiento estudiantil, o para los estudiantes en general, marca un cierto precedente de lo que serían las consecuencias del acto de desobedecer. Un precedente que no importando si la lucha es de corte ideológico, en el sentido del rechazo y la transformación del orden social, o si moviliza demandas ligadas a una presunta reforma o asuntos gremiales. Entrometerse en la materia estatal, no teniendo representación y, en el fondo, siendo un estudiante, no daba garantías.

Con todo, comienzan años de profunda movilización por los cambios sociales y económicos que el país comenzaría a llevar. Y los estudiantes serán fuerza activa que alimentará esperanzas y muchas desilusiones en el camino. La “batalla” fue simplemente una demostración de la fuerza con la cuál estaban lidiando. Siguiendo a Salazar y Pinto:

³² Op. Cit., <http://www.puntofina.cl/564/batallasantiago.htm>

³³ Ibidem.

“...el “reventón social” del 2 y 3 de abril de 1957 resultó emblemático: la masa ciudadana, representada por su sector más postergado (los pobladores), más afectado por las espirales inflacionarias (los obreros) o más sacudidos por el vaivén de las expectativas (los estudiantes), dejó evidencia rotunda de que había despertado de su letargo y retomado sus antiguas banderas de *autonomía*.”³⁴

En ese sentido, el acontecimiento dado en esa fecha solo es una pequeña demostración de que el pueblo, en sentido genérico, ya no solo considerando a los estudiantes, había realizado una jugada arriesgada, pero valiente. Y es desde este momento, desde los años 50’, cuando los estudiantes comienzan a tomarse en masa esto que se ha llamado como ciudadanía:

“Ser joven universitario a partir de 1950 fue, sobre todo, vivir la experiencia de tomarse la calle, ya no desfilando con disciplina miliciana, o en carnavalescas murgas bohemias, sino para gritar, a la vez, *críticas y alternativas*. La calle, como “espacio ciudadano”, único lugar donde cabe anunciar el advenimiento de una nueva etapa de la historia. (...) Y necesitó cantar (surgió la *Nueva Canción Chilena*), saltar (¡el que no salta es *momio!*) y marchar con bombos, pancartas y platillos a todo lo largo de las “grandes alamedas”, como virtuales dueños del país.”³⁵

La juventud y sus organizaciones comenzaron a jugar el tablero de la soberanía. Por eso los historiadores se refieren a los “virtuales dueños del país”. Comenzaba a despertar un espíritu de libertad, cambio y resistencia a la tenaz fuerza de empresarios y de la clase política civil que no representaba los intereses de estudiantes ni trabajadores. Además, este intento por afirmar soberanía popular, vino acompañada de alternativas. Un proyecto político se comenzaba a formar, bajo el contexto de la Guerra Fría, como resultado de la movilización popular y una creciente politización vinculada a la organización en partidos y movimientos políticos radicales.

Paralelamente a lo que se desarrolla en el ámbito social, en el círculo político, una vez que Eduardo Frei Montalva ya está en el poder, se implementa una Reforma Educacional que vendría a modernizar el país, brindándoles mayores herramientas a los niños y jóvenes para aportar al desarrollo con sus conocimientos y destrezas. Esta Reforma tiene tres cuestiones sobre las que no podemos dejar de hacer una pausa, pues para la perspectiva de análisis aquí

³⁴ Salazar, G., Pinto, Op. Cit, p. 209

³⁵ Ibid, p. 211

desarrollada resultan relevantes por la – nuevamente – alarmante continuidad histórica que representan. Es en este momento cuando recordamos a Giannini y su concepto de “reflexión social” ligado al lo que entendía como “sociedad histórica”. Estas tres cuestiones que abordaremos llevan casi 60 años sin ser puestas cuestionadas o repensadas.

Siguiendo la exposición de Carlos Ruiz Schneider, estas tres cuestiones son: En primer lugar, la Reforma Educacional de 1965 de Eduardo Frei, ha sido catalogada como “democratizadora”, por tener como marco global el modelo de desarrollo social y político de las teorías de desarrollo y modernización. Esto significa que la población tendrá más oportunidades de llegar a una institución educativa, formarse y surgir social y económicamente. Hace referencia a la tan vilipendiada “igualdad de oportunidades”. Sin embargo, Ruiz plantea que este modelo educacional importa una funcionalización global de la educación al crecimiento económico del país (cuestión que planteábamos con anterioridad) en detrimento de otro tipo de conocimientos y saberes ligados al ejercicio de la democracia o ciudadanía, o simplemente de formas de saber no instrumentales.³⁶

En ese sentido, lo interesante aquí es que el concepto de “democracia” se entiende de forma absolutamente diferente. Para la reforma, lo “democrático” vendría siendo el acceso a la “oportunidad” de surgir socialmente. “...la educación es concebida como un medio de cambio social, de transformación social. (...) Es un medio de selección y de ascenso social, de movilidad social, lo cual es otra exigencia del progreso técnico”.³⁷

Lo anterior es la descripción de la modernidad pura. Un flechazo en el corazón de la sociedad tradicional. La educación, entonces, sustentada en el valor de cambio (el ser humano se transforma en mercancía, *capital humano*), es el producto de un acecho a la sociedad tradicional, a la rígida pirámide social de estamentos invariables.

En segundo lugar, otro asunto que se desprende de esta situación es que el discurso pedagógico de esta Reforma en particular, ha calado muy hondo en el

³⁶ Ruiz, Op. Cit, p. 83

³⁷ Ibid, p. 87

tiempo: todavía hoy no es claro que se hayan consolidado paradigmas pedagógicos y educativos distintos. Aun cuando su base teórica es, a lo menos, muy discutible, ya que se apoya en teorías conductistas del aprendizaje que dejan por fuera toda posibilidad de cuestionarse el sentido del aprendizaje y la educación en sí misma.³⁸

Lo anterior es un tema muy relevante. De hecho, justamente el M.E. actual ha considerado este tipo de concepciones como modelos pedagógicos y de aprendizaje a superar. Por ejemplo, la campaña y movimiento “Alto al SIMCE” es una de las respuestas en forma de protesta a este modo añejo y materialista de concebir el proceso educativo de las personas.

Por último, no podemos dejar de señalar un tercer elemento que también, como mencionamos antes, contiene muchas claves para poder comprender el fenómeno estructurante de la educación en Chile, pero que también opera como condición de posibilidad de cierta mirada de la política. Ruiz señala lo siguiente:

“Estas nuevas tendencias, que otorgan un lugar creciente a los estudios económicos sobre la educación, no van a tener ya como origen los trabajos de los intelectuales o educadores nacionales. Este origen proviene indiscutiblemente y sobre todo de lo que podría llamarse el campo educacional internacional: la UNESCO, la OEA, la Comunidad Económica Europea, etc., a la que se pliega la alta burocracia estatal.”³⁹

El punto que plantea Ruiz es clave para comprender varias de las cosas que suceden en educación hoy en día. Esto aplica tanto en un sentido histórico, como en cuanto a trabas políticas, a la relación con la tecnocracia y, por supuesto, a la esterilidad de las protestas y propuestas de los actores de la educación.

Lo interesante de relevar es que ya no se confía en el saber local, en el conocimiento de los actores de la educación. Por el contrario, en todo tiempo los saberes y el conocimiento en general vienen desde afuera, desde organizaciones que se dedican a comparar datos (elaborados por ellos mismos, al menos los instrumentos) entre los países y hacerlos competir. Aquí se encuentra una siniestra forma de manejar el saber pues, quien tiene la propiedad de lo que es válido, de lo que cuenta, es quien tiene la potestad de discernir entre lo bueno y lo malo. Así, son *otros* los que dicen por donde tiene que caminar la educación, de

³⁸ Ibid, p. 84

³⁹ Ibid, p. 85

qué forma debe ser presentada, el ritmo de aprendizaje, la cantidad y las cualidades de las evaluaciones, entre otras muchas cosas. Sin embargo, lo que más puede parecer siniestro es que todos estos mecanismos y conocimientos, que están ligados a los índices de crecimiento de los países y configuran un mercado al respecto, introducen una situación donde jamás habrá soberanía sobre el asunto. En este estado de cosas no es posible cuestionarse ese modelo, porque siempre que se haga, queda absolutamente fuera de un sistema global que no solo tiene que ver con la educación, puesto que los ideólogos del sistema, hicieron que la educación tuviese directa relación con la posición político-ideológica del estado donde se desarrolle.

Consideramos que los alcances realizados en esta sección son elementos imprescindibles para cualquier análisis político que quisiese repensar las condiciones de existencia y de relaciones sociales. En otras palabras, no se puede hacer un análisis histórico y político del Movimiento Estudiantil sin considerar el contexto para comprender su despliegue, su subjetivación.

III. De la juventud de los 60` al trágico 73`

“No era la sombra del suicidio
lo que rondaba su contorno,
sino el fuego interior que
instaba al heroísmo.”

Gabriel Salazar

En la sección pasada analizamos algunas cuestiones referidas a cómo la juventud comenzaba a mostrarse en las calles entre comienzos del siglo XX y la década 1950. Esta sección, en cambio, se abocará a un análisis de la juventud de los 60'. Esta fue una generación diferente (se se pudiera hablar de esa forma), porque cargó con un devenir que, quizás, nunca imaginó. Sobre todo para las generaciones venideras fue, de alguna u otra forma, una juventud digna de revisar y de re pensar. Muchos son los elementos, las experiencias y los imaginarios que se pueden visualizar hoy en día a raíz de este momento histórico y de esta generación. Por lo mismo, en su momento, cabe preguntarse por esa especie de reflejo, de espejo –con relieves ópticos, por supuesto- en el cuál nuestra generación (2010-) observa, estudia y teoriza las experiencias de esta rebelde juventud de los 60'. Teniendo esto en cuenta, se torna muy interesante el ejercicio de revisar algunos antecedentes de la generación de los 60' para poder establecer relaciones con el M.E actual –o de los últimos años-, que a todas luces, son bastante pertinentes. Sin embargo, es justamente, esta evidencia la que hay que poner sobre la mesa.

¿Quién podría negar *a priori* la relación existente entre la manifestación política de la juventud de los 60' y la explosiva participación que ha tenido el M.E. al menos en sus momentos de mayor movilización? Pues, si juntáramos los relatos y discursos que se han producido durante los últimos años, tanto desde las dirigencias estudiantiles como desde los medios de comunicación, pareciera que esto se ha zanjado muy rápido. De ahí que se torna interesante la tarea de repensar algunas cosas referentes a esta –aparente- relación. Al fin y al cabo, a un proceso de subjetivación política no se le puede negar un régimen de

historicidad imbricado en sus manifestaciones. Ahora, ¿Qué y cómo? ¿Qué de esta generación? ¿Cómo vincularlo? Preguntas que nos van a acompañar en este apartado para pensar aquella juventud *sesentera*. En definitiva, el objetivo del apartado es revisar cómo *aparece* en escena la generación del '60 desde perspectivas historiográficas diferentes.

Para comenzar, es bueno recordar que el movimiento popular que se venía forjando desde comienzos del siglo XX fue variando por diferentes razones. Una de ellas, y como ha sido evidente en el general de las luchas sociales, es que los proyectos de reforma que los gobiernos han propuesto -independiente de si son gobiernos oligárquicos o con cierto progresismo- terminan, generalmente, por marcar ciertos límites a los movimientos sociales y populares. El caso de la década que nos convoca en este apartado hace referencia a la Reforma Agraria y a la Reforma a la Educación superior en la década de 1960 en el gobierno de Eduardo Frei Montalva.⁴⁰

Aun cuando, en general, la política marchaba al alero de las reformas, el *espacio* de la política comenzaba crecientemente a ser la calle. La calle se transforma en un concepto ligado a reivindicaciones y protestas. Comienza a ser un lugar de reunión, pues, se construía –a la vez que se destruía- un espacio público. Se construía un espacio público en el cual se comenzaban a abrir posibilidades de desborde y, de hecho, en algunos casos estaba presente el objetivo de luchar por ese desborde. Gabriel Salazar y Julio Pinto relatan que:

“Por eso, “irse a la calle” no significaba vagar por las calles, sino integrarse en un nuevo tipo de *relaciones sociales, culturales y políticas* que necesitaban espacios distintos a los de la familia (...) La ciudadanía, para erigirse como autentico actor soberano, necesita juntarse, aglomerarse, tomar contacto consigo misma en su anchura y espesor, sentir transversalmente el fuego de su identidad, llenarse los oídos de su propia voz. (...) ¿Dónde hacer todo esto sino “en la calle”? La soberanía, para ser voz y trueno, necesita espacio. Necesita *dominar* el espacio público o, en su defecto, *producirlo*.”⁴¹

Lo que relatan los historiadores es muy importante porque nos permite articular dos cosas que son fundamentales para entender el problema de la

⁴⁰ Salazar, Pinto, Op. Cit, p. 208

⁴¹ Ibid, p. 213

política vista desde el binomio organizaciones políticas / reformas gubernamentales. Por un lado, puede ser una realidad el hecho de que las reformas son el problema político a *resolver* –de modo tal que se debe seguir un camino trazado por una táctica del momento político-. Por otro lado, es necesario un *espacio* y un lugar en donde la comunidad política pueda conocerse, compartir, y a la larga, si las circunstancias lo permiten, tener un momento de reflexión (recordando a Giannini), donde se permita visualizar, o al menos sentir, esa sociedad histórica. Al parecer, en estas décadas podríamos, *a priori*, interpretar que hubo una extraña yuxtaposición de ese espíritu estratégico de partidos políticos vinculados a organizaciones sociales y con un claro objetivo *en* la Reforma, con una *ciudadanía*, incluso considerando a los eternamente marginados, a la que se convoca a las calles, a la polis.

Adicionalmente, nos parece pertinente preguntarnos por cierta vida cotidiana, por el entorno más familiar. Sin dudas, la juventud, como concepto, no tiene siglos de existencia y, es en la década de 1960 cuando la juventud *explota*.

Los medios de comunicación comienzan a penetrar en todos los países, la radio ya estaba bastante establecida en la ciudad y, esta década comienzan a llegar los primeros televisores. Eso sin contar las revistas, libros, la música y una gran cantidad de artículos provenientes de la industria cultural y académica. Por lo mismo, y teniendo en cuenta el contexto crecientemente politizante, los conflictos no tardaron en entrar en el hogar.

La generación del 60' tuvo que lidiar con estos nuevos horizontes también en el ámbito doméstico. Cuando el contexto tiene posibilidades *distintas* – por ejemplo un socialismo latinoamericanizante, influido por la revolución cubana, y la también creciente posibilidad de desarrollo que vivía el mundo capitalista –, el hombre, y paulatinamente la mujer, comienza a enfrentar ese liberalismo existencial, como algunos le han llamado, en donde el *yo* comienza a enfrentarse a las viejas jerarquías casi estamentarias heredadas del régimen colonial. Sin dudas, el hogar y la familia también eran un campo de batalla, y quien decidía dar

la pelea iría "...Convirtiendo el proceso histórico en el proyecto *único y total* de sus vidas. En un camino *sin retorno*"⁴².

Mencionamos el tema del proceso histórico, porque esos conflictos que también se dan en el seno familiar no se entienden por fuera de un proceso histórico-político y cultural. Y, sin embargo, sea como sea, se comienza a forjar y consolidar un sincretismo extraño, entre la voluntad y la individualidad de los sujetos y el proceso social y la soberanía popular; arde la modernidad.

Quizás, muy ligado a lo anterior, en cuanto a la esencia del contexto, comienzan a surgir líderes en la juventud, que claramente estaban muy ligados a organizaciones políticas y a la lucha social que se desarrollaba en la década. Desde la calle y, por sobre todo, desde las universidades, se posicionaban liderazgos que tenían que luchar con una clase política que adolecía de la capacidad para abarcar los conflictos y las contradicciones provocadas por la aceleración del proceso modernizador del país, y que, "...pese a su fe democrática, fue centralista, burocrática y, peor aun, temerosa e ineficiente."⁴³ Muchas características que también podemos visualizar al día de hoy, contexto que comienza a cristalizar un cierto estado de espejo para las nuevas generaciones.

En este punto, se hace necesario tomar en cuenta el fenómeno de la Reforma Universitaria. Si bien la Reforma no fue un proceso que desestabilizara el orden de las cosas a nivel de Estado, sí lo hizo a nivel de organización, tanto a nivel estudiantil como a nivel de las instituciones universitarias.

Los años de Reforma Universitaria:

La Reforma Universitaria es sin duda un proceso histórico sugerente a la hora de pensar el M.E. en la actualidad. Tiene una multiplicidad de elementos en donde podemos establecer vínculos de continuidad, espejos, y también espejismos. Pero también hay una gran diferencia: La Reforma se llevó a cabo, al menos, hasta el golpe militar. Como hemos dicho, las orgánicas y los grupos

⁴² Ibid, p. 212

⁴³ Ibid, p. 216

políticos también tienen una creciente visualización y paulatino crecimiento orgánico, en buena medida, como resultado de la lucha *en* las reformas. A su vez, es necesario también poner sobre la mesa por qué la necesidad de una reforma.

Pues bien:

“...las universidades fungían como centros de docencia y difusión, más que como espacios de investigación y creación de conocimiento. El profesorado solía cumplir funciones de jornada parcial pues, mayoritariamente, se trataba de profesionales de éxito que repartían su tiempo entre las aulas y sus despachos privados, administrando la buena marcha de sus profesiones liberales, dedicándose a la cátedra como una actividad complementaria. Esta situación, provocaba un estancamiento en los planteles universitarios y restaba energías para que ellos se convirtieran en auténticos centros de producción de conocimiento.”⁴⁴

Como resulta evidente, en un país de objetivos estratégicos desarrollistas, este tipo de universidad necesitaba ser reformada. Por lo mismo, ni si quiera es el tema del acceso, es la universidad en si misma la que es puesta en discusión. Porque preguntarse por los académicos, su quehacer, su dedicación tanto a la docencia como a la investigación, es preguntarse por problemas de fondo. Si el Estado es capaz de visibilizar cuestiones como esas, implica que considera que la institución no está encaminada en la dirección que el país quiere tomar. He aquí una importancia relativa del M.E. que se forjó por esos años; empujó un devenir, en cierto sentido, triunfal.

Es difícil hablar de un mismo M.E. al tener en consideración el de los 60' y el de la actualidad. Si bien hay cuestiones que los vinculan, la lejanía histórica entre ambos actores-estudiantes, nos brinda importantes razones para dudar. Por lo mismo, es que hemos decidido metodológicamente separar ambos movimientos estudiantiles. Sin embargo, aquí se va componiendo cierta hipótesis que hemos levantado: Los movimientos estudiantiles parecieran levantarse en instancias de Reforma. De hecho, el mismo autor de la referencia anterior plantea, refiriéndose a otro caso, que:

“La Reforma Universitaria, como concepto, ya había sido instalado en el imaginario social latinoamericano por la Reforma de la Universidad de Córdoba de 1918. Uno de los planteamientos más novedosos de aquel movimiento fue el concerniente a la soberanía universitaria.”⁴⁵

⁴⁴ Aldo Casali Fuentes, *Reforma universitaria en Chile, 1967-1973. Pre-balance histórico de una experiencia frustrada*, Intus Legere: Historia, Vol. 5, N° 1, U. de Chile, Santiago, 2011, p. 83

⁴⁵ *Ibidem*.

El proceso de Reforma Universitaria que tuvo lugar en Córdoba a comienzos del siglo XX es recordado en el imaginario político, sobre todo de los universitarios. Y el tema de la soberanía va a ser un elemento central en la reforma de los años 60'. Pareciera que la soberanía es el tema de esos años. Y la estrategia para hacer valer esa soberanía fue la organización, buscando apropiarse de la Reforma que venía.

El movimiento estudiantil ligado a la Reforma Universitaria fue acoplándose en base a demandas que eran canalizadas por los dirigentes de diversas organizaciones, tales como las federaciones de las universidades católicas (Santiago y Valparaíso), de Chile, Técnica del Estado, etc.

¿Cuál era el propósito de la Reforma de 1967? En general, se trataba de la modernización de la universidad. Esto quiere decir una apertura de espacios democráticos dentro de las instituciones, de manera tal que los estamentos involucrados tuvieran participación en la toma de decisiones y, sobre todo, que las investigaciones, los recursos para ello y el despliegue de la universidad como institución, estuviesen ligados a las necesidades de la sociedad. Para los grupos más radicales, esto devenía en el concepto de “universidad comprometida”⁴⁶, de visión marxista.

Todo el conflicto giraba en torno a la línea delgada entre la visión desarrollista, ligada al centro, es decir, a la visión demócratacristiana, y la versión más radical, de carácter marxista. Este enfrentamiento de posiciones se dio tanto a nivel estudiantil como docente, y fue parte del debate público de una época de crecientes conflictos entre proyectos de sociedad en disputa. El debate se encendía, y los estudiantes, junto con algunos docentes “progresistas”, comenzaban a ganar espacio en la discusión.

Los partidos políticos comenzaban a hacerse un festín en el debate porque la universidad era una buena puerta de entrada a la militancia política⁴⁷,

⁴⁶, Fermandois, Op. Cit, p. 496

⁴⁷ Ibid, p. 495

independiente del sector político que fuera. Más aún en el contexto político que vivía el país, marcado por una reñida la lucha por su dirección y conducción.

Las universidades católicas fueron las que más llamaron la atención pública, pues eran las más conservadoras y las que recibían más hijos de la élite. Además, el proceso fue seguido y amedrentado por el diario *El Mercurio*. Ese periódico se ganó una postal para la memoria de los chilenos, la ya clásica imagen de la Casa Central de la UC tomada y vestida por un gran lienzo que decía: “Chileno: El Mercurio miente”.

Cuenta el historiador Fermandois que:

“En la Universidad Católica de Chile había sido un rotundo triunfo de la izquierda después de 1967 (...) prácticamente todos los líderes estudiantiles se fueron al MAPU y a la radicalización que esto llevaba consigo. Lo mismo pasaría con algunos profesores y funcionarios.”⁴⁸

Lo que ocurrió en la UC, fue un fenómeno no antes visto. La izquierda ganaba la federación, y el rector, quién ganó tras la reforma, Fernando Castillo Velasco, además de ser apoyado por el Cardenal, que si bien era de la democracia cristiana, pertenecía a la facción más cercana a la izquierda.⁴⁹ Así, la izquierda, se posicionaba y se dejaba crecer en las universidades, incluso como se mencionó, en las más elitistas y conservadoras.

Sin embargo, una institución con tanta historia apegada al bando conservador no podía dejar que sucediese, no se iba a dejar vencer tan fácilmente sin oponer resistencia. Luego de solo un año de la reforma, en las elecciones de la FEUC de 1968, los gremialistas ganan las elecciones. Tras estos años de politización, conflictos, paros y tomas, la universidad parió un grupo de estudiantes liderados por Jaime Guzmán, que no solo rearmarían al bando conservador, sino que organizarían un renovado movimiento político, de carácter camaleónicamente fascista, que reivindicaría los principales valores tradicionales católicos, es decir, la familia, la patria y Dios.⁵⁰ Este grupo, tendrá gran relevancia en la historia política del M.E. hasta nuestros días –además, por supuesto, de su relevancia ideológica del régimen cívico-militar. De hecho, el movimiento gremial, es aun el

⁴⁸ Ibidem.

⁴⁹ Ibid, p. 496

⁵⁰ Ibidem.

bastión más sólido de la derecha universitaria que, ha trascendido las universidades ligadas a la Iglesia.

Creemos que es importante considerar a este grupo, no solo por la alcance que tiene y ha tenido en cuanto a su línea ideológica para la conformación del Estado post 1973, sino porque el hecho de que existan como organización y que, independiente de los objetivos que tengan, participan y se inmiscuyen en los debates de las reformas educacionales o en torno a manifestaciones de las federaciones estudiantiles; su existencia en la comunidad política delimita el campo de juego de la política. Comprenden la política, los fenómenos del Estado y el conjunto de las relaciones sociales de una manera determinada y determinante, por lo que, es muy probable que sea un lenguaje incompatible con muchas otras lenguas políticas que –quizás- intentan tener un papel en la sociedad, pero quedan automáticamente marginadas. Claramente este fenómeno no ocurre porque su “lenguaje” político sea superior o de mayor trascendencia, sino porque hay un evidente diseño del orden, sobre todo desde el Estado, que permite a esta línea ideológica estar presente en cada una de las configuraciones institucionales de la conformación de la comunidad a partir del Estado.

En ese sentido, si bien los gremialistas como grupo-fuerza nunca han sido una mayoría aplastante en la sociedad, su legado, mediante esta fusión con el Estado a partir de 1973, deviene en una relación individualizante como sociedad; cuestión que cobrará mucho sentido cuando se analicen las relaciones sociales y la subjetivación de los actores del mundo estudiantil como problema actual

Más allá del conflicto por la reforma, el M.E. de esos años estaba empapado de los aires de cambio que eran transversales a la sociedad. De ahí que la juventud, además de organizarse en torno a los conflictos abiertos por el debate de la reforma, estaba inmiscuida en la lógica de la política como disputa del control del Estado. “La característica esencial y común de todos los movimientos estudiantiles, que en los efervescentes años sesenta surgieron para

reivindicar las causas que los aglutinaban, es su transitoriedad, esto es su efímera duración, como protagonistas de los acontecimientos centrales de la historia.”⁵¹

Los estudiantes, como categoría, pareciera que llevaran siempre impregnado un tiempo específico. Un tiempo para imaginar la política, pero sobre todo un tiempo para disponer sus cuerpos a la política. Sin embargo, desde el mundo estudiantil se pensaba un proyecto de Estado. Es decir, un actor “temporal” como los estudiantes, se pensaba un proyecto trascendente.

¿Tendrá alguna relación con la imposibilidad de materializar dicho proyecto? ¿Puede incluso, relacionarse con el M.E. de los últimos años? Nos parece que hay que volver a posicionar estas interrogantes al momento de analizar la situación actual del M.E. Pues como hemos esbozado con anterioridad, el surgimiento de nuevas plataformas políticas, como el Frente Amplio, tiene un origen innegablemente estudiantil. Entonces, surge la pregunta por el significado y las implicancias de lo que es ser un estudiante. Es por esto que, justamente, en este ejercicio por buscar antecedentes históricos a nuestra pregunta, tendremos que verificar los mecanismos sistémicos que *producen* a los estudiantes.

Lo que sigue entonces, son dos preguntas: La primera es qué ocurrió con los estudiantes después de los años de la Reforma Universitaria. La segunda, tiene relación con lo que se hizo en dictadura, es decir, con la necesidad de sintetizar el proyecto de Estado que se desarrolló para poder comprender qué implica ser un estudiante. En lo que sigue de este apartado intentaremos brindar respuesta a la primera pregunta. El siguiente apartado, en tanto, se abocará a la segunda.

De liderazgos estudiantiles a la Unidad Popular

Luego de la Reforma de 1967, el proyecto político de la izquierda era la Unidad Popular. En él se fueron desarrollando distintos liderazgos políticos surgidos a partir de los estudiantes universitarios. Muchos de ellos conformaron parte del contingente militante de los principales partidos como el Socialista,

⁵¹ Casali, Op. Cit, p. 87-88

Comunista, la Izquierda Cristiana y el MAPU. Sin embargo, pese a que existía una izquierda importante desarrollándose, hubo otro tipo de subjetividad que se comenzó a forjar en los 60'. Un tipo de sujeto que ya no pensaba en conquistar el poder mediante las urnas sino, a través del fusil:

“Todos ellos configuraron un liderazgo político nuevo, emplazado en la calle, no en el Congreso ni en el Estado, que promovió un nuevo proyecto histórico popular más bien que puntuales proyectos de ley. No lucharon contra un Estado tiránico, ni una oligarquía corrupta, sino contra una clase política civil que, pese a su fe democrática, fue centralista, burocrática y, peor aun, temerosa e ineficiente. (...) el liderazgo revolucionario de 1970 tuvo un raigambre social débil y superficial, precisamente por su origen estudiantil y juvenil.”⁵²

Comprendiendo esta nueva situación, en la cuál los liderazgos políticos provenientes del sector estudiantil estaban comprometidos con el proyecto político de la UP, de la DC o bien, los más radicales, de la revolución armada, es poco el espacio que queda para un M.E. vinculado existencialmente a la agenda de la Reforma. Lo que estaba en juego era mucho más que una Reforma Universitaria, inclusive más que la propia ENU⁵³, cuando la UP ya era gobierno. Además, eran estudiantes que, por no tener una situación de raigambre social fuerte ni necesariamente popular, buscaban *insertarse*⁵⁴ en distintos sectores de la sociedad –sobre todo en sectores populares- cuestión que no era compatible con una “estrategia” por la Reforma estudiantil.

En ese sentido, es conveniente para este trabajo desvincular la participación política de los estudiantes de algo así como un “movimiento” por la reforma. De lo contrario, necesariamente atomizaríamos su papel político en la comunidad en un espacio que es mucho menos relevante –por lo que conlleva para los sujetos- que la lucha por la dirección del Estado en la dicotomía entre la lucha parlamentaria o “electoralismo” y la vía armada para la toma del poder. “...la calle obligaba a hablar no solo de una “vía no capitalista de desarrollo”, sino también de una “*vía no parlamentaria de acción política*”.⁵⁵

Lo que hace tan interesante esta observación es lo que conlleva para los estudiantes y jóvenes en general. En este tiempo (los años 70') y espacio (la calle),

⁵² Salazar, Pinto, Op. Cit. p. 216

⁵³ Proyecto de educación de la Unidad Popular, Escuela Nacional Unificada.

⁵⁴ Ibidem

⁵⁵ Ibid, p. 215

se estaba configurando una sensibilidad en esa juventud que estaba dispuesta a dar la vida. Existían organizaciones como el MIR y facciones de los partidos “tradicionales” de izquierda que se planteaban no solo ganar el combate en las calles para “defender” el gobierno de la UP, sino que para abrir el camino a la revolución⁵⁶. ¿Qué implicaba ganar la calle? Correspondía a *dominar* físicamente el territorio; había que utilizar todos los medios disponibles para combatir y defender los territorios; los sujetos se disponían para ellos, tanto los rebeldes estudiantes como el “bajo pueblo” que tenía bastante masividad⁵⁷.

Aquí existen varias cuestiones imbricadas que es necesario analizar. Por ejemplo, que el territorio sea uno de los objetivos a cumplir como “ganada” ante el orden, guarda una relación estética muy importante entre estos sujetos y el espacio público. Habría algo así como una necesidad básica de espacio para desplegar esta *fuerza* revolucionaria. Existiría una ruptura, en cierto sentido, una ruptura política radical, porque se le arrebatara el dominio al Estado, o en realidad, a las Fuerzas armadas-como defensores del orden-, el *Monstruo Negro*, como le han llamado algunos historiadores.

Claramente, es muy probable que esto haya durado poco, son dominios de corta duración, porque la maquinaria armamentista del Estado es incontrarrestable –al menos, hasta ahora- frente a un grupo de muchachos con una que otra arma. Sin embargo, aquí se figura un *darse*, un disponer el cuerpo a los avatares de la muerte, a una ida sin retorno. Independiente de la corta duración, cabe preguntarnos por el gesto de disponerse contra el poder, ese que es capaz de arrebatar la vida, ese que trae a la muerte como su principal arma: ¿cómo saber si es una necesidad para la revolución? ¿Es la disposición a la muerte un elemento primordial de los revolucionarios? Si fuera así, ¿son este tipo de “ganadas”, un paso a esa apertura de un posible nuevo ciclo histórico?

El filósofo Carlos Pérez López, combinando la idea de revolución con la huelga general, plantea la siguiente interrogante:

“La huelga general, la que hace su apuesta en el tiempo de la nueva época histórica, la que se llamaría revolucionaria por el desconocimiento de aquella vida hacia la cual tiende, esta

⁵⁶ Ibid, p. 217

⁵⁷ Ibidem

huelga, este movimiento, ¿es actividad o ausencia absoluta de acción? ¿Es trabajo o cesación total de la producción? ¿Es acción que tiende hacia lo desconocido o abandono inmediato a la improductividad total?”⁵⁸

Si el carácter revolucionario de esa juventud –que desde luego no era una mayoría- puede ser pensado desde la perspectiva de la ausencia de un proyecto, o, más bien, desde la presencia en el presente de un tiempo suspendido por el *enfrentamiento* –defensa o toma de algún espacio-, ¿qué experiencia, lazo o vínculo es que el se generó para disponerse de tal forma? Ciertamente hay valentía, una actitud heroica, pero, ¿sin proyecto? ¿sin estrategia? Muy probablemente, por valiente que pueda parecer dicha disposición, el resultado sería catastrófico. Con solo imaginar lo mortal que fue, tras el Golpe, luego que el *Monstruo negro* despertara, la maquinaria de violencia del orden frente a un “gran” movimiento de ruptura, podría ser a lo menos considerablemente más brutal.

Creemos que esa juventud tomó la opción del proyecto, y esto se puede evidenciar, por ejemplo, en las “Asambleas del Pueblo”. Los grupos más radicales como el MIR y, en cierto sentido, el MAPU junto a facciones del partido Socialista, comenzaron en Concepción –importante ciudad para la izquierda de esos años- con un procedimiento popular que tenía por objetivo generar un cierto pacto social “por fuera” de lo que era la política ligada al Congreso Nacional.⁵⁹ Si bien fueron pocas facciones, rápidamente comenzaron a llamar la atención de la UP, porque desestabilizaban la unidad y el orden de la “lectura” política adecuada para el período. De hecho, Allende tuvo que escribir una carta a todos los partidos que conformaban la Unidad Popular para mantener una cierta uniformidad y que no se proyectaran más este tipo de instancias. Carlos Altamirano e incluso Fidel Castro tuvieron que incidir –a regañadientes, claro- ante la petición del presidente Allende.⁶⁰

Si bien, la existencia de estos grupos más radicales no tuvo consecuencias claras ni fue la dirección que finalmente primó en aquellos años, se convirtió en una de las instancias más complicadas para la administración del gobierno en el

⁵⁸ Carlos Pérez López, *La huelga general como problema filosófico: Walter Benjamin y Georges Sorel*, Ed. Metales pesados, Santiago, Chile, 2016, p. 105

⁵⁹ Fermandois, Op. Cit. p. 557

⁶⁰ Ibid, p. 558 - 560

orden estatal. Podía comenzar a poner *en jaque* cierta estrategia, y con ello comenzar a dar un paso firme hacia los bordes del orden burgués, pero a su vez, a una posibilidad mucho más alta de un rotundo fracaso. En ese sentido, había una cierta aceptación de la posibilidad de la muerte, al *enfrentamiento*, como dijimos anteriormente. Sin embargo, no sin un previsible horizonte; no sin una idea primera de un futuro a construir. Independiente, de la posición que podamos tener al respecto, esto significa, sin duda alguna, una subjetivación *diferente*. Porque no significa una disposición a la muerte porque ya nada vale y el movimiento está compuesto por temerarios guerrilleros; sino que una disposición a llevar un proyecto a los bordes de un orden que no permite la salida. Y eso, significa la posibilidad de la muerte, cuestión que no es fácilmente reconocible en la juventud ni en el M.E. de los últimos años.

A pesar de todo, y de todas las subjetividades que se podrían producir, desde quienes optaban por una visión ligada al partido de masas y el respeto a la constitución y las instituciones políticas del Estado a quienes optaban por la vanguardia revolucionaria, habría un punto en común que nos parece necesario plantear, entendiendo que hoy también se ha transformado en un problema:

“Ambas opciones privilegiaban el comando centralista y vertical (magnificando las figuras del Presidente, los Jefes de Partido y los “Soles Rojos”) y la inhabilidad leninista de los liderazgos. Eso equivalía a valorar el “acercamiento” de la militancia más que el “desarrollo” de las formas de poder popular. Y a hacer depender el movimiento conjunto de la suficiencia política de las vanguardias más que en la *confianza histórica en el bajo pueblo*.”⁶¹

Seguramente este siempre ha sido un problema medular de la organización moderna: la soberanía popular. Cómo plantear una organización o un tipo de movimiento o grupo humano que sincronice una cierta dirección política, con un amplio sentido de comunidad y participación. ¿Serán contradictorias? No lo sabemos, pero hasta el día de hoy, las organizaciones políticas que dan musculatura al M.E. tienen los mismos problemas. Esto nos permite decir que hemos encontrado una cierta continuidad histórica. Si bien al menos hoy no hay visibilidad de grupos armados reivindicando políticamente espacios o a la misma comunidad política, sí existen organizaciones que tienen un sentido leninista de

⁶¹ Salazar, Pinto, Op. Cit. p. 226

dirección de “partido”, y otros que tienden a practicar una forma de sociabilidad mucho más estricta. De igual forma, todas han de participar en los espacios formales, y por eso terminan por jerarquizar los espacios y enaltecer a sus dirigentes. De ahí que este elemento debe ser incorporado al análisis, toda vez que sigue siendo un problema en el ámbito de las organizaciones. Ambas visiones y prácticas tropiezan con sus fundamentos de existencia.

IV. Del Golpe militar y la destrucción del sentido histórico social:

La posibilidad de un golpe de Estado, era previsible en el imaginario social del año 1973 y, sobre todo, en el imaginario de las militancias de izquierda. Ya habían existido algunos antecedentes que hacían sospechar de un posible alzamiento en contra del gobierno por parte de las fuerzas armadas. Además, el contexto internacional de Guerra Fría ciertamente incidió en la decisión por parte de quienes ostentaban los poderes fácticos de la época. Entre ellos, no solo las fuerzas armadas nacionales, sino los poderes empresariales con contactos en Estados Unidos y sus instituciones ligadas a la doctrina de Seguridad Nacional. En consecuencia, esta posibilidad estaba en el imaginario. De hecho, las militancias políticas revolucionarias y las de izquierda parlamentaria –para poder efectuar diferencia-, se preparaban a algo así como el día “d”. Habría una decisión juvenil de “ir” al *enfrentamiento*, que sin embargo tropezará con la mayor e inédita maquinaria represiva por parte del Estado en la historia de Chile.⁶²

El desenlace del gobierno de Allende, tras el alzamiento de las fuerzas armadas, fue rápido, duró poco más de una mañana, la del 11 de Septiembre. Sin embargo, recién comenzaba el reinado de los militares en el país, gobierno que duraría más de 17 años y cuyas consecuencias políticas, sociales, culturales y económicas quedarían prácticamente impregnadas en todas las relaciones sociales del país.

Esta culminación, la de este proceso, sería un hecho excepcional en la historia de Chile que bien podríamos decir que divide la historia de este país en dos.⁶³

“Para los rebeldes del 68’, ese ataque (...) fue una *vivencia de desgarramiento humano* que atravesó la carne propia, redujo a jirones la dignidad más íntima de la persona y destruyó el sentido histórico de la existencia social. Pues, lo que vivieron los rebeldes del 68’ a manos de sus vencedores no fue un hecho político ni jurídico: fue, simplemente, *inhumano*. Un proceso histórico que salió de los raíles usuales de la historia. Porque cuando en esos procesos se introduce y practica la “tortura a muerte” de modo sistemático, no hay ley escrita que valga: allí, solo tiene validez la *comparecencia viva* de la Humanidad. O de todo el Pueblo.”⁶⁴

⁶² Ibid, p. 228.

⁶³ Ibidem.

⁶⁴ Ibidem.

No es nuestro propósito ahondar en este texto en torno a las torturas, violaciones a los derechos humanos, muertes y desapariciones. Pero no podemos dejar de señalar algunas cuestiones fundamentales que ocurrieron en este proceso que, sin duda, dejarán una impactante y profunda marca al conjunto de la sociedad, y principalmente a aquellos que estuvieron involucrados en el proceso social que había surgido en los últimos años.

Cuando se propone que esta experiencia “destruyó el sentido histórico de la existencia social”, significa que a una sociedad se le extinguieron todos y cada uno de los canales que habían configurado su desarrollo como comunidad. Ahora solo resta sobrevivir. No hay futuro ni destino a partir de aquí, pues ya no hay más sociedad; solo quedan las individualidades. Ya no vale ni puede valer actuar como sociedad, porque es ése, finalmente, el gran martirio. De alguna forma, es quizás por eso que muchos sectores estudiantiles hoy miran heroicamente el desplante social que tuvieron jóvenes y adultos de esa generación. De la misma forma que a Allende se le martiriza, se le idealiza y se realza en la historia de los perdedores, su sociedad histórica, también tiende a cumplir un mismo destino. ¿Qué significa esto? ¿Es necesario reconstruir un sentido histórico, como el que tuvo esta generación? Son preguntas muy complejas de responder, pero que están ardiendo cada vez que el M.E. despierta de sus cíclicos letargos.

Y es que claro, esta pregunta no ha sido superada. ¿Es posible superar la muerte de un sentido existencial de la sociedad? ¿Acaso eso puede morir, simplemente? ¿Cómo nos hacemos cargo, ahora nuevamente como *sociedad*, de las más de 400.000 detenciones de militantes, más de 5.000 personas ejecutadas, casi 4.000 desaparecidos y casi un millón de exiliados? ¿Se puede?

Es justamente en estas situaciones donde tenemos que llevar al *límite* el sentido histórico de las sociedades. Sabemos que si bien, el relato del sentido histórico son una serie de articulaciones que los historiadores *producen*, no están exentas de materialidad, de sensibilidades, de tiempos y espacios, en fin, de historia. ¿Cómo no sucumbir ante la historia cuando así se presenta? Si bien seguimos sin respuesta ante aquella pregunta, porque así lo demuestran nuestros tiempos –de hecho, es una de las preguntas más relevantes en cuanto a la

necesidad de analizar el M.E. en la actualidad-, hubo un aprendizaje. O quizás es mejor plantearlo como un aprendizaje forzado, mediante una pedagogía lancasteriana. No, en realidad mucho más brutal:

“No se pueden realizar los objetivos revolucionarios del pueblo sin desarmar o doblegar al *monstruo negro* que vigila sus movimientos y sin potenciar, en todos los planos, el poder social, operacional y constituyente de la soberanía popular. Para otros, en cambio, esa fue una derrota que les obligó a actuar con prudencia, a negociar políticamente y a integrarse (aceptando las reglas) al sistema social impuesto por los vencedores.”⁶⁵

Finalmente, esto deviene en una decisión política. Una decisión que es evidente, a todas luces, en toda la política que surgió a partir de la transición a la democracia. Y es quizás este problema, uno de las más grandes artimañas que no hemos sabido, como M.E. y también como sociedad, des-trabar, o mejor, des-baratar. La imaginación política debe estar puesta sobre esa sentencia que fue parida por el desastre de la experiencia chilena. Porque, además, el orden se reagrupó bajo un nuevo Estado y bajo un nuevo sistema de vigilancias y castigos; de sueños individualizantes y de dramáticas ficciones de realización personal; de mercantilización de la vida individual y social. Lo que sigue es la explicación del orden alienígena que se ha implantado en las cenizas de lo que se hace llamar aun como sociedad chilena.

Luego de haber analizado de manera sintética y breve algunos pasajes del proceso histórico vivido en el país, especialmente desde la óptica de estudiantes y jóvenes, consideramos necesario plantear que fue lo que cambió en un sentido estructural en torno al funcionamiento del país. Quizás pueda parecer predecible el ejercicio. Sin embargo, la ingeniería aplicada en Chile durante los años de dictadura trasciende a simples cambios del tipo de gobierno o de distribución de los recursos. Esta re-estructuración del país provocó cambios en la subjetividad de lo que se entendía como pueblo chileno y, por supuesto, en los estudiantes y jóvenes. Y es que no podemos olvidar lo que mencionábamos con anterioridad: El hecho de ser estudiante y/o ser joven implica un tiempo determinado, incluso, podríamos decir, de corta duración, con respecto a los procesos sociales. Por

⁶⁵ Ibid, p. 230

tanto, incluso más allá de los cambios perpetrados por la fuerza, podría existir una dis-continuidad respecto a las demandas, a la dirección y las formas de relación social en cuanto a la actividad política.

Estamos trabajando con una óptica que roza diversos temas que asoman como fundamentales para el análisis que queremos llevar a cabo. ¿Qué tanto puede *funcionar* o condicionar una cierta conciencia histórica atravesada por un proceso tan desgarrador, traumático e inhumano, cuando el tiempo es el factor que lo condiciona? Se vive un proceso desgarrador siendo estudiante y, por lo tanto, es un momento que, de alguna forma, sutura o invisibiliza la lucha anterior, tanto con la educación como con el proyecto de nueva sociedad. Ciertamente es este proceso desgarrador el que borró del mapa demandas históricas de lo que había sido el moviendo estudiantil con anterioridad. Pues, ser estudiante equivale a *serlo* mientras se estudia. ¿Y luego? ¿Dónde se alojan las luchas? ¿Dónde se materializa esa conciencia histórica vivida –sufrida- en los años de dictadura? Existiría, en ese sentido, una suerte de interrupción, de discontinuidad entre estos momentos históricos –años 60' a los 90'- en términos de lucha.

Sin embargo, llama poderosamente la atención que las demandas del movimiento estudiantil actual se parezcan tanto a las luchas de los años ´60 y comienzos de la década de 1970. El problema puede estar no solo en la necesidad de construir un puente entre el relato histórico pausado en esos años con el presente, sino que tal vez ese relato histórico bien podría no tener reflejo en la politicidad de nuestro presente. Por eso, es necesario hacer una breve descripción analítica de lo ocurrido en los años de dictadura. Es necesario desvestir el neoliberalismo, tanto en su propuesta de sistema productivo; en su forma de implementación; como también en cuanto a su propuesta de organización política, la democracia representativa.

A continuación queremos mostrar una perspectiva de lo acontecido durante los años de dictadura. Sobre todo, queremos hacer hincapié en la imposición del sistema neoliberal, importado desde otras latitudes e impuesto a la fuerza mediante el uso del terror y el shock, dejando pocas posibilidades de resistencia. Creemos que es importante mostrar la forma y el contenido de lo que se vertió en

este país, puesto que postulamos firmemente que aquí hubo y ha habido un *engaño* a la comunidad. Con toda la rigurosidad de la labor del historiador, pero también con toda su capacidad selectiva para mostrar una posible realidad, queremos re interpretar un relato histórico -aun cuando todo asoma como un imposible- para buscar continuidades y rupturas. Investigar acerca del movimiento estudiantil y su pasado, implica la posibilidad de mirar políticamente un presente sin utilizar únicamente las anteojeras de intelectuales y círculos de decisión de partidos y movimientos políticos involucrados en esta lucha.

Dictadura y Neoliberalismo:

En este apartado queremos desarrollar un análisis de lo ocurrido en los años en dictadura. Para esto, nos enfocaremos en las materias de Estado que la dictadura cívico-militar implantó durante estos años. Nos basaremos especialmente en los argumentos aportados por David Harvey y Naomi Klein, para comprender los fundamentos, consecuencias, e inevitablemente, la forma en que fue impuesto el modelo que se comenzará a desarrollar a partir de los primeros años del régimen de Pinochet. Luego, no podemos dejar de lado el foco de nuestra investigación, nuestro análisis irá dialogando con distintas experiencias de los jóvenes durante los años de dictadura, tanto en relación a la resistencia al régimen, como también a nuevas formas de asociatividad, nuevos tiempos y códigos que fueron necesarios para sobrellevar –o infra llevar- los difíciles años que le tocó aguantar a la sociedad chilena y, en especial, a jóvenes y estudiantes.

Para comenzar, es necesario comprender que el proceso que estaba llevando el gobierno de Salvador Allende comprometía los intereses de los grandes terratenientes históricos, así como también de los empresarios que habrían invertido en la producción industrial del país. Durante su gobierno, sistemáticamente se vio enfrentado a las críticas e incluso a los sabotajes por parte de algunos grupos de derechas y empresariales que no aceptaban la idea de

que el gobierno de turno intente cambiar el esquema de cómo se habrían dado las cosas en el último siglo. De hecho, según propone Naomi Klein:

“En septiembre de 1971, tras un año de mandato de Allende, los principales líderes empresariales chilenos celebraron una reunión de emergencia en la ciudad costera de Viña del Mar para desarrollar una estrategia coherente para el cambio de régimen. Según Orlando Sáenz, presidente de la Sociedad de Fomento Fabril (generosamente financiada por la CIA y por muchas multinacionales afines en Washington), los allí reunidos decidieron que «el gobierno de Allende era incompatible con la libertad en Chile y con la existencia de la empresa privada, y que la única forma de evitar el desastre era derrocar al gobierno». Los empresarios organizaron una «estructura de guerra»; una parte establecería relaciones con el ejército, y otra sección, según Sáenz, se ocuparía de «diseñar programas de gobierno alternativos que se presentarían sistemáticamente a las fuerzas armadas».”⁶⁶

Desde un comienzo, los círculos empresariales habrían pensado todas las posibilidades para que Allende y la UP no cumplieran su promesa de gobierno. Y es que además el contexto internacional del momento –a entender, la Guerra Fría– los posicionaba en un lugar en donde los enemigos del proyecto de sociedad socialista, como Estados Unidos y sus instituciones militares y de inteligencia, verían en ellos aliados estratégicos a quienes entregar recursos para generar una desestabilización tanto política como económica que podría permitir un descontento general, es decir, las condiciones necesarias para que surja una *intervención*, un momento excepcional.

Hay que mencionar también -porque será fundamental para comprender su rol en este período histórico- el papel que jugó la Escuela de Economía de Chicago y, en especial, algunos personajes como Milton Friedman y Arnold Harberger:

“Diseñaron un plan que convertiría Santiago, un semillero de la economía centrada en el Estado, en lo opuesto, un laboratorio para experimentos de vanguardia sobre el mercado (...) El plan original era sencillo: el gobierno estadounidense pagaría para enviar a estudiantes chilenos a aprender economía en lo que prácticamente todo el mundo reconocía que era el lugar más rabiosamente anti «rosa» del mundo: la Universidad de Chicago.”⁶⁷

Desde un tiempo anterior al gobierno de Allende, intelectuales de la Universidad de Chicago, habían estado decididamente investigando sobre una concepción de la economía distinta a la desarrollista. Eran férreos enemigos de la economía de tipo Keynesiano, y proponían que el Estado no debiera intervenir en

⁶⁶ Naomi Klein, *La doctrina del shock: El auge del Capitalismo del desastre*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 2007, p. 113-114

⁶⁷ *Ibid*, p. 97-98

los asuntos económicos. La libertad de comercio y el “curso natural de las cosas” no debían ser sometidos a ninguna traba. Propuesto de una forma categórica, en palabras de José Piñera, “...ir contra la naturaleza es contraproducente y es engañarse a uno mismo”⁶⁸. Este argumento será muy explotado en los años de dictadura, cuando la doctrina económica de los “Chicago Boys” comience a implementarse bajo el rigor de la autoridad y jerarquía de los militares.

Así, habría una intención de parte de los estudiantes chilenos que aprendieron en Chicago, de establecer un sistema económico abierto en el que prevalezcan las relaciones comerciales y el rol del mercado por sobre la planificación estatal. Nadie, a excepción de ellos, claro, sabía qué significaría en realidad comenzar a desarrollar con tanto entusiasmo y devoción un modelo que transitaría desde el terreno de lo público –quizás es mejor decir, “lo estatal”- a la esfera privada.

La Universidad de Chicago, en sus investigaciones y experimentos ya había demostrado actitudes poco éticas frente a consideraciones humanas. Giorgio Agamben comenta en *Homo Sacer I*, que fue aquella institución la que, en la década del 20’, utilizó prisioneros de guerra –excluidos de derechos civiles- condenados a muerte, mediante una declaración “voluntaria”, para someterlos a experimentos de extremo peligro para el cuerpo y la vida del individuo. Aquella declaración afirmaba que el *voluntario* asumía todos los riesgos del experimento y que, al mismo tiempo, liberaba de toda responsabilidad a los investigadores y técnicos, como también a la Universidad de Chicago.⁶⁹

En otras palabras, la institución mencionada, ya había cometido algunas acciones que habrían sobrepasado un mínimo ético en términos de humanidad, aun cuando no se habían declarado formalmente los Derechos Humanos, porque esto ocurrió en los años veinte en EEUU. De igual forma, es un antecedente que vendría a repetirse, pero ahora en Latinoamérica.

⁶⁸ Juan Gabriel Valdés, *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, p. 31

⁶⁹ Giorgio Agamben, *Homo Sacer: El poder soberano y la nuda vida*, ed. Pre-Textos, España, 1998, p. 199.

Cuando se produce el golpe de Estado en Chile, inmediatamente comienza a funcionar un plan o, mejor dicho, una lógica de catástrofe, de shock, que será transversal –con mayor o menor intensidad- hasta el tránsito a los gobiernos representativos.

“El general Augusto Pinochet y sus seguidores se refirieron siempre a los hechos del 11 de septiembre de 1973 no como un golpe de Estado sino como «una guerra». Santiago de Chile, desde luego, parecía zona de guerra: carros blindados abrían fuego conforme avanzaban a través de los bulevares y los edificios del gobierno eran atacados por cazas de combate. Pero había algo extraño en esa guerra: sólo combatía un bando.”⁷⁰

Lo que Naomi Klein plantea es una cuestión muy delicada. Porque si bien en esos momentos esto podría haber pasado inadvertido, será uno de los tantos engaños retóricos que los chilenos habrán tomado como información oficial.

No podemos perder de vista que la institucionalidad de las Fuerzas Armadas en Chile, que siempre ha tenido un cariz de seriedad, virtuosidad, honesto sentimiento patriota y, por lo tanto, siempre ha impulsado un discurso histórico en el cuál las Fuerzas Armadas habrían sido salvadoras, o bien restauradoras, de la seguridad, cuando no libertadoras.

Este fenómeno es muy relevante cuando se analiza quién es protagonista en este momento histórico. Quizás, hasta ese contexto, las instituciones de las Fuerzas Armadas habrían sido algo así como la institucionalidad responsable –no por ello necesariamente gestora- de todo ese *progreso*, tanto material como a nivel de republicanismo que habría experimentado la nación. Y es que, siguiendo la tesis –que ya prácticamente ha sido convertida en relato histórico- de Mario Góngora, el ejército o, más bien, las FFAA en general, serían de los principales agentes gestores del Estado chileno, siendo aquellas mismas quienes forjarían el sentimiento de nación, de patria⁷¹, no podemos desdeñar su implicancia subjetiva en la sociedad.

Es inevitable, asimismo, recordar el concepto de “poder pastoral” que evoca Michel Foucault en *Tecnologías del yo*, haciendo alusión a un agente que vendría a salvaguardar al ganado, en tanto responsable; digno de autoridad devenida en

⁷⁰ Klein, Op. Cit, p. 124

⁷¹ Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Ed. Universitaria, Santiago, 1986.

obediencia; y con conocimiento de las necesidades del país⁷². Todas esas características, por su pasado histórico, podrían perfectamente relacionarse con el rol de las FFAA en la historia de Chile.

En ese sentido, creemos pertinente cuestionar: Si las FFAA eran responsables de la estabilidad y el progreso de la nación, pues bien, ¿ante quién?

La respuesta más obvia, y hasta aprehendida en todas las instituciones educativas del país, es que corresponde esa responsabilidad evidenciarla ante la “nación”. Concepto impreciso, inmaterial, a histórico, descabezado, es decir, una palabra apta para ser despojada de todo lo que pudiera decirse que es.

Puede parecer este análisis un tanto anacrónico e impertinente, sin dudas. Sin embargo, cuando decimos que queremos disputar el sentido histórico de un cierto legado, de una lucha o memoria colectiva, creemos necesario proponer toda la narrativa de nuestro tiempo presente en la pregunta. Porque es una necesidad imperante de nuestra actualidad cuestionar el sentido de la disposición a obedecer que hemos cargado, tanto en términos materiales, como a nivel discursivo, frente a la dominación; y los conceptos imbricados en quien –sea una institución, una persona o una idea, como por ejemplo la de que la soberanía reside en la “nación”- depositamos una suerte de confianza e incluso una fe, para quedarnos calmos de que los tiempos que vendrán serán mejores.

Aquí necesitamos insistir. La idea de soberanía. La idea de nación. ¿Se puede verificar que ambas vayan *románticamente* juntas? La discusión sobre la soberanía es muy compleja y, por cierto, trasciende los límites de estas humildes páginas. Sin embargo, es justamente cuando se re-analizan situaciones históricas cuando más se hace necesario preguntar por el origen de las problemáticas y de los conflictos, sobre todo cuando se trata de la comunidad y de su politicidad. ¿Qué es ser soberano? ¿Qué implica?

Giorgio Agamben identifica la soberanía o, más bien, el poder soberano, con la posibilidad de decretar la excepción. Vale decir, que el soberano, la soberanía en

⁷² Michel Foucault, *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Ed. Paidós, Barcelona, 1990, p. 100-117.

sí, está por sobre lo que garantiza la ley en cierto momento dado. Podría en ese sentido, tener la facultad de disponer de un momento de pausa y pasar por sobre las reglas, incluso pudiendo redefinirlas.⁷³ De ahí que necesariamente tendríamos que aceptar la idea de que la nación –en donde está supuestamente la soberanía– tendría que verse reflejada en las FFAA. Pero es sospechoso, no convence. Hay una evidente incomodidad con los conceptos. Parece una escena de fuerza que no se puede sustentar en la idea de nación, pues nación es un concepto inevitablemente más amplio.

Es posible relacionar este hecho, el golpe de Estado por parte de los militares y, su consecuente momento excepcional donde la ley se suspende, y comienza a surgir una indistinción de lo que sería la nación, con los ciudadanos, aquellos sujetos supuestamente soberanos, quedando relegados a un estado en el que eventualmente podrían ser considerados enemigos del Estado, por tanto, despojados de sus derechos. Lo que Agamben ejemplifica como el estado de indefinición entre *Bios*, la vida humana en común, con derechos políticos, y la *Zoé*, la vida animal, bestial, reducida al puro hecho de vivir⁷⁴, podría introducirse en este momento. Así, la soberanía que reside en la nación, como conjunto, es reducida a una individualización, mediante la cual, se puede “descartar” a aquellos que contrarían lo que las FFAA pretenden. Esto quiere decir que los derechos políticos, civiles e incluso humanos, quedan relegados a la *decisión* soberana del Bando⁷⁵, las FFAA, con todo su contingente tanto militar, de fuerza, como discursivo, vale decir, de decisión trascendente, por la patria y la libertad.

La imagen de la moneda bombardeada yuxtapuesta con escenas de militares en las grandes ciudades, persiguiendo y deteniendo a civiles, traerá una imagen de caos suficiente como para dejar a cualquiera encerrado en su casa. El discurso de Pinochet tras el golpe es un mensaje directo a la obediencia. El poder, el *Monstruo negro*, como señalaban Salazar y Pinto, comenzaba a desplegar su potencial.

⁷³ Agamben, Op. Cit, p. 27- 45.

⁷⁴ Ibid, p. 9

⁷⁵ Ibid, p. 68 – 72.

Una guerra, se dijo. Las guerras por definición tienen más de un bando, cuestión insostenible para el contexto de 1973. Si bien había algunos grupos armados como el MIR, la realidad indicaba que era impensado un enfrentamiento armado contra el ejército reaccionario. La contienda era radicalmente desigual⁷⁶. Pero más allá de esa discusión, lo catastrófico fue que a pesar de que la guerra de Pinochet sólo tuvo un bando, sus efectos fueron tan reales como cualquier guerra civil o invasión extranjera⁷⁷.

A nivel discursivo, se inventaron muchos relatos acerca de una invasión cubana, amenazas armamentistas como el “Plan Z” y prácticas de los comunistas soviéticos, entre muchas narrativas imaginarias de la derecha y los reaccionarios del país.

En ese sentido, era un contexto de mucho engaño, prejuicio y miedo generalizado. El momento perfecto para que el dispositivo “guerra” pudiera profundizar todos sus alcances efectivos. Esto quiere decir que, a través de la excusa de la guerra, las posibilidades de acción –independiente del daño moral que podrían haber causado- estaban comprendidas -cuando no, justificadas- por un cierto colectivo nacional. Es por esta razón que, al momento de analizar esta situación, el discurso de la “guerra” es clave para poder comprender la terapia de Shock que vendría a continuación.

Pues ya no solamente sería un Shock brutal en términos del trato humano – basta con recordar la misión del General Arellano Stark, conocida como la Caravana de la Muerte⁷⁸- sino que comenzaría a desarrollarse en términos de la estructura económica y así, en las subjetividades.

Sin embargo, queremos mencionar algunas de los horrores cometidos durante esos años en términos de violencia y terror por parte del Estado en manos de los militares. No se puede dejar de lado por una cuestión de memoria, de reconstrucción histórica y, en cierto sentido, esto no puede ser olvidado porque nos recuerda constantemente que nuestra relación actual con fenómenos tan

⁷⁶ Fermandois, Op. Cit, p. 769.

⁷⁷ Klein, Op. Cit, p. 126

⁷⁸ Ibidem.

importantes como la muerte⁷⁹, el exilio y la incertidumbre –como en el caso de las desapariciones- no es una realidad cotidiana, como sí lo pudo haber sido en aquella época.

Los datos a nivel de número de las víctimas de este proceso histórico difieren mínimamente en términos de cifras, dependiendo de la fuente. Más allá de cuál fuente es la más verídica, es importante constatar que más de 3.000 personas fueron ejecutadas y/o desaparecidas, por lo menos 80.000 fueron encarceladas y más de 200.000 fueron exiliadas por motivos políticos⁸⁰. El problema, aparte de las violaciones a los derechos humanos y la violencia del Estado ejercida hacia la sociedad, tuvo relación con que esos presos, ejecutados y exiliados, en general, tenían relación con sindicatos o movimientos políticos activistas de la UP. Esto no es simplemente una coincidencia.

En primer lugar, según la junta, había que “limpiar” y “eliminar” el mal de raíz en el país; purificar los vicios y malos hábitos, como la política en este caso, para poder conseguir una depuración moral en la patria⁸¹. Dentro de los indeseables estaban todos aquellos que habían participado de sindicatos, movimientos activistas y partidos políticos enemigos del régimen de gobierno, en tanto que sus prácticas desvirtuaban moralmente el funcionamiento y las relaciones sociales dentro del país. Sin una “limpieza”, no iba a ser posible imponer orden y brindar garantías al desarrollo de la patria.

Es interesante el concepto “limpieza” que hace referencia a un cuerpo, como si la patria o la “nación” fueran un mismo cuerpo interconectado que para su funcionamiento necesita tener todos sus músculos, huesos y órganos sanos. Es conocida la frase de Pinochet de la necesidad de eliminar el “cáncer marxista”. Se hace referencia, entonces, a un cuerpo que necesita extirpar una parte que no le deja funcionar. Es conocido, a estas alturas, el argumento que familiariza al

⁷⁹ En este caso, nos referimos a la muerte producida deliberadamente por el Estado, en una acción violenta. Creemos necesario el alcance porque, de alguna forma, la muerte sí está presente en la cotidianidad de las personas. Solo el año 2016 murieron casi 25.000 personas por no recibir atención y/o cirugía médica, muestra de un abandono casi total, del Estado en materias de salud pública. Una forma de muerte, no directa, pero presente y permanente hasta el momento.

⁸⁰ Ibidem

⁸¹ Ibid, p. 175 - 176

cuerpo social con un cuerpo humano, que naturaliza una suerte de sincronía anatómica en función del desarrollo, del progreso, etc.

Es un relato que convence, de la misma forma como convence el excesivo nacionalismo con que Pinochet y las FFAA fundamentaron sus acciones. Y es que, el problema de la metáfora del cuerpo no deja contradicción posible en su funcionamiento. Todo aquello que no esté facilitando el desarrollo de un régimen – en este caso, de un cuerpo- tiene que ser arreglado, “limpiado” o extirpado. Así, no permite que exista un *desacuerdo*, la posibilidad de que una parte de la sociedad no esté en función de un mismo proyecto o, más bien, posibilita que una parte de la sociedad esté radicalmente más empoderada que la mayoría; es decir, brinda la posibilidad de la existencia de una oligarquía.

En ese sentido, la visión de izquierda, si se quiere, no puede ni si quiera ser comprendida dentro del esquema de pensamiento del nacionalismo o patriotismo exacerbado de los militares. Quizás tiene que ver con lo que Jacques Rancière ha llamado como *desacuerdo*: No simplemente la diferencia de opiniones sino más bien, la ascensión de los sin parte en el orden; de la posibilidad que diversos actores tengan acceso al poder, a la palabra, a lo real. Es decir, la instancia en donde los excluidos impulsan su apareamiento. La verificación de una desigualdad ni si quiera es posible. No hay litigio. El poder desplegado es total, sobre todo, a nivel discursivo.

Si contrastamos la posición de Rancière con la noción de Biopolítica que trabaja Giorgio Agamben, quizás podríamos profundizar aun más en el problema del cuerpo colectivo. El filósofo italiano, basándose en los estudios previos de Michel Foucault en torno al concepto de biopolítica, plantea que la biología es una cierta ideología que los Estados comienzan a asumir. Bajo la óptica de la objetivación y la búsqueda de un saber clínico, la biología introduce un *nomos*, es decir, una norma a los individuos que componen el Estado-Nación. Así, las preocupaciones del Estado por la sobrevivencia y el desarrollo de una estrategia hacia el progreso, estarían mediadas por los conocimientos biológicos de las partes de ese cuerpo. En ese sentido, la enfermedad, o los síntomas de una enfermedad (o herida) en ese cuerpo, deben ser atacados. Es aquí, donde volvemos a la idea de excepción

y donde la individualización del sujeto como parte del cuerpo soberano permite su exclusión, destituyéndole todo derecho que identificaba su vida en el *bios*.

En Rancière, de alguna manera, nos encontramos con una cierta *voluntad* de comprender este problema desde una imposibilidad de comunicación; mientras que en Agamben, desde otro punto de vista, existiría la verificación del uso de la fuerza (*factum*) por parte de un cierto poder soberano, a razón de una trascendencia. Ambos acusando la falta de soberanía, de *bios*.

En segundo lugar, y en complemento con el autoritarismo nacionalista desplegado, existiría una creciente alianza entre el aparato policial del Estado, es decir, el régimen de dictadura, con grandes capitales que vendrán tanto de inversión extranjera como desde adentro contra un tercer grupo social:

“Lo que Chile inauguró con Pinochet fue una evolución del corporativismo: una alianza de apoyo mutuo en la que un Estado policial y las grandes empresas unieron fuerzas para lanzar una guerra total contra el tercer centro de poder —los trabajadores—, incrementando con ello de manera espectacular la porción de riqueza nacional controlada por la alianza.”⁸²

Lo que se puede apreciar es que los perseguidos y los enemigos serían ahora los trabajadores. Por lo mismo, sus organizaciones comienzan una vida clandestina, así como también empiezan las desconfianzas y el estado de alerta permanente entre los trabajadores. En 1976, el 80% de los prisioneros políticos de Chile eran obreros y campesinos⁸³, lo que refleja en buena medida, que había un grupo en donde se enfocarían los esfuerzos para frenar el proceso social e histórico anterior.

Pero lo que es más brutal y duradero es la pauperización de sus condiciones de trabajo y, por ende, de vida. Había que destruir sus formas de organización, las maneras de relacionarse, como también había que disminuir sus “privilegios” en sus respectivos trabajos. De cierta forma, lo que había que hacer era romper el vínculo de clase que habrían acumulado los trabajadores durante los últimos años. Romper las formas de solidaridad, quebrar los valores que mantenían una cohesión en cuanto a la visión que se tenía acerca de la sociedad,

⁸² Klein, Op. Cit, p.139

⁸³ Ibid, p. 179

en donde efectivamente se visibilizaban las diferencias de clase; donde se comprendía –en términos de lo común- lo que era ser pobre o trabajador. Eso generaba un vínculo poderoso, que esta doctrina de shock tenía que eliminar.

“En testimonios que aparecen en los informes de las comisiones de la verdad por toda la región, los prisioneros describen un sistema diseñado para obligarles a traicionar el principio más fundamental de su sentido del yo. Para la mayor parte de los latinoamericanos de izquierdas, ese principio fundamental era lo que el historiador radical argentino Osvaldo Bayer llamó «la única ideología trascendental: la solidaridad». Los torturadores entendían perfectamente la importancia de la solidaridad y se aplicaron a destruir ese impulso de interconexión social entre sus prisioneros. Se da por supuesto que todo interrogatorio consiste en obtener información valiosa y, por lo tanto, forzar una traición, pero muchos prisioneros informan que sus torturadores estaban bastante poco interesados en la información, que ya solían tener de antemano, y mucho más interesados en conseguir el acto de traición en sí. Lo importante del ejercicio era lograr que los prisioneros sufrieran una lesión irreparable en aquella parte de ellos que creía que ayudar a los demás era el valor supremo, la parte que les hacía activistas, y reemplazarla por una sensación de vergüenza y humillación.”⁸⁴

A este tipo de torturas y de violencia desmedida fueron sometidas muchas personas, muchos trabajadores, que por desesperación, por sobrevivencia o simplemente, por horror, tuvieron que trazar principios esenciales que componían los fundamentos de un vínculo social. Quizás sea un tanto idealista o ingenuo pensar ese vínculo social como una solidaridad de clase en tanto trabajadores. Pero no se puede negar el genuino vínculo social que se había desarrollado en el país, sobre todo en las clases trabajadoras.

Es complejo el problema de la solidaridad, la traición y el *pecado* del delatar. No solo es complejo por las consecuencias directas, es decir, la posibilidad de que con la información proporcionada puedan hacer daño a alguien a quién se le tiene cariño o una simpatía de compañerismo. El problema se profundiza cuando el valor en sí de la solidaridad se transforma en la posibilidad de una consideración hacia los demás pero a partir de la individualidad. Primero yo, luego los demás. La humillación de quien “traicionó” es para sí mismo, es un problema de *culpa*.

Aquí podemos entrar en un problema complejísimo, porque justamente la culpa es uno de los elementos que permiten girar desde la solidaridad al individualismo. La culpa entra –que siempre pudo haber estado, pero ahora de forma más protagónica- en el contexto histórico. No solo la culpa de quien *tuvo* que traicionar. La culpa ahora comienza a ahogar a la sociedad chilena en su

⁸⁴ Ibid, p. 188

conjunto. ¿Cómo es posible que hayamos llegado a tal nivel de caos para que nos estemos odiando entre nosotros? –podría haber pensado alguien de la época. ¿Se pudo hacer forma distinta? ¿Qué hicimos mal? Etc. Preguntas que lo único que promueven, además de la culpa en sí –sentimiento horrible y angustiante- es la despolitización del relato histórico. Se comienza a pensar el problema de la comunidad desde el yo, desde la individualidad, desde la deuda individual.

Quizás, este argumento tenga en algún grado relación con el cambio en la concepción de la solidaridad. Se comenzó a hacer equivalente caridad con solidaridad y, de ahí en más, se inventaron programas mediáticos de alcance nacional, como, por ejemplo, *la Teletón*, en donde se cristaliza constantemente el sentimiento de culpa y de deuda. Al aportar a la causa, se aporta no solo a los necesitados de la campaña, si no que se aporta al país, y así se expía la deuda de solo preocuparse por el yo y sus cercanos (la familia). No por nada es en esta época, en la que se transita hacia una sociedad más conservadora, en la que el rol de la familia como “núcleo de la sociedad” es el agente clave para la felicidad y el éxito. El giro fue drástico. De la sociedad, de las calles y los espacios públicos, de los amigos del barrio, los camaradas y compañeros del partido, al hogar, a la casa, la familia, al espacio privado, al club, en fin. Un giro de la *polis* al *oikos*.

Creemos interesante significar de alguna manera este giro. Cuando la sociedad entra en un estado de constante miedo y se repliega hacia el ámbito privado, se limitan y comienzan a borrarse varias dinámicas en términos de vínculo social que en una época anterior estaban más vivas que nunca. Al ir desapareciendo estos espacios y dinámicas, también lo hace la capacidad reflexiva del común. El horror, las desapariciones, las controvertidas posturas políticas, eran incómodas, no aportaban a *seguir hacia adelante*. El golpe es tan fuerte que, de alguna forma, suspende una cierta reflexividad de la comunidad. Las personas prefieren no hablar, callar. Algunos por miedo y por trauma. Otros con una actitud calculadora, prefieren callar por conveniencia. Es famosa aquella frase que erigió la primera ministra británica, Margaret Thatcher, la *dama de hierro*, cuando afirmó que no existe eso que habrían llamado “sociedad”. Que únicamente existen hombres y mujeres individuales y sus familias. Estamos, en definitiva, ante

uno de los fundamentos del Neoliberalismo: “Todas las formas de solidaridad social iban a ser disueltas en favor del individualismo, la propiedad privada, la responsabilidad personal y los valores familiares.”⁸⁵

De esta manera, la experiencia de la excepción en la dictadura chilena comienza a desplegar todo su poder, convirtiendo la vida en *nuda vida*⁸⁶: la separación del ser humano de sus formas de asociatividad relacional, de la suspensión del ser humano como animal político y su transformación a una materialidad corpórea, como si fuera parte de un músculo del cuerpo que necesita vivir y trabajar, para ser incluido en el gran cuerpo; pero que al mismo tiempo podrá ser despojado de sus derechos en cualquier momento en que se manifieste contrariando al cuerpo social, nacional.

Además, el ataque al principio de solidaridad que habíamos relacionado con la culpa, trae consigo una contra cara de individualismo y egocentrismo. Porque la solidaridad ya no es una cuestión que se practica sino un valor idealista, estúpido, poco inteligente para “salir adelante”. Lo que se necesita es esfuerzo, mérito individual. En un mundo tan competitivo, se requiere de herramientas que te permitan *ser* (ser-competente), dentro de las cuales está vérselas por uno mismo, “*si ya nadie te ayudará*”. Y es una realidad. La sociedad comienza a forjarse y de manera forzada empieza a desarrollarse tal como Margaret Thatcher lo había anunciado: de una forma individualista, competitiva y con culto al ego.

Sin embargo, hay una cuestión muy interesante que no hemos mencionado. Tiene relación con el barrio, con la resistencia, y sobre todo con la juventud. Y es que, una de las formas de resistencia que tuvieron lugar durante los años de dictadura fue la forma de vida en la población, en el barrio. Si bien mencionamos que existiría un tránsito de la *polis* al *oikos*, esto ocurre en buena medida por protección. El espacio público estaba completamente intervenido, por lo que insistir –sobre todo durante los primeros años- en formas de organización con importante visibilidad (*polis*) era altamente peligroso.

⁸⁵ David Harvey, *Breve Historia del Neoliberalismo*, Ed. Akal, España, 2007, p. 28

⁸⁶ Agamben, Op. Cit, p. 230 – 233.

De ahí que, por clandestinidad, por protección, por necesidad de encontrarse con quienes viven lo mismo, por seguridad y certidumbre (dentro de las posibilidades), hubo un repliegue. Pero este no se condice necesariamente con lo planteado por Thatcher en tanto familia, hogar e individuo. Tiene que ver, por el contrario, con formas de organización de *lo común*, con maneras de habitar que dicen mucho de solidaridad y vinculación estrecha entre vecinos, pobladores y compañeros. Salazar y Pinto nos brindan algunas claves al respecto. Un cuestionamiento interesante, porque lo asocian a cierta posibilidad de futuro, a la esperanza en aquellos momentos de desolación:

“¿Poemas contra fusiles? ¿Qué pueden hacer varios miles de poesías populares contra el poder de fuego de sus dominadores? Podría decirse: Nada. A lo más, podrían ser “rezongos” de víctima, “refranes presidiarios, de galeotes, cantos de esclavos, canciones llorosas o canciones gruñonas-”, es decir, “respuestas simbólicas” de los que no pueden cantar sino su propia impotencia. Pero si se revierte la pregunta y se dice: ¿Fusiles contra poemas? O, lo que es lo mismo, ¿Qué pueden hacer contra los microprocesos que *trabajan dentro de los vencidos*, no en la plaza violenta de los vencedores? Microprocesos de supervivencia. Memorias de sí mismo que perforan el muro de hierro de la negación. Promesas o amenazas de retorno. *Vendetta* prometida. Lo que sea, pero futuro. Historicidad subterránea.”⁸⁷

Es claro que en un frente de batalla, como metafóricamente podríamos caracterizar aquellos años, siempre vencerá la fuerza. Porque es la contingencia; allí se evidencia el presente. No obstante, la creación, la cultura, las prácticas colaborativas, depositan en las subjetividades un tiempo futuro. No son armas de lucha de contingencia, pero son manifestaciones que quedan en la memoria, en el *ethos*, si se quiere, de quienes resistieron. Además, son creaciones y prácticas que se asumen y comienzan a reproducirse. Como dicen los mismos autores: “La historicidad de los jóvenes rebeldes del `80 y los `90 se ha escenificado fundamentalmente, como sorda *protesta local* contra la dictadura, como sordo *drama local* frente al Mercado, o como *sorda lucha cultural* (local) por la identidad.”⁸⁸

Buscando refugio, buscando –dentro de los estrechos márgenes de la clandestinidad- compañeros, re encontrando amigos, surgieron talleres, las actividades parroquiales, los conciertos y peñas, los espacios de encuentro de

⁸⁷ Salazar, Pinto, Op. Cit, p. 238.

⁸⁸ Ibid. p. 234.

barrios y poblaciones en las ciudades. Fue allí donde fueron creciendo raíces, aunque muchas veces con pocos nutrientes y con malas condiciones de espacio y tiempo (toques de queda). Raíces que lentamente fueron transitando en el tiempo, con poca capacidad de historizarlo, con poco reconocimiento de los *de afuera*, pero que han desembocado en un conjunto de prácticas de colaboración, de organización, de agrupación. Una resistencia silenciosa que solo se mostrará ya sea porque perdura hasta el día de hoy –ciertas prácticas como talleres, radios comunitarias, actividades parroquiales, etc.-, o porque a través de la historia oral y documentos locales, algunos historiadores han podido rescatarla del olvido.

Otra característica interesante de los jóvenes de la época de la dictadura tiene que ver con una cierta *homogenización* en un sentido social y cultural. Años antes, la juventud estaría fuertemente dividida entre quienes tenían acceso a las instituciones educativas superiores, por tanto, con estudios de profundización en las materias de interés, vale decir, la posibilidad de constitución de élites intelectuales o vanguardias, en el caso de los círculos políticos de los partidos; y quienes representaban la marginalidad, la exclusión. En esta época, esa diferencia comienza a desfigurarse para dar paso a un proceso paulatino de homogenización de la juventud.⁸⁹ Si bien hasta el día de hoy no existe homogeneidad en la juventud, ni si quiera a nivel de Movimiento Estudiantil, es indudable que, en comparación con otros momentos del siglo XX, hubo un claro avance en términos de reconocimiento como juventud.

En ese sentido, los jóvenes de los 80' y comienzos de los 90' aparecerán como un actor con pocos líderes a nivel nacional, pero con varias “redes” locales; con organizaciones poco representativas, pero con identidades difíciles de reconocer y vigilar; sin ideologías generalmente reconocidas, pero con expresiones culturales y de agrupamiento por todos lados.⁹⁰

Esta lectura es muy trascendente. Pues si bien no hacemos una descripción y caracterización específica de las agrupaciones, sus tiempos, sus modos de habitar y resistir, entre otras cuestiones a nivel de identificación -otros proyectos y

⁸⁹ Ibidem.

⁹⁰ Ibídem.

trabajos ya han abordado esa necesidad-, queremos retomar el sentido histórico de estos actores en la lucha por la resistencia y sobrevivencia en un cierto *modo* de habitar que fue y es, por cierto, antagónico al que a nivel hegemónico se estaba desarrollando.

Ha habido una insistente tendencia de los estudios o análisis críticos del período de dictadura a verter de putrefacción las condiciones político-culturales de la sociedad en general. Por lo mismo, existe una generalización de que todo sufrió una “descomposición”. En cierto sentido fue así. Sin embargo, no se puede dejar de mirar lo que ocurría a nivel de sobrevivencia y resistencia juvenil. Esta descomposición con respecto a ese *algo* que alguna vez existió, que se comenzó a forjar desde varias décadas pasadas pero que se interrumpe inevitablemente en septiembre del 73’, *de-generó* en una nueva composición, en nuevas relaciones, prácticas y perspectivas. Porque la historicidad de esta juventud es la afirmación de sujetos vivos, así como también de espacios comunitarios, sociales y privados⁹¹. La historicidad de dicha juventud, es importante, porque sus raíces resuenan en los sujetos de la actualidad. Sus miedos, sus prejuicios, sus sueños, aun calan hondo en la juventud. Sean cuestiones que vayan desde la lógica de la resistencia, hasta el entreguismo subjetivo propio de las lógicas hegemónicas. ¿Cómo comprender la democracia de los años 90’ sin dar relevancia histórica a la politicidad de las juventudes de los 80’? ¿Cómo entender el *no estar ni ahí*, sin comprender las “frustraciones combativas” contra la dictadura y el posterior “desencanto” democrático⁹² de la transición?

Para esta tarea entonces, es necesario mirar con mayor atención no solo lo que se perdió, degradó o aniquiló, sino que también lo que empezaba a germinar: una particular subjetividad de la juventud abocada a lo local; desconfiada de todo ente foráneo, sobre todo luego de la transición, de los partidos políticos e instituciones ligadas al Estado *concertacionista*; preocupada y ocupada de *sus* procesos, de *sus* aprendizajes, de *su* historia. Ya nadie vendría en apoyo. Ni a la familia, ni al barrio, ni al taller cultural, ni al club de barrio. El Estado, literalmente

⁹¹ Ibid, p. 240

⁹² Ibid, p. 235

se hace desaparecer. Pero no es que hayan quedado solos. No. Llega la fuerza del mercado y todas aquellas empresas que, avaladas por los mecanismos subsidiarios del Estado, comienzan a enriquecerse a costa de las necesidades básicas de la población.

Este es un tema muy interesante, porque el Estado es reemplazado por el Mercado en casi todos los aspectos de la vida. Así como también, la solidaridad, esa de clase, la que alguna vez existió o aquella que disponía a desarrollarse, también fue sustituida. Fue cambiada por una solidaridad de espectáculo. Una manifestación completamente despolitizada de solidaridad. Un culposo trato humanitario a *quienes más lo necesitan*. Eso se puede ver reflejado en el trato especial que han recibido instituciones del corte de *Teletón, Hogar de Cristo, Un Techo para Chile*, entre varias otras. Solidaridad de espectáculo, de moralizante culpabilidad y despolitizada realidad. Es cosa de analizar el comportamiento de las personas con las campañas de estas instituciones. Todas amparadas en el concepto de *necesidad*. Esa que el Estado abandonó y que el Mercado deshumanizó. Cuestión muy interesante, dado que incluso los mismos bancos, hoy abarcan ámbitos que antaño eran propiedad básicamente del Estado, a saber, cultura, pobreza, sustentabilidad, educación, entre otras.⁹³

Es por esto que, independiente del proceso hegemónico que vivía el país, ese que describíamos anteriormente y que lo seguiremos haciendo a continuación, aquellos que resistieron, esos que *crearon* formas de solidaridad genuinas, locales, comunitarias, etc. merecen un lugar en el ejercicio genealógico. Esto no se trata de una sobre interpretación arbitraria de este fenómeno, si no más bien, es un vínculo con muchas organizaciones independientes, activistas, culturales, feministas, que en los bordes del sistema neoliberal, aun pueden *crear, crear*.

Siguiendo con lo que propusimos para esta sección, queremos explicar qué es lo que se implantó en Chile a partir de la dictadura. ¿De qué se trata el tan vilipendiado neoliberalismo? ¿Cómo se hizo y qué implicó de ahora en adelante para la sociedad? ¿Cómo se desarrollaron las estructuras de poder en el país, a

⁹³ Ver en www.santander.cl visto el 14 de noviembre de 2017.

partir del nuevo sistema de producción y distribución? Son interrogantes que buscamos resolver a partir de esta propuesta. En definitiva, lo que se busca es mostrar qué se implantó para verificar los cambios a nivel de relaciones sociales y, por supuesto, a nivel de juventud y del estudiantado; cuestión que creemos muy relevante para comprender todo el proceso que vino en los años 90' hasta la aparición definitiva del movimiento estudiantil el 2006.

Haciendo una breve definición, pero presentando la mayoría de sus aristas fundantes, David Harvey nos trae lo siguiente:

“El neoliberalismo es, ante todo, una teoría de prácticas político-económicas que afirma que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano, consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo, dentro de un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada, fuertes mercados libres y libertad de comercio. El papel del Estado es crear y preservar el marco institucional apropiado para el desarrollo de estas prácticas. Por ejemplo, tiene que garantizar la calidad y la integridad del dinero. Igualmente, debe disponer las funciones y estructuras militares, defensivas, policiales y legales que son necesarias para asegurar los derechos de propiedad privada y garantizar, en caso necesario mediante el uso de la fuerza, el correcto funcionamiento de los mercados. Por otro lado, en aquellas áreas en las que no existe mercado (como la tierra, el agua, la educación, la atención sanitaria, la seguridad social o la contaminación medioambiental), éste debe ser creado, cuando sea necesario, mediante la acción estatal.”⁹⁴

El neoliberalismo sería algo así como un sistema político y económico que privilegia la empresa y el emprendimiento de los privados por sobre los esfuerzos estatales a la hora de la producción de riqueza. De hecho, para el neoliberalismo, no corresponde al Estado la tarea de generar la riqueza –ni distribuirla, por cierto– sino al mercado, a través de la libertad de comercio y de empresa. Para esta tarea, el Estado tiene una función clave: la de resguardar la propiedad privada y velar por que las condiciones institucionales del país sean propicias para la inversión privada (pudiendo ser extranjera o de capitales nacionales). Por lo tanto, el aparato represivo del Estado, es decir, las FFAA, policías locales y distintos organismos de orden público, se convierte en un factor clave para el buen desarrollo de este tipo de organización económica. Pero, ¿No existía esto, previo al proceso popular de los años 60'? ¿No es esto igual a como funcionaba el sistema capitalista liberal, clásico? Sí y no. La lógica de acumulación sigue siendo una de las variables más importantes, solo que el alcance que tiene este sistema

⁹⁴ Harvey, Op. Cit, p. 8

neoliberal pareciera ser más profundo que la alianza capitalista –Estado moderno, propio del siglo XX (hasta 1970).

Uno de los aspectos claves para comprender la diferencia tiene que ver con la seguridad social. No podemos dejar de recordar que las sociedades que experimentaron esta suerte de “alianza” que hemos mencionado, se pensaron bajo un contexto temporal, histórico, tecnológico y sobretodo demográfico, radicalmente diferente. A fines del siglo XIX, recién comenzaba a nacer lo que se ha denominado como “clase media”, las personas en su mayoría eran analfabetas, no se había producido aun la diferencia radical, en términos culturales y sociales, entre el mundo tradicional (feudal, regido por la iglesia, estamental, etc.) con el mundo moderno (de masas, grandes ciudades, con un fuerte rol del Estado, etc.). En ese sentido, quizás era impensado ver en la educación, por ejemplo, un negocio, o en lo servicios de salud; se entiende que el Estado allí tenía un rol, no se había probado algo así como la libertad absoluta de los mercados, incluyendo allí donde históricamente el Estado había prometido trabajar (Derechos civiles, políticos y luego, sociales).

Otra de las cosas fundantes que vienen imbricadas en el neoliberalismo, tiene relación con una actitud que se espera de las personas y su afán por el progreso:

“En tanto que el neoliberalismo valora el intercambio del mercado como “una ética en sí misma, capaz de actuar como un guía para toda la acción humana y sustituir todas las creencias éticas anteriormente mantenidas”, enfatiza el significado de las relaciones contractuales que se establecen en el mercado. Sostiene que el bien social se maximiza al maximizar el alcance y la frecuencia de las transacciones comerciales y busca atraer toda la acción humana al dominio del mercado. Esto exige tecnologías de creación de información y capacidad de almacenar, transferir, analizar y utilizar enormes bases de datos para guiar la toma de decisiones en el mercado global. De ahí la búsqueda y el intenso interés del neoliberalismo en las tecnologías de la información”⁹⁵

Este quizás es uno de los aspectos más relevantes en términos culturales y sociales. La transformación que ocurre a partir del momento en que el rol del Estado comienza a estar en disposición de esta doctrina económica. Hasta nuestros días, la dinámica sigue en desarrollo y marca este tipo de relaciones sociales. El intercambio mercantil, según esta doctrina, se convierte en el sentido

⁹⁵ Ibid, p. 9 - 10

ético superior, por lo tanto, es visto con buenos ojos que las personas, las corporaciones y/o empresas, comiencen a basar sus relaciones en base a una conveniencia económica. Idealmente, claro, esto debiese ser favorable para ambas partes. Sin embargo, no solo esto en general no se cumple, porque evidentemente se juegan posiciones de poder (sobre todo a nivel del área del trabajo, donde las jerarquías son muy marcadas), si no que comienza a darse una dinámica de relaciones basadas en la conveniencia, en el cálculo y, por consiguiente, en el individualismo. Cuestión que es radicalmente distinta a como se daban las relaciones humanas, por ejemplo, en el contexto más republicano de los años 30' al 50', donde había una concepción explícita desde el Estado, a partir de las instituciones educativas, de *producir* personas con cierta concepción de lo que significa la ciudadanía y el trabajo para el bien común. Todo eso comienza a resquebrajarse con nuevas concepciones éticas y principios que enfatizan el dominio del mercado, como ente regulador de las necesidades y ambiciones de las personas.

Además -y esto es esencial- para tener un mercado con información y con un ritmo de competencia, la tecnología juega un papel clave. La idea es ir aplicando tecnología a cada uno de los mercados para producir ciertos estándares en los cuales las personas puedan basar su información para la toma de decisiones. Las famosas TIC's, que tienen relevancia desde el PIB de un país, pasando por el sistema de salud, pensiones, hasta estándares en la "calidad" de la educación. Incluso, en la actualidad se utiliza como muestra significativa la cantidad de seguidores que tiene una página personal, de un grupo, o empresa, en plataformas virtuales como Facebook. Nuestra relación con la tecnología, en ese sentido, cambió radicalmente, y es a partir de las concepciones y principios del orden neoliberal que esto comenzó a naturalizarse.

Para comprender qué es y cómo funciona el neoliberalismo, también es necesario recurrir a cierto contexto histórico mundial. Chile no basaría un cambio tan radical a nivel social, económico y político, sin la presión, inversión y estímulo que recibiría desde el extranjero. El rol de la Guerra Fría en esta historia, y

específicamente el papel de Estados Unidos, es clave. El dólar, la moneda estadounidense, tenía que convertirse en la reserva global de dinero. De esa manera, Estados Unidos podía ganar terreno e influencia en muchos países que se mostraban como neutrales a los dos bloques y, con mayor razón en aquellos aliados de la posición estadounidense⁹⁶. En efecto, las relaciones comerciales en Chile tenían lugar usando la moneda nacional, pero siempre respaldándose en el dólar. Por lo tanto, la economía quedaba subordinada a los cambios macroeconómicos producidos fuera del país. La soberanía económica, a fin de cuentas, ni si quiera recaía en el mercado nacional.

Esto representa un cambio muy radical, porque no solo la economía pasa de ser fiscalizada y, de cierta manera, planificada por entes asociados al Estado, sino que ahora pasa al mercado en cuanto a las relaciones comerciales a nivel nacional, pero también respecto de las decisiones que se toman a nivel financiero y que dependen de resultados económicos en gran parte del mundo. Tiene que ver con el proceso que muchos han llamado como globalización: la interrelación – dependencia económica de los países con menos poder- de las economías del mundo occidental capitalista.

David Harvey, que analiza el neoliberalismo, su desarrollo, sus consecuencias y su implicancia política, plantea una tesis en su texto. Propone que la finalidad de este proceso de neoliberalización corresponde a dos posibilidades de interpretación. La primera tendría que ver con la promesa de un cierto proyecto utópico en el que el neoliberalismo sería una forma de revitalizar el capitalismo internacional, permitiendo mejores resultados para las economías de todos los países y, por tanto -según lo planteado por la teoría- una mejor calidad de vida para todos los ciudadanos de la orbe que sean partícipes de este sistema. La otra forma de interpretarlo, lo ve como un proyecto político que vendría a restablecer las condiciones de acumulación de capital y así acrecentar el poder de élites económicas.⁹⁷

⁹⁶ Ibid, p. 16

⁹⁷ Ibid, p. 25

Harvey se inclina por la segunda forma de interpretar el problema y asegura que la primera, la que se refiere al utopismo teórico, sirve:

“...ante todo como un sistema de justificación y de legitimación de todo lo que fuera necesario hacer para alcanzar ese objetivo. La evidencia indica, además, que cuando los principios neoliberales chocan con la necesidad de restaurar o de sostener el poder de la elite, o bien son abandonados, o bien se tergiversan tanto que acaban siendo irreconocibles.”⁹⁸

En ese sentido, habría una contradicción inherente a la práctica del sistema neoliberal, a saber, que cuando se pone en peligro los intereses de la élite económica, los fines, los principios y fundamentos en los cuales se basa el sistema neoliberal como herramienta para el progreso y la “calidad” de vida de las personas, pasan absolutamente a un segundo plano.

Esta postura es muy interesante en relación al estado actual de los índices económicos de Chile. La desigualdad económica, si bien ha disminuido, lo ha hecho de forma muy paulatina, sin grandes avances, sobre todo en comparación de cómo ha crecido el 1% más rico del país.⁹⁹ Son los años más prósperos que ha tenido este sistema económico en Chile. Por ejemplo, un estudio elaborado por el Banco Central de Chile, arrojó que en la actualidad el quinto quintil –la medida para separar por cinco tramos los niveles de riqueza de los hogares- más rico de Chile, concentra el 72 % de la riqueza. Esto se contrasta con la apabullante cifra del quintil más bajo: el 83% de los hogares de ese quintil, posee riqueza nula o negativa¹⁰⁰.

Es en este tipo de cosas, la distribución de la riqueza, donde podemos ver un reflejo de lo que plantea Harvey en torno al poder de las élites. Claro está, una cosa es la riqueza y otra distinta el poder. Sin embargo, en este sistema en donde las relaciones sociales se transforman en relaciones comerciales, porque ese sería el camino para un futuro más próspero, las reglas del juego las impone el poder del dinero. Por lo tanto, aquellos grupos económicos, empresas y familias que han obtenido mayores riquezas con respecto al resto del país. Consiguientemente, esto se va a configurar de forma tal, que va a ser un problema

⁹⁸ Ibidem.

⁹⁹ Silvia Rucks, *Desiguales: Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*, (PNUD 2017), Ed. Uqbar, Santiago, 2017. p. 20-21

¹⁰⁰ Visto en www.radio.uchile.cl/2017/07/25/banco-central-quintil-mas-rico-concentra-72-de-la-riqueza-de-chile/ el lunes 14 de Agosto de 2017.

estructural del funcionamiento de la política y la verificación de la soberanía popular en términos de la democracia liberal representativa. Justamente, la capacidad que tienen las élites económicas para sobreponerse a las denuncias, demandas y posturas de la población, movimientos sociales y ciertos partidos y movimientos políticos, pasará a ser la lógica que prime en el sistema político luego del fin de la dictadura.

De esta manera, tal como Harvey se lo preguntó en su investigación, es necesario dimensionar qué es lo que hace que exista una élite o, como le llama Harvey, el poder de clase. El autor lo explica de manera muy clara y guarda relación con el paso en importancia de la producción (de bienes, servicios, etc.) a la financiarización de la propiedad privada. Dice:

“La primera se refiere a los privilegios derivados de la propiedad y la gestión de las empresas capitalistas - tradicionalmente separadas- para fusionarse mediante el pago a los altos directivos (gestores) con *stock options*, esto es, con derechos de compra sobre acciones de la compañía (títulos de propiedad). De este modo, el valor de las acciones y no el de la producción, se convierte en la luz trazadora de la actividad económica (...) Progresivamente liberada de los constreñimientos y de las barreras normativas que hasta entonces habían restringido su campo de actuación, la actividad financiera pudo florecer como nunca antes y, finalmente, en todas partes. Se produjo una ola de innovaciones en los servicios financieros para producir no sólo interconexiones globales mucho más sofisticadas, sino también nuevas formas de mercados financieros basados en la titularización, instrumentos financieros derivados y en toda una gran variedad de operaciones comerciales con futuro. En definitiva, la neoliberalización ha significado la financiarización de todo. (...) Los incrementos en la capacidad industrial ya no significan necesariamente un ascenso de la renta per cápita, como sí lo significaba la concentración de los servicios financieros. Por esta razón, el apoyo de las instituciones financieras y la integridad del sistema financiero, se convirtieron en la preocupación primordial del conjunto de Estados neoliberales.”¹⁰¹

Aquí hay varias cosas que comentar y que nos pueden ir esclareciendo el siniestro estado de la cuestión. Lo primero que hay que precisar es que Harvey analiza un contexto global, no solamente a Estados Unidos. De hecho, no podemos olvidar en la actualidad el rol del G7, las economías con más poder dentro del sistema económico mundial. En ese sentido, esto va a ser aplicable al contexto chileno a medida que se va desarrollando el sistema neoliberal, pues solo hoy podemos ver los resultados de estas transformaciones.

Una de las cosas que llama poderosamente la atención es la firme constatación de la importancia de la propiedad privada, devenida en títulos de posesión de las

¹⁰¹ Harvey, Op. Cit, p. 37 – 38.

mismas empresas o corporaciones en las cuales los gerentes o directivos trabajan. Con respecto a lo anterior, lo que sorprende es que la lucha por la posesión de acciones, en el mercado financiero, se tornaría más importante que la producción en sí misma. El problema que está incubado aquí es que el crecimiento económico ya no estaría ligado necesariamente a lo que produce un país (PIB), sino a las fluctuaciones en el mercado financiero, cuestión que no necesariamente se puede traducir en términos materiales, porque son números virtuales y títulos de posesión; como leyes que no son más que letras escritas en un papel y auspiciadas por una institución que se le ha dado esa facultad/autoridad. ¿Qué pasa si esta autoridad, deja de serlo? Esa ley, ese número, ese título de posesión, pierde todo valor. En cambio, la producción, independiente de lo que sea, *genera, produce* un “algo” tangible, sea material o inmaterial, pero que esencialmente es producido por lo que todos reconocemos como el Trabajo.

En ese sentido, el piso, el *radier* donde posan los fundamentos de poder del sistema financiero, pueden ser cuestionados. El problema es desbaratar la cantidad de mecanismos que han propiciado la existencia y el desarrollo de lo que Harvey denomina la financiarización de la economía.

Si entonces, la producción no es necesariamente lo que incrementará el ingreso en los hogares y, a su vez, si la concentración de títulos de propiedad en el mercado de acciones de las finanzas representa un incremento en la riqueza, significa que se relega a toda la población que no tiene acceso a ese mercado a permanecer en un estado de segunda categoría frente a los accionistas. Un reflejo bastante claro de lo que significa la existencia de una clase dominante. Entonces, ¿cómo domina la clase dominante?

Gonzalo Durán, economista chileno, intenta responder a esta pregunta. En un ejercicio basado justamente en los planteamientos de Harvey, intenta cruzar los conceptos con datos específicos de la realidad socioeconómica chilena, sobre todo desde el mundo del trabajo. El autor plantea que habría tres tipos de desposesión (esto es referido tanto a lo económico como también a lo político) que estarían radicados en el sistema neoliberal implantado en dictadura. Y si bien son aspectos no tan difíciles de identificar, es muy interesante el entrecruzamiento que

establece, ya que permite vislumbrar el nivel de condicionamiento –al borde del determinismo- de las subjetividades en Chile.

El primer dispositivo de desposesión estaría ligado a empresas de sectores claves en la producción nacional:

“Un primer dispositivo de desposesión aplicado en la década de los 80 y continuada en los 90, fue el proceso de privatización de empresas del Estado. Compañías como Colbún, Esval, Aguas Andinas, LAN, Telefónica, IANSA, Entel, Laboratorios Chile, CAP, SQM, Chilectra, Endesa y Essbio son parte del listado de las privatizadas.”¹⁰²

Da cuenta de compañías que estuvieron a cargo del Estado, vale decir, teóricamente bajo el escrutinio público. Este origen permitiría una cierta deliberación en torno al modo de desarrollo de estas compañías, como también su relación a raíz del proyecto de Estado-Nación.

La importancia radica en que las empresas como las que se muestran, velan por los recursos fundamentales como los metalúrgicos, químicos, de transporte, telecomunicaciones, energéticos, entre varios otros. Todos ellos, entonces, han quedado al arbitrio del mercado. Y del mercado financiero, específicamente. Es decir, como habíamos mencionado antes, a merced de los avatares del comportamiento de los mercados tanto nacionales como mundiales. Una condición dependiente y poco soberana.

El segundo dispositivo, tiene estrecha relación con uno de los pilares fundamentales que estableció la dictadura y que, además, es uno de los principales focos de lucha de los movimientos sociales actuales y específicamente del movimiento estudiantil. Este segundo dispositivo se refiere a la privatización de los derechos sociales.

“Un segundo elemento clave fue la mercantilización de los derechos sociales como educación, salud y pensiones (...) El saqueo sobre las pensiones es particularmente ilustrativo: mientras las Administradoras de los Fondos de Pensión capitalizan – con las cotizaciones de los trabajadores – a los principales grupos económicos de Chile y el mundo, hoy el 91% de las pensiones de vejez, en su modalidad de retiro programado (las pagadas por las AFP) son menores al 65% del salario mínimo.”¹⁰³

Este sector, su volcamiento al mercado, despojándolo de todo sentido de planificación, de estrategia desde *lo público*, es fundamental para comprender una

¹⁰² Visto en: <http://www.redseca.cl/como-domina-la-clase-dominante/> / el sábado 4 de noviembre de 2017.

¹⁰³ Ibidem.

subjetividad ligada al trabajo permanente; a los miedos de la flexibilización laboral, a la poca participación en sindicatos, al esfuerzo incansable, permanente y radical. Los chilenos, individualmente, tienen que velar por su educación, salud, vivienda, y por acumular una cierta cifra para –si el mercado así lo determina- tener una vejez medianamente preparada para la sobrevivencia. El ejemplo que cita Durán es más que ilustrativo en el caso de las pensiones.

En consecuencia, todos estos aspectos, los llamados “derechos sociales”, sectores básicos de sobrevivencia en este mundo globalizado, han estado atrapados en las garras de la financiarización e inalcanzables para la toma de decisión de la ciudadanía. Pero a su vez, este sector conjuga luchas que son importantes, no solo porque –bajo un cierto optimismo asumido- congregan a una ciudadanía procedente de impactos brutales y crueles como los que hemos revisado, por tanto, una ciudadanía en ciernes; sino que, además, es un sector clave para la mantención y reproducción de este *radier* construido en dictadura y perpetuado en la transición. De ahí la importancia radical de estas luchas.

Por último, el economista visualiza un tercer dispositivo que, desde nuestro punto de vista, aun cuando es consecuencia relativa de los dos primeros, representa una de las paradojas más complejas del sistema neoliberal: el endeudamiento.

“De acuerdo a los datos oficiales de la principal encuesta de hogares de Chile, la CASEN, el 74,1% de los trabajadores percibe menos de \$400.000 líquidos y viven altamente endeudados. Este bajo valor del trabajo se percibe aún más, en el caso de los trabajadores de tiempo completo, donde un 71,8% percibe menos de \$400.000 líquidos. Como contracara, el sistema de crédito, se consolida como uno de los verdaderos sostenedores de la demanda agregada. De acuerdo a los últimos datos: i) el 27,8% de las personas en Chile, reporta que los ingresos no les alcanzan para comprar alimentos, ii) prácticamente, dos de cada tres hogares se encuentra endeudado y en las familias de menores ingresos (deciles 1 al 5 de ingresos), la carga financiera llega al 45%. La deuda, también es un poderoso mecanismo de sumisión al orden establecido, opera pues como un consentimiento a la dominación de clase.”¹⁰⁴

Una de las armas de doble filo más grande del sistema económico chileno es la posibilidad de acceso al crédito. Y es que todo indica que existiría una conexión entre los bajos salarios y la posibilidad de crédito. Por un lado, los sueldos son bajos, pero a la vez, se puede acceder sin muchas trabas a créditos

¹⁰⁴ Ibidem.

que permiten ir saldando las cuentas, siempre y cuando el trabajador no pare de trabajar. Esa es la lógica.

Es sabido que para obtener créditos, sean de consumo, hipotecarios, universitarios, u otros, se necesita avales. Pues bien, uno de esos requisitos es que quién sea aval tenga una remuneración determinada todos los meses, para que, de esa forma, el banco pueda confiar en brindar ese crédito. Para que se genere este paso, entonces se necesita del incansable trabajo, aceptando la mayoría de las veces, las paupérrimas condiciones laborales, acosos, agobios, miedos y por supuesto, los bajos sueldos.

El binomio sueldos bajos y acceso a créditos actúa como dispositivo de esclavitud moderna. Porque si bien nadie obliga a tomarlos, la vida en la ciudad moderna, dentro de este sistema, cuando no se es de la élite, te condiciona a asumir una especie de sometimiento a las líneas y tarjetas de crédito, sobre todo a las de las tiendas de *retail* y supermercados¹⁰⁵ que son las más fáciles de obtener para el mundo popular.

Por tanto, estos tres dispositivos puestos sobre la mesa por Gonzalo Durán, de alguna forma dan fundamento a la *desposesión*. Dan fundamento empírico a la tesis planteada por Harvey en donde las élites se vuelven cada vez más ricas, porque han tenido acceso a métodos de acumulación nunca antes vistos, y el resto de la sociedad ha sido subordinada a una constante *desposesión* de recursos y propiedades. Hablamos, entonces de un fenómeno de acumulación por desposesión.

Sin embargo, una de las *desposesiones* más claras de lo que se ha llamado “acumulación por desposesión”, corresponde a la desposesión política del pueblo. Con esto, no queremos decir necesariamente que alguna vez el poder haya sido poseído de manera igualitaria, sino que esta es una de las desposesiones más claras desde el punto de vista teórico. Porque son las élites las que, a fin de cuentas, tienen acceso a las grandes decisiones de la política (de la administración del orden), no así la gran mayoría de la población que vive, entonces, en una desigualdad no solo económica, sino que también política.

¹⁰⁵ Moulian, Op. Cit, p. 102

Pero eso no puede ser comprendido si no hacemos un repaso por el llamado “pacto de la transición”. El paso de la dictadura de Pinochet al régimen “democrático”, es un proceso muy interesante para analizar lo que avizorábamos más arriba. La desigualdad política no se entiende, si no se comprende la ingeniería del pacto de los militares con la clase política civil que surgió a partir de la dictadura.

V. De la transición, el consenso y la “gente”:

Transición a la democracia; *democracia cartucha*; *democracia tutelada*, como sea que se le nombre a este proceso político vivido a continuación de la dictadura militar, es fundamental ocuparse no solo de su carácter transitivo, pasajero, momentáneo, sino de lo que se ha quedado fundido, mimetizado en los cuerpos, en las dinámicas sociales y en el orden establecido.

Pues bien, habría una transición porque no se puede amanecer en dictadura y acostarse en democracia, eso es obvio. Por lo mismo, si se pacta –he aquí la parte esencial del asunto- un paso del régimen castrense a uno civil; si ocurre una ceremonia republicana, nacional, en donde el poder militar se estrecha la mano con un representante elegido, esta vez, por medio de la votación popular, y le encarga la banda presidencial, este episodio no puede hablar sino de la consecuencia de un proceso pactado, deliberado, consciente y sujeto a sus propias condiciones. ¿A las condiciones del pacto? No. A las condiciones de quien posibilita el pacto. Esto es, a las condiciones que el orden dictatorial quiso establecer para pactar su salida.

Es esta característica del origen de este proceso llamado “transición a la democracia”, la que va a marcar los años 90’ y buena parte de la primera década del siglo XXI. Por lo menos veinte años de esta influencia, de esta dinámica y por supuesto, de estos bordes bien delimitados de lo posible. Justamente de esos años es la típica frase atribuida al presidente Aylwin, “en la medida de lo posible”, la que se transforma en verso imperecedero e inmanente de la condición política del país. Ante esto, es necesario describir algunas cuestiones relativas no solo a cómo se generó el pacto sino también, qué condiciones generó, y como se fue constituyendo una cierta subjetividad, al margen de la política y al centro del mercado.

Siguiendo esta idea, nos preguntamos, ¿Cómo es que, al *recuperar* la democracia, nos vimos tan desprovistos de lo que supuestamente la democracia asegura, vale decir, de soberanía?

A partir del análisis de Tomás Moulian, se puede decir que las dictaduras revolucionarias (como el caso de la dictadura de Pinochet), nacen de una cierta aleación entre un poder normativo y jurídico (derecho); un cierto poder sobre los cuerpos (terror); y un poder sobre las mentes (saber), en donde el decisivo, sin dudas, es el terror.¹⁰⁶ Siempre será el criterio decisivo porque a fin de cuentas es la aplicación de fuerza sobre los cuerpos indefensos. En ese sentido, si tiene tanta trascendencia en este proceso, ocuparemos su definición:

“Terror es la capacidad que tiene un Estado de actuar sobre los cuerpos de los ciudadanos sin tener que reconocer límites en la intensidad de las intervenciones o de los daños y sin tener que enfrentar efectivas regulaciones en la determinación de los castigos o prohibiciones. Terror es la capacidad absoluta y arbitraria de un Estado de inventar, crear y aplicar penas o castigos sin más límites que las finalidades que se ha definido. Terror es la capacidad de un Estado para conseguir el acuerdo de muchos ciudadanos, que se autoconciben como pacíficos y tolerantes, para usar violencias y daños contra los enemigos políticos, en nombre de un bien mayor. Terror es la situación que empujó (...) a muchos chilenos a no aceptar saber de los detenidos-desaparecidos, de las torturas masivas. Se trata de una complicidad silenciosa, que permite la adopción generalizada de la crueldad como un medio legítimo para obtener grandes fines, la transformación de Chile en una “gran nación”.”¹⁰⁷

¿Cómo entonces, se podría haber pactado con la institucionalidad? Solo en la medida en que ésta ha tenido un comportamiento terrorista y mantiene ese poder. Solo una institucionalidad con ese poder podría haber silenciado los gritos de muerte de tantos detenidos-desaparecidos y torturados. Quizás solo una institucionalidad terrorista sabría cómo manejar un asunto tan delicado y de tanta relevancia nacional. Para Moulian, esto consistió en el “blanqueo” de Chile, la consecuencia del pacto político de la transición:

“La llamada transición ha operado como un sistema de trueques: la estabilidad, se dijo, tiene que ser comprada por el silencio (...) Pienso que el sentimiento de miedo existió efectivamente en la masa, en los ciudadanos comunes. Pero la élite decidora actuó inspirada por otra estrategia, la del “blanqueo” de Chile. Estuvo movida por un realismo frío y soberbio, carente de remordimientos porque decía (¿o creía?) interpretar el “bien común”, la necesidad de Chile”¹⁰⁸

Aquí lo que queda es que ese “blanqueo” era *necesario*. Para poder elaborar cualquier tipo de pacto entre civiles y militares, para poder moverse

¹⁰⁶ Ibid, p. 22

¹⁰⁷ Ibidem.

¹⁰⁸ Ibid. p. 33

desde un régimen autoritario, que hace un tiempo venía siendo mirado como un factor negativo para la inserción de Chile en el imperio global, hacia una democracia o, mejor dicho, hacia gobiernos de corte representativo. Era *necesario* tapar cierta información, distorsionarla o no mencionarla. La omisión siempre ha sido una forma de engaño, una forma de afirmar una desigualdad entre las partes.

El “blanqueo”, siguiendo a Moulian, se trató de una serie de operaciones cuyo objetivo ha sido imponer la convicción y el sentimiento de que para Chile la convivencia de pasado y futuro son incompatibles. Que es necesario renunciar al pasado por el futuro, a menos que se quieran repetir las cosas.¹⁰⁹

Lo anterior es muy interesante porque en la medida en que se estudia el ambiente político de los años 90’, nos preguntamos: el “blanqueo”, ¿terminó de ser? ¿Ha sido terminado el proceso? ¿Se puede articular pasado, presente y futuro de nuestro país?

Creemos que si bien, en la actualidad ya se pueden articular lazos del Chile pre golpe de Estado con el actual, en buena medida ello ocurre por el cuestionamiento al proceso de transición. De hecho, insistimos en que fue el movimiento estudiantil, sobre todo el de 2011, el que visualizó y problematizó concretamente la persistencia en este juego “transicional”. De allí que seamos persistentes en el lugar que le brindamos por su relevancia como actor social y político en el siglo XXI chileno.

Este aspecto resulta increíble, ya que todavía hoy en el currículum de historia de enseñanza secundaria, por ejemplo, el tema del pacto de la transición es difícil de tratar. No solo eso, desde el Estado hay una evidente aceptación de este proceso. Lo que viene a continuación es parte del currículum nacional de historia de tercero medio, a modo de ejemplo:

“Por otra parte, es importante que conozcan y valoren los avances y las acciones que ha realizado el Estado de Chile, así como también otros organismos en el reconocimiento y la promoción de los Derechos Humanos a partir de 1990. Además, que comprendan el consenso generado en torno a la democracia representativa como sistema político. A su vez, que reflexionen sobre los desafíos actuales que tiene nuestra democracia y que forman parte de los debates vigentes.”¹¹⁰

¹⁰⁹ Ibid, p. 36

¹¹⁰ Visto en http://www.curriculumentlineamineduc.cl/605/articles-34442_programa.pdf, el 20 de noviembre de 2017.

Esto es relevante porque es justamente el consenso, la transición, el pacto de la transición, lo que se ha transformado en un consenso en sí mismo. La lectura es la siguiente: La democracia hay que ir perfeccionándola según vayan ocurriendo los debates públicos. Sin embargo, el *consenso* fue y es, al menos para el Ministerio de Educación, el comienzo.

En ese sentido, es relevante volver a los años 90', porque en alguna medida es leer nuestra actualidad. Ese currículum, esa lectura histórico-política, es la vigente y la que se enseña en todos los colegios. Por lo mismo, es importante disputarla, o al menos, disputar su sentido histórico, porque es un marco aprehendido e institucionalizado en donde se diagraman los límites de la política, es decir, la democracia representativa, liberal, consagrada en la constitución de 1980.

Esto quiere decir que al menos en parte el orden heredado, es aceptado y es por esa vía que tenemos que transitar. El "blanqueo", en ese sentido, persiste en la viva despolitización que sistemáticamente, por ejemplo, el sistema educativo entrega a niños y jóvenes. Los mismos que se convertirán en ciudadanos del mañana. Por lo mismo, la acción del "blanqueo" reflejada tanto en el concepto de consenso democrático como también –y sobre todo- en el de derechos humanos, ha quedado marcada por el olvido del conflicto. Porque es una memoria que recupera solo lo que hoy se tiende a negar a nivel generalizado, las violaciones a los derechos humanos por parte de los Estados, situándolas por fuera de un conflicto político que ya no tiene cabida en nuestro tiempo.

Ahora bien, ¿que significa despolitizar la memoria y los derechos humanos? Significa pacificar. Paz para la unidad nacional. Significa la bandera nacional desplegándose de arco a arco en el Estadio Nacional, el mismo que fue un centro de detención en 1973. Silencio y paz para que el monstruo se vaya y vuelva el diablo conocido (la oligarquía). Había que pacificar la memoria, pacificar los derechos humanos: era una *necesidad*, una razón de Estado. Por lo mismo, es

muy pertinente preguntarse, como lo hizo Francisca Espinosa en un sitio de tortura en Argentina, ¿Se puede realmente pacificar la memoria?¹¹¹

Lo interesante aquí, es lo que evoca la respuesta. Hay algunos tiempos en que los beligerantes de la falsa democracia son acallados; pero hay momentos en que la memoria, más viva que nunca, es imposible de pacificar y se traduce en posibilidad. Por eso, es muy interesante cómo la misma contingencia impide el olvido absoluto, toda vez que el Estado vehemente y sistemáticamente ha intentado *descafeinar* la memoria de su contenido político.

Sin embargo, aun queda un punto importante a esta caracterización del *origen* que anticipábamos más arriba, y que creemos muy relevante proponer. ¿Qué significa que se haya establecido un origen? Significa que se estableció el principio de todo, lo cual se traduce en un puritanismo del orden político. Un fenómeno que no se puede negar, un momento al cual no se puede cuestionar.

En la práctica, afirmar *el* origen, significa la incapacidad de dar posibilidad a otros relatos históricos; significa, por ende, la moralización del proceso, es decir, que todo aquello que no respete ese legado histórico, todo actor que cuestione lo que en ese proceso se efectuó, queda relegado al lado oscuro, a lo demoníaco, a lo prohibido. Queda relegado al mal. Se ha teologizado el proceso histórico-político.

Bajo esta dinámica argumental, esto quiere decir que la lógica terrorista sigue viva. La dictadura, perdura en ese consenso. Pero, ¿De qué se trata, entonces, el consenso?

Un consenso en el léxico del sentido común es un acuerdo. Siempre es importante entender que en los acuerdos hay partes involucradas y que, por lo tanto, al estar en relación es altamente probable que se generen relaciones de poder. Por tanto, generalmente habrá alguien que predomine en esos acuerdos. Ya sea en las condiciones del acuerdo, en su duración, en su repitencia, etc. Este tipo de caracterización sirve, por simple que sea, para que en un comienzo dudemos: ¿Pudo existir, bajo este contexto histórico, un consenso sin una evidente dominación? La respuesta es obvia, bajo cualquier perspectiva. Por lo

¹¹¹ Visto en <http://popularica.cl/cultura-y-sociedad/la-latencia-una-memoria-reflexiones-museo-sitio-memoria-esma-ex-centro-clandestino-detencion-tortura-extermio-buenos-aires-argentina/>, el 20 de noviembre de 2017.

mismo, es necesario ahondar en ese consenso y comprender qué implicancias tendría someterse a él.

“El consenso es la etapa superior del olvido. ¿Qué se conmemora con sus constantes celebraciones? Nada menos que la presunta desaparición de las divergencias respecto a los fines. O sea, la confusión de los idiomas, el olvido del lenguaje propio, la adopción del léxico ajeno, la renuncia al discurso con que la oposición había hablado: el lenguaje de la profundización de la democracia y del rechazo al neoliberalismo (...) consenso es la enunciación de la supuesta, de la imaginaria armonía. (...) el consenso consiste en la homogenización. Como se ha dicho, implica la desaparición del Otro, a través de la fagocitación del Nosotros por el Ellos.”¹¹²

Como bien describe Moulian, el consenso es un fenómeno profundo, que a simple lectura no es más que una “transición”, un momento pasajero, sutil. Pero si lo analizamos con toda su densidad, con todo su *peso* histórico, el consenso no es sino la parte final de la negación del Chile que vivió. La entrega de una historicidad, de una sociedad traumada y aplastada. Pero también es la rendición ante la posibilidad de reactivación, de un renacer. Es una condena de la racionalidad permitida ante lo –arbitrariamente decidido- irracional. Se instala entonces una moral del silencio. “Romperlo significaba situarse en el terreno dramático, cuya violación sería atentar contra el proceso, dañarlo.”¹¹³

El problema del silencio, del olvido, del consenso, es que no es pasajero. Claramente ese pequeño detalle no lo sabía todo el mundo. Porque es de sentido común que cuando se está pasando por un proceso como el que describimos, de transitar de un régimen autoritario a uno de gobiernos representativos, hay que ser cauteloso para no *poner en peligro* el propio proceso. Nos parece que ese aspecto es bastante obvio. Sin embargo, fue allí donde se soldó el engaño. Porque este silencio se prolongó demasiado tiempo. Porque ese silencio acalló a trabajadores, profesores, estudiantes, y cuanto actor social había. Esa moral del silencio permitió que se siguieran profundizando las direcciones neoliberales en términos tanto de desposesión, privatización de carreteras, de los servicios de electricidad, del agua potable, entre otras. Todo eso, gobernando la concertación. ¿Y los movimientos sociales? En el silencio, en la desarticulación.

¹¹² Moulian, Op. Cit, p. 37 – 39.

¹¹³ Ibid, p. 39

En otras palabras, "...se decide gobernar sabiendo de antemano que las posibilidades de cambio dependían de los adversarios (...) o que, por mucho tiempo ellas estarán determinadas por los cálculos estratégicos de otros."¹¹⁴

He aquí una importante reflexión en torno a las posibilidades que este estado de *consenso* podía brindar. Jugar absolutamente con las reglas del juego del poder dictatorial, lo que equivale a mantenerse en una situación de desposesión, de marginalidad política a todos aquellos que no sean parte del círculo de la élite transicional. Además, es revelador, y hoy más que nunca puede ser foco de esperanza, que esta situación se prolongará en tanto la élite siga atenta al tablero, utilizando sus tecnocráticos cálculos de lo que es "razonable", de lo que brinda una cierta seguridad al país. Seguridad para crecer (económicamente). Una suerte de Estado Portaliano 2.0, que ahora no solamente sería el protector de la propiedad privada, sino que el administrador de las decisiones en base al léxico, al *saber* técnico, al propio lenguaje del cual fue creado el Estado en su versión neoliberal.

De esta manera, la democracia que se configura es un régimen constantemente despojado de soberanía, toda vez que las decisiones, en último término, están animadas por la idea de un gobierno "científico", que promueve el desarrollo de instituciones tecnificadoras, cuyo principio constitutivo es que no provienen de la voluntad popular, sino de un saber externo, experto, no inserto; que se escapa¹¹⁵.

Adicionalmente, existieron dos formas de desposesión política que condicionaron de sobremanera la posibilidad de reunión de fuerzas alternativas y su capacidad de existir en la arena política de la transición.

Por un lado, durante los años noventa, sobre todo con la permanencia de Augusto Pinochet como senador vitalicio en el parlamento, se desarrolló lo que se ha llamado comúnmente como "democracia tutelada". En ella, los militares se convertirían en una especie de "quinto poder del Estado"¹¹⁶. Se les otorgaba constitucionalmente la atribución de proteger la institucionalidad. Esto quiere decir

¹¹⁴ Ibid, p. 45

¹¹⁵ Ibid, p. 49

¹¹⁶ Ibid, p. 50

que tenían la facultad de entrometerse en cualquier tipo de conflicto que pusiera en peligro la estabilidad y la racionalidad esencial del sistema establecido. Por lo tanto, queda entonces condicionada la posibilidad de pensar alternativas al sistema por la permanencia del miedo que representaba la represión militar como guardiana del orden instituido.

Por otro lado, están las razones de carácter constitucional. Como se sabe, la constitución de 1980, fue impuesta por dinámicas antidemocráticas, tanto en su origen, formulación y aprobación. Pero más allá de lo que se ha denominado el “pecado de origen” de la constitución, podemos servirnos de cuatro características que hacen de esta constitución un texto tramposo, tal como Fernando Atria lo ha propuesto.

Lo primero tiene que ver con *las leyes orgánicas constitucionales* y sus *quórum de aprobación*:

“El primer cerrojo es el quórum de aprobación de ciertas leyes llamadas “orgánicas constitucionales”. Ellas no pueden ser dictadas, modificadas o derogadas sin la concurrencia de una cantidad de votos en ambas cámaras ampliamente superiores a la mitad más uno: exigen los 4/7 de los votos de diputados y senadores en ejercicio (art. 66). Esto quiere decir que cualquier reforma a una ley orgánica constitucional requiere de una mayoría que solo puede obtenerse con la concurrencia de los votos de la derecha. Esto le da, de hecho, poder de veto.”¹¹⁷

Éste, por ejemplo, fue un gran obstáculo que han tenido que enfrentar varias reformas, pero muy especialmente en educación. El movimiento estudiantil secundario de 2006 tuvo que luchar intensamente para poner sobre la mesa de los representantes, tanto en el Parlamento como en el palacio de La Moneda, la derogación de la LOCE (Ley Orgánica Constitucional de Educación), con resultados *gatopardistas*.

Lo segundo tiene que ver con el sistema de electoral, más conocido como sistema binominal. Si bien el binominal ya se ha reformado, durante más de veinticinco años, reguló las posibilidades de acceder a la arena política, condicionando seriamente la diversidad de posturas, sobre todo en el Congreso. Este sistema condiciona las elecciones de modo tal que, los elegidos son en casi la mayoría de los casos, de las dos coaliciones políticas, el famoso “duopolio”

¹¹⁷ Fernando Atria, *La constitución tramposa*, Ed. Lom, Santiago, 2013. p. 46.

(Alianza por Chile y Concertación). De tal manera, produce un Congreso con prácticamente dos posturas políticas, vale decir, poca diversidad de representación política, junto con la tendencia al empate. Un Parlamento que difícilmente puede alcanzar mayorías.¹¹⁸

En tercer lugar, está el rol del Tribunal Constitucional. “Se trata de un tribunal que impone al legislador su voluntad durante el proceso legislativo.”¹¹⁹ El Tribunal se transforma en una instancia donde existiría un filtro a las reformas y todo cambio que se quiera establecer en términos de judicatura.

Por último, los *quórum de reforma constitucional*. Además de tres dispositivos de la constitución ya mencionados, existen altos quórum como exigencia para la reforma de cuestiones referentes a la constitución. Son quórum del 60 a 66% en ambas cámaras¹²⁰. Por lo tanto, expresan una resistencia constitucional a todo cambio en materia de derecho fundamental.

Todos estos mecanismos que sujetan al ciudadano al sistema producido en el régimen autoritario tienen consecuencias en la forma de actuar y en las manifestaciones sociales que se van produciendo. Es famosa la frase noventera del “*no estar ni ahí*”. Mucho se ha hablado de aquella expresión. En general se visibiliza a la juventud apática, que no participa en la política contingente y que no está republicanamente preocupada del orden instalado. Cabe preguntarse, ¿no será el *no estar ni ahí*, un rechazo clave –aunque condicionado por las circunstancias- al orden del *consenso*? Y es que con tantos mecanismos y trabas constitucionales y de facto, ¿qué posibilidad de alternativas de cambio en el orden jurídico-político-institucional puede existir?

Para Moulian, por ejemplo, esto se traduce en un radical pesimismo histórico, rasgo que aparece como uno de los aspectos salientes de la estructuración del campo ideológico del mundo y en especial, de Chile¹²¹.

Esta discusión pareciera ser muy evidente, pero para la juventud, en especial la juventud universitaria, puede ser una caracterización bastante

¹¹⁸ Ibid, p. 53

¹¹⁹ Ibid, p. 54

¹²⁰ Ibidem.

¹²¹ Moulian, Op. Cit, p. 56

debatible. El pesimismo histórico existía en tanto que se entiende que las posibilidades de cambio, de alternativas, son del orden institucional, de la arena política establecida. Creemos que eso pareciera caracterizar una cierta realidad.

Luego nos fijaremos en el movimiento estudiantil universitario de los noventa y podremos sacar algunas conclusiones al respecto. Porque es un momento clave para comprender que el orden heredado estaba soldado con hierro y, por tanto, solo con fuerza de voluntad no alcanzaría siquiera para hacer pequeños rasguños.

Sin embargo, una de las manifestaciones más claras que vincula lo que habíamos mencionado del “no estoy ni ahí”, con el rechazo a la institucionalidad, es lo que Salazar y Pinto han llamado como “cultura del carrete”. El concepto no apunta al vulgar hecho de *carretear*, sino que trae consigo algunas manifestaciones claves que nos permiten comprender una subjetividad juvenil que se configuraba por esos años:

“La cultura del carrete es una forma de reagrupación juvenil “por abajo” y de sociabilidad “entre pares” que es abierta y que cumple funciones de ajuste intersubjetivo de gran importancia para constituir o reconstituir identidad. Es un espacio social que permite: a) intercambio oral de experiencias y memorias; b) libre autoexpresividad en diversos aspectos (incluso artísticos); c) posibilidad de moverse al margen de los prejuicios y sobre el filo de las normas rígidas de la sociedad; d) encontrar y dar afecto sin compromisos mayores; e) desplegar la imaginación individual y colectiva; f) dar una dimensión menos formal y estereotipada a “la fiesta”; g) exponer opiniones sin temor a represalias; h) dar y pedir crítica constructiva sobre problemas de personalidad; i) proyectar el futuro de corto plazo; j) tener una identidad grupal mínima frente a otros grupos y/o instituciones; k) permisividad en el uso de estimulantes (alcohol, droga, etc); l) la posibilidad de hallar pareja y amistades profundas, etc. Considerando sus funciones el “carrete” puede adoptar variadas formas y tipos de evolución diversos. Sus definiciones son, por eso igualmente múltiples y no precisamente unívocas.”¹²²

Esta caracterización es fundamental para pensar la subjetividad juvenil. En cierto sentido, es bastante comprensible que las manifestaciones juveniles devengan en un momento como el que se describía más arriba. La generación “castrada” de los años de dictadura, de alguna forma, vive y reproduce ciertos temores y miedos que se traspasan a la generación venidera.

De alguna forma, la descripción que hacen estos dos historiadores de los momentos y la cultura del carrete, a ratos pareciera ser idealizada. Con los ojos de hoy, quizás porque hay mucho más acceso a la información y a la denuncia,

¹²² Salazar, Pinto, Op. Cit, p. 264.

hemos visto que muchas de estas “funciones” de la cultura del carrete se han visto viciadas por conductas de quienes formaban parte de estas instancias. Sobretudo el movimiento feminista ha tenido mucho más espacio en el debate público sobre los abusos que muchas veces ocurrían en estas instancias, por ejemplificar algún punto donde se visualicen algunas incoherencias.

Así y todo, el carrete se transformó en un espacio de re-encuentro. La universidad neoliberalizada, con todas las críticas que conlleva, permitió el acceso a una mayor cantidad de personas. Lo que a su vez vertió de diversidad algunas universidades “estatales” y tradicionales, convirtiéndose los carretes en espacios de encuentro, de participación y luego de paulatina organización, horizontal y “democrática”. Nos atrevemos a decir también que, el carrete, como espacio de encuentro, configura al mediano plazo un sentimiento de optimismo que, como veremos más adelante, poco a poco se transforma en un optimismo histórico a nivel transversalmente juvenil.

La profundidad del *consenso*, entonces, radica en que fue el eje que permitió girar el timón por recta final hacia la dirección del neoliberalismo global. Esta es una de las implicancias subjetivas del *consenso* en la sociedad post régimen autoritario:

“En verdad se esta ocultando el futuro petrificado, la historia como repetición marginalmente mejorada del sistema socioeconómico del capitalismo globalizado. La historia como repetición de Pinochet, una sociedad cuya forma idiosincrática (no pasajera) mezcla inserción en el mercado-mundo, acceso a tecnologías de punta, pobreza y precarización del empleo compensada por la masificación crediticia (...) Las relaciones capital/trabajo tienden y tenderán cada vez más a organizarse como relaciones entre patrones e individuos asalariados. Las formaciones colectivas de asalariados son y serán cada vez más deslegitimadas, como provocadoras del funcionamiento imperfecto del mercado laboral...”¹²³

Y es que la profundidad del *consenso* no concierne fundamentalmente, como muchos intelectuales de la izquierda conciben, al “carácter” del Estado que devino tras la dictadura; a esa lógica subsidiaria, en donde el empresariado tiene un rol fundamental en la entrega y provisión de “servicios sociales”, ya no derechos entregados por el Estado, sino que solo garantizados, relegando al mercado su función realizadora. Sin duda, este es un aspecto importantísimo.

¹²³ Moulian, Op. Cit, p. 41

Sin embargo, quienes lo enarbolan como el principal factor explicativo del consenso a ratos caen en el olvido de que la lógica, la racionalidad que oxigena sistemáticamente la producción y reproducción del sistema neoliberal es, a fin de cuentas, el culto al individuo, el culto al ego. Más allá de las instituciones que condicionan la vida de los sujetos -llámese Estado o Mercado-.

A partir de la década del 90' se hace cada vez más visible lo anterior. Comienza a funcionar una subjetividad, sea de izquierdas o derechas, que está *dañada* casi sin posibilidad de reparo, por esta racionalidad del yo. Sumado al orden e institucionalidad que fueron instaladas, el ciudadano común, los jóvenes, los trabajadores, los pequeños empresarios, en fin, como se decía (y aun se sigue vociferando) la *inmensa minoría*, actúa, se construye y desarrolla como *self made man*. Incluso, a partir de la década de los noventa y con mayor alcance en esta última década, las mujeres, históricamente relegadas a la soberanía masculina, caben en esta racionalidad. Las mujeres pueden hacerse a sí mismas, tienen ahora la capacidad de *elegir*.

Tanto hombres como mujeres son protagonistas del escenario construido por el mercado, por el movimiento de capitales, de inversión financiera y por todos los proyectos en comunión con la racionalidad globalizadora e individualizante. Para poder ahondar en este problema, queremos proponer una pregunta que nos encamine a un análisis cultural, de una cierta subjetividad, sobre todo de las generaciones que les tocó vivir en su juventud el régimen militar y que para los años noventa y principios del siglo XXI son parte de la población que se le conoce como población activa.

¿Qué nos hacía reír?

De la Ironía y el Humor:

Uno de los elementos que, sin duda, permitieron en los años noventa un cierto modo de comunicación, una apertura, una sagacidad quizás, de las relaciones comunicativas por aquellos años en que el silencio, en que el olvido marcaba la tónica, fue el desarrollo de un modo de hablar para decir lo prohibido. Porque no

es que no se pudiera conversar, ni nada de ese tono de absurdo, sino que había ciertos temas que incomodaban, que simplemente no se podían enfrentar con la sinceridad, honestidad y veracidad de los relatos. Ya sabemos, se relaciona con este concepto que hemos trabajado como el *consenso*.

El humor y la ironía han sido formas de comunicación que históricamente en Chile han tenido una vasta trayectoria¹²⁴. Es fácil reconocerlo. Hay un sinnúmero de comediantes y humoristas, revistas de humor y sarcasmo político, entre otras varias formas de *mostrar* una realidad de algún momento como sociedad, que ha quedado ancladas en la memoria colectiva.

Y es que el humor pareciera ser una forma de comunicación que facilita la generación de ciertos espacios y momentos necesarios para una buena conexión. Porque la risa, el efecto buscado del humor, es generada por un sentimiento de complicidad, una cierta vivencia compartida¹²⁵, un sentir común.

En ese sentido, creemos que se justifica de sobremanera poder hurgar, aunque sea tímidamente, en la relación existente entre esta comedia y una cierta subjetividad de la cotidianidad de los años que arrastró el *consenso* en el país. Porque es evidente que entre el burlador y sus receptores hay una complicidad. Más aun cuando esta relación está posibilitada por el espectáculo.

En los años noventa y, de allí en adelante profundizándose, el espectáculo informaba, mostraba la realidad; era el espacio en donde el eco entre sociedad y orden se daba forma. Se genera una relación de representación en donde el general, el *común*, es decir, la sociedad, se puede mirar a sí misma. Una especie de auto retrato no exento de desbordes, de excepciones y contradicciones, pero, en fin, un espacio en donde se produce y se reproduce lo que cotidianamente se conoce como el sentido común.

Hay algunos elementos que podríamos relacionar, interpretando el contexto de la época, entre algunos discursos humorísticos. Quizás el ejemplo más notable de la relación humorista-público, o, mejor dicho, humorista-espectáculo, en donde

¹²⁴ Hyejin Nah , *Lo posmoderno en Chile: El caso de The Clinic*, Tesis de Magister en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile, Santiago, 2007, p. 14.

¹²⁵ Visto en: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/154184.pdf> el 24 de noviembre de 2017.

efectivamente se genera esta relación de representación que anticipábamos, son los monólogos del famoso humorista chileno Coco Legrand. Aclamado por la prensa; querido en sus propios escenarios, como también en el más espectacular (de espectáculo) de todos, el Festival de Viña del Mar, Coco Legrand ha creado una especie de espejo interesante en que vale la pena detenerse un momento.

El humorista mencionado, tiene un *modo* de acercarse al público, un *modo espectacular*, que es interesante de analizar porque desarrolla un ambiente de comunicación que tiene ciertas características que lo hacen ser muy especial, tanto para su público, como también para lo que representa. Una cierta excepción –permitida, por supuesto- en su humor, en su estética, que de alguna manera produce y reproduce un sentir común.

Lo primero que es interesante rescatar es que, en un escenario de espectáculo, Coco Legrand es capaz de hablar de ciertos temas que, si bien no son prohibidos ni censurados, son algunas temáticas que a las personas les cuesta compartir o prefieren evitar porque generan conflicto. Recordemos: el conflicto es uno de los aspectos que el *consenso* quiere evitar a toda costa. Estas temáticas tienen relación con la sexualidad, encarnada principalmente en las relaciones conyugales¹²⁶, en donde el monólogo se desarrolla desde lo masculino, con un evidente rechazo hacia lo homosexual –que se evidencia en la burla constante, tonalidades de voz ridículas y adjetivos peyorativos- y la normalización de la conducta sexual masculina en términos de protagonismo tanto en la vida privada, con énfasis en la relación sexual, como en el ámbito público, con especial interés en lo laboral.

Otra temática que constantemente se visibiliza es el espectáculo de la política que, en tono siempre irónico y burlesco, lo desarrolla en términos de espectáculo. Es decir, pone en evidencia la distancia entre los “políticos” y la “gente”. Al respecto, ironiza la corrupción, como también las ideas políticas de los distintos sectores. De hecho, es muy representativo esto último cuando en uno de sus *shows*, en “*Al diablo con todo*”, protagonizando el papel de Diablo, crea los

¹²⁶ Es necesario advertir que no es hasta el año 2004 que en Chile no existía la posibilidad legal de divorciarse. De ahí que, las relaciones conyugales tienen mayor importancia, en términos de cantidad, que hoy.

tres partidos políticos del infierno, ironizando sus posturas ideológicas. Los sindicalistas (el partido revolucionario); los empresarios que su objetivo era la privatización de todo (los neoliberales); y el “Partido de los Pobres Diablos”, aludiendo al Partido Por la Democracia (PPD), cuya función era *transigir*¹²⁷.

En ese sentido, Coco Legrand comparte un cierto malestar que no puede ser canalizado a través de los partidos políticos ni la política en general. Apunta a menudo al individuo y su capacidad de ser feliz.

Por último, otra de las temáticas que constantemente presenta el humorista, y que tendrá especial énfasis en la década de los noventa e inicios del nuevo milenio, son los cambios generados por la globalización y la inserción del país en las dinámicas y la cultura tecnocapitalista. Constantemente fija la mirada en las contradicciones que genera la sociedad desechable, de la instantaneidad y del consumo para el ser humano. Cuestión que es muy relevante porque evidencia un quiebre cultural. Sus chistes están referidos a un diálogo pasado-presente, vinculado al Chile pre golpe de Estado, en contraposición con el Chile de la transición. Estas temáticas se pueden ver en sus shows *¿Qué se teje?* (1993-1995), *Al diablo con todo* (1996-1999) y su presentación en el XLI Festival de Viña del Mar, realizado el año 2000.

Coco Legrand es un ejemplo, como hay muchos otros. Sin embargo, el humorista tiene –o tenía- una especial relación con el público. Escenario que pisaba se transformaba en un lugar donde reinaba la risa y las sonrisas. Esta cuestión es relevante toda vez que Coco Legrand ocupa el sarcasmo, la ironía y la expresión para producir un momento que no solo es risa. Los monólogos que presenta, junto al momento que generan, devienen en un ambiente reflexivo. Silencios prolongados, miradas serias. Muchas veces se genera un ambiente de “confesión”, a la más agustiniana. Un dejo moralizante está siempre presente en el análisis social que hace Legrand. Si hay que caracterizar su discurso, inevitablemente se figura una moral. No cualquier moral, y he aquí una cuestión fundamental. Coco Legrand establece una moral del individuo. Por supuesto que

¹²⁷ Giorgio Agamben, *Medios sin fin. Notas sobre la política*, Ed. Pre-textos, Valencia, 2010, p.114.

crítica al individualismo, aquél vicio –para proponerlo en jerga moralista- de las personas que se ciegan ante la realidad social. Sin embargo, el discurso está cargado hacia la *confesión* personal, hacia el *mea culpa* y, sobre todo, hacia la capacidad que tiene el ser humano, más allá de sus habilidades intelectuales, más allá de su rol como consumidor, y por supuesto, mucho más allá de su rol político, de que en *su* realidad, pueda ser distinto, pueda ser feliz.

Se trata de un discurso que cala muy hondo en la subjetividad del momento, pues carga con la *culpa* y, además, es despolitizador porque no visibiliza al ser humano como un ente capaz de comprender las redes de dominación que condicionan el comportamiento de la sociedad. Por el contrario, lo caracteriza como un ente que debe mirarse a sí mismo y constantemente superarse. Por supuesto que no en términos materiales –su crítica es bien vasta en ese sentido- sino que en términos de felicidad. Coco Legrand es un gran referente de una crítica social para la felicidad. En el XLII Festival de Viña del Mar, en el año 2006, en el final de un *show* lleno de risas y aplausos del “monstruo”, en un momento de silencio dice:

“El humor tiene una cosa grande. Que devuelve las humanidades. (...) Este país nunca va a ser un país desarrollado, si no activa su *switch* interior y comienza a vivir la vida con sentido del humor. Porque cuando uno está casado con el humor, tiene un alto compromiso con la humanidad. (...) El humor es la única vía para que la gente se humanice. Somos los únicos seres vivos del planeta que poseemos esta herramienta (...) el resto de los animales, nunca podrá reír y hacer reír (...) y como si fuera poco, somos los únicos seres vivientes del planeta que estamos consientes de que vamos a morir. Y así y todo, nos empeñamos en hacer de nuestras vidas o la de los demás, una mierda. ¡Muchas gracias!”¹²⁸

El discurso final es clarísimo. Y le da mucho énfasis el hecho de que lo hace con chistes, con *tallas*. Coco Legrand hace un diagnóstico de la sociedad, y a partir de éste, mediante su profesión intenta brindar una clave para llegar a un estado más feliz. Lo cual, en efecto, no tiene nada de malo. Simplemente es un discurso interesante de analizar porque está situado en medio de la sociedad (del espectáculo) por una razón muy sencilla: Legrand produce en-cuentro. Por supuesto que en términos del espectáculo. Pero es relevante, pues visibiliza un público, una sociedad televidente, que ve un espejo, una representación. Es

¹²⁸ Coco Legrand, *XLVII Festival de Viña del Mar*, visto en: <https://www.youtube.com/watch?v=VpSrPewNZKA> el 24 de noviembre de 2017.

cercano y además se asume una complicidad entre el protagonista y su público, más aún en el Festival de Viña.

Produce encuentro, así como complicidad, produce un momento de reflexión *espectacularmente social*. Pero todo esto tiene un gran problema, quizás una contradicción: Por más encuentro que sea, por intensa que pueda ser la reflexión, este momento no es más que un *show*. Esto quiere decir que es fugaz; que es cercano, pero a la vez es lejano porque muestra, justamente, cómo los chilenos no son capaces de *darse* esos momentos. Por eso quizás, el *show* de Coco Legrand es tan –o fue- especial y único; porque era excepcional. Porque era capaz de traer, a partir de la risa, el sarcasmo y la ironía, un momento de reflexividad en medio de un contexto que él muy clara y sistemáticamente caracteriza como del silencio, del apuro, de lo desechable, del *hacerse el huevón*, del poco compromiso.

Ver los registros de Coco Legrand da una buena perspectiva de lo que es una representación de la subjetividad chilena, con todas las críticas que se le puedan hacer, tras el proceso de transición y la instalación del modelo neoliberal.

El Movimiento Estudiantil de la época del *consenso*

Sin dudas, el movimiento estudiantil de los últimos años tiene origen, o al menos ciertos antecedentes históricos, en las luchas y organizaciones estudiantiles de los años noventa y principios de la primera década del siglo XXI. Existieron algunos focos de batalla que trajeron como consecuencia cierta organización, como el desarrollo de la Confech, el tránsito de la Feses (estudiantes secundarios) hacia la Ases (Asamblea de estudiantes secundarios) y la creación de la Cones (coordinadora nacional de estudiantes secundarios). Esos focos se convierten en un antecedente digno de revisar. Corresponden a años donde reinaba la poca capacidad para aunar posturas y para organizarse políticamente. El contexto fue determinante.

¿Qué se puede decir, entonces, del movimiento estudiantil o de los “estudiantes” en la época del *consenso*?

Hay un buen texto, que utilizaremos en esta ocasión para caracterizar algunos rasgos llamativos del movimiento estudiantil, titulado “La anomalía social de la Transición” de Luis Thielemann, historiador, ex – estudiante y protagonista muchas veces de algunos procesos que relata.

Este texto intenta historizar los movimientos de los estudiantes en los años noventa, algunas complejidades, así como también, visualizar la política que la izquierda radical (a la izquierda de la concertación) quiso propulsar. De esta forma, creemos necesario advertir que el historiador intenta articular las luchas de los años noventa con una cierta continuidad histórica que tendría el movimiento estudiantil surgido a partir de las luchas de 2006 en adelante.

El concepto de “anomalía social de la transición”, es interesante porque reafirma una excepción. Reafirma a un actor social, pequeño en términos de capacidad de influencias, que luchó en esos años del *consenso*, en esos años en que las juventudes de los partidos de la Concertación acaparaban las dirigencias de los movimientos sociales o gremiales; en donde las juventudes comunistas tenían una presencia no menor en las dirigencias y, por ende, poco era el espacio que se le daba a un pensamiento “radicalmente” opuesto a las políticas y juventudes de los gobiernos de turno. Es en ese sentido que Thielemann hace un rescate de aquellos que buscaron organizar, pero también dotar de contenido político las disputas estudiantiles. En palabras de Víctor Orellana, quién realiza el prólogo del texto:

“De la polaridad con la élite en los sesenta, se pasa a la oposición al dictador, y de ella, a la disolución de toda polaridad constitutiva. La teoría de los “nuevos movimientos sociales”, de gran divulgación entonces en los círculos de la renovación socialista, es tomada como arma intelectual por la Concertación juvenil para dar por liquidado el antiguo peso del movimiento estudiantil en la sociedad. (...) La idea de que la FECH pasara a ser parte formal del Estado, miembro pleno de lo que posteriormente sería el INJUV (Instituto Nacional de la Juventud), sintetiza la nueva concepción que se le impone en esos años: la ausencia de conflicto y la gestión administrativa de los intereses sociales.”¹²⁹

¹²⁹ Víctor Orellana, *La anomalía intelectual... o el intento de una anomalía social de explicarse a sí misma*, en Luis Thielemann, *La anomalía social de la transición: Movimiento estudiantil e izquierda universitaria en el Chile de los noventa (1987 – 2000)*, Ed. Tiempo Robado, Santiago, 2016, p. 14.

Orellana y Thielemann describen un movimiento estudiantil que está en medio del juego de posiciones de la profundización del neoliberalismo, en donde uno de los objetivos principales es convertir los movimientos sociales o, mejor dicho, sus orgánicas representativas, en organismos que serían parte del Estado. Esta lucha es fundamental porque no se trata de luchar contra el Estado totalitario y/o del corporativismo, sino de un Estado que está totalmente dispuesto a los vaivenes del mercado. Se trata de la nula deliberación política y regulación de lo que se plantea en términos sociales por ejemplo en la administración de las políticas públicas de la juventud.

En palabras de Alain Touraine: "...se confunden la sociedad política y la sociedad civil, ya no se ve cómo puede crearse un orden político y jurídico que no sea la mera reproducción de los intereses económicos dominantes."¹³⁰

Entendiendo las dimensiones que tiene este Estado neoliberal, la lucha que Orellana plantea es una disputa por proteger la autonomía política de las organizaciones estudiantiles. Cuestión que debiese ser replicable a toda organización de la sociedad civil.

Es interesante entonces, el rol de este sector del movimiento estudiantil de los noventa. De alguna forma vendría a proteger la poca organización que mantuvieron algunos estudiantes durante estos años ante el afán del Estado por subyugar, por someter las organizaciones de la sociedad civil a sus intereses crecientemente tecnocráticos y de orden administrativo. Así, el planteamiento político más relevante de esos años, más allá de las luchas concretas y la contingencia política de los distintos fenómenos que ocurrieron durante la década, estaría –según Orellana– en que la izquierda radical y social, como campos organizados, asumirían la tarea de sostener los espacios formales (las federaciones estudiantiles en este caso) e impulsar alguna acción estudiantil reivindicativa¹³¹ (por ejemplo, el Pase Escolar como derecho social).

En palabras del mismo Luis Thielemann, su planteamiento es el siguiente:

¹³⁰ Alain Touraine, *¿Qué es la democracia?*, FCE, México, 2001, p. 64.

¹³¹ Thielemann, Op. Cit, p. 15

“...proponemos que la izquierda radical ¹³² de las universidades, fuera del terreno parlamentario, fue capaz de reinventar el movimiento estudiantil reinventándose a sí misma. Ella sobrevivió los noventa como dirección política del conflicto concreto de los estudiantes (y extensivamente de sus familias) y no desde una posición exclusivamente identitaria, ideológica o partidaria. De esta forma, el movimiento estudiantil de transición entre el viejo movimiento elitario y partidizado del ciclo 1967-1987 y el movimiento estudiantil de masas que asoma en 2001, con direcciones menos centralizadas y más radicales, así como alejado de los grupos sociales más ricos y anclado mayoritariamente en las capas medias y los sectores populares, y por lo tanto prisionero de sus propias contradicciones” ¹³³.

Es un tanto irónico constatar que el movimiento estudiantil tuvo su propia transición, toda vez que el país estaba en un proceso de “transición”. De alguna forma, reafirma dos ideas importantes. La primera tiene que ver con los vestigios de una fisura en la linealidad de los acontecimientos históricos producidos por el *tratamiento de shock*, el *estado de excepción* y la *desposesión*; una cierta reformulación de lo que es el movimiento estudiantil; el reacomodo de las orgánicas y por sobre todo, del proyecto o visión política que este actor propone, tanto en el momento del *consenso* como en tiempo presente. La segunda característica tiene relación con su rol histórico. El movimiento estudiantil que, pese a las circunstancias, tuvo que asumir una “transición”, una cierta reinvención, para poder constituirse nuevamente como un actor social relevante. Y esto es irónico porque nos permite preguntarnos, ¿Tendrá la posibilidad de reinventarse la sociedad para transformar el país?

En cierto sentido, el movimiento estudiantil puede dar algunas luces mostrando cuál fue la reinvención, por dónde fue que transitó en esta transición. O, mejor dicho, qué fue lo que llevó, lo que trajo consigo en este transitar, desde la lucha contra la dictadura, pasando por el plebiscito del sí y el no, además de soportar el yugo de un Estado *concertacionista* que bregaba por la desmovilización y la administración de las problemáticas sociales.

Es en este sentido que la lucha de los años noventa por conservar la autonomía política, pero también por posicionar temáticas contrarias a las políticas

¹³² Con izquierda radical nos referimos a la izquierda que no fue parte de la Concertación y que se mantuvo crítica del modelo neoliberal durante la década. Será un término que incluirá a las Juventudes Comunistas, al movimiento Surda, a los colectivos locales que se aliaron a estas dos organizaciones y a la mirada de organizaciones que surgieron de la disolución de las organizaciones armadas e insurreccionales de los años ochenta.

¹³³ Ibid, p. 42 -43

públicas de la concertación se manifiestan –según la lectura histórica que hemos compartido- el fundamento de este tránsito.

Es importante preguntarse porqué hablamos de un tránsito. ¿Por qué el movimiento estudiantil de los noventa no posicionó las demandas de gratuidad, aportes económicos a las instituciones educativas, fin del *voucher*, entre otras?

Porque no podemos olvidar nuestro (casi) permanente *consenso*. ¿Qué es lo más posible? ¿Qué es lo más racional? Porque la “medida de lo posible”, no fue solamente un discurso para la transparencia y la búsqueda de los detenidos desaparecidos. Porque como bien hemos revisado con anterioridad, los mecanismos que desarrolló el sistema neoliberal chileno para instalarse en el sentido común de la sociedad, no permitían pensar más allá de ciertos límites. Es por esta razón que durante mucho tiempo esta izquierda radical tuvo que luchar no solo con la despolitización, con el *no estar ni ahí*, con la derecha u otros, sino que tuvo que criticar las propuestas de “arancel diferenciado”¹³⁴; es decir, por ser demandas corporativas, de gremio, que no tienen la posibilidad de amplificarse y articularse con otras demandas sociales.

Por ese motivo, los articuladores de este discurso histórico del movimiento estudiantil lo han tildado de fracaso.¹³⁵ Porque fue un movimiento carente de la fuerza suficiente para estrechar lazos y articularse de manera tal que pudiera convertirse en un actor influyente.

Sin embargo, llama poderosamente la atención que sea leído como un fracaso. Porque el movimiento estudiantil *fracasado* de los años noventa, estaría condicionado por la “transición” de los partidos de la concertación. ¿Hacia donde va caminando el movimiento estudiantil de los años noventa?:

“En el activismo estudiantil de la época hay una enorme valoración de la autonomía política y de la horizontalidad, entendida como expansión de la democracia frente a un movimiento social que replicaba el presidencialismo y el verticalismo de la sociedad. No solo una cuestión organizativa, sino sustancial: autonomía política es autonomía del Partido Comunista y de la Concertación, de sus formas, de sus políticas, de sus líderes; de su conducción que ha llevado al movimiento a constantes derrotas.”¹³⁶

¹³⁴ Ibid, p. 17

¹³⁵ Ibidem.

¹³⁶ Ibid, p. 19

¿Hacia dónde camina la política “progresista” hoy? Pareciera ser que el *fracaso* es solo en la medida en que se analiza bajo ese contexto. ¿Qué son las organizaciones políticas “progresistas”, como el Frente Amplio, sino organizaciones autónomas de la Concertación y el partido Comunista, cuyas formas son la horizontalidad vía democratización? Hay una extraña, aunque visible relación entre la historicidad del movimiento estudiantil de la “transición” y la política contingente. Vientos de optimismo histórico comenzarán a mostrarse *paulatinamente*.

Hay un par de cuestiones más que quisiéramos relevar a partir del movimiento estudiantil de los noventa y su análisis proyectado hacia el futuro (nuestro presente):

Un aspecto muy relevante de la política estudiantil y, de cierta forma, del pensamiento político de este movimiento que no se subyuga a los intereses de los dirigentes de la Concertación, es la relación existente entre el estudiante y su tiempo como tal, su tiempo de lucha. La posibilidad de movilizarse, la acción efectiva de protesta, los reclamos pertinentes, todo ello ocurre *mientras* el estudiante es estudiante, valga la redundancia. Esto tiene como consecuencia bastante directa que, por ejemplo, las demandas por mejoras en cuanto a las condiciones materiales, en relación a la baja de aranceles, mayor entrega de becas, etc. estén condicionadas a “lo posible”, no solamente en el sentido de lo “permitido” y lo “razonables”, si no que, a su vez, de la posibilidad de *disfrutar* de esas mejoras.

¿Qué diferencia existe entre demandar educación pública y gratuita, para todos, y mayores y mejores becas? Que lo segundo es mucho más probable verlo hecho realidad si se apuesta por presionar y protestar inteligentemente. Se trata de un problema administrativo y de gestión de recursos. Por lo tanto, otra vez asoma la cultura del yo dado que es posible ver y hacer uso de los cambios.

Esta cuestión es muy interesante en relación a lo que comienza a surgir a partir del movimiento estudiantil caracterizado por la “izquierda radical”, como sea que se le haya nombrado. Porque aquí no solo se evidencia una “estrategia

política” que perfectamente pudo estar en lo correcto, o bien, errada. Lo que importa es que, en ese modo de pensar, se rompen en buena medida varios aspectos heredados del orden neoliberal, a saber, la inmediatez, el goce individual de privilegios sociales, el tiempo presente y la ahistoricidad. Lo que se presenta entonces, es un modo de pensar en el futuro, es decir, los estudiantes que luchaban -y que luchan, dicho sea de paso- por la educación pública y gratuita, no están pensando precisamente en ellos. Están pensando en los que vendrán. Ese modo de pensamiento recupera, por mezquina que sea, una cierta reflexión de lo que significa la comunidad, o bien, una forma de entender la sociedad ya no como un conjunto de individuos, sino como la manifestación de relaciones sociales en constante construcción.

Pensándolo de esa forma, quizás se hace mucho más relevante para la lucha estudiantil, entonces, la necesidad de elaborar una “historia” del movimiento estudiantil durante estos años:

“La misma edición de los textos respondió a la necesidad de darle continuidad a una historia que suele mantenerse en lo oral y desaparecer con la veloz renovación generacional de las bases y direcciones del movimiento estudiantil, así como también con la represión dictatorial. Este hecho, el que cada cinco o seis años renueve totalmente sus bases, lo distingue fundamentalmente del movimiento obrero y en general de cualquier otro movimiento social registrado hasta ahora.”¹³⁷

La necesidad de mantener vivo un relato histórico, de que el presente tenga cierta base en el pasado, cierta estabilidad, orden. Cuestión necesaria si las condiciones de su existencia dependen de ello, porque como dice Luis, los estudiantes se van renovando rápidamente, los años pasan, las vivencias, recuerdos y luchas, si no tienen un correlato en el tiempo, quedan allí, a su merced.

Por otro lado, este discurso y su sostenimiento orgánico-político, no estuvo exento de conflictos, disputas, complicaciones, quiebres y contradicciones. La burocratización de las organizaciones; el vanguardismo y sectarismo; la verticalidad, los caudillos y problemas comunes de la política representacional entre dirigentes y sus bases, fueron también parte de este proceso de transición

¹³⁷ Ibid, p. 37

que, por cierto, no ha desaparecido, pese a los deliberados intentos por erradicar estas prácticas.

Este tipo de cosas, las *politiquerías*, son problemas de la organización política que mucha gente de la cultura de los noventa no soportaba. El *no estar ni ahí*¹³⁸ quizás también era una actitud de quienes preferían no meterse en conflictos, no atravesar la *reinvención* que mencionaba Thielemann, además de padecer de los males heredados por la condición casi eterna del *consenso*.

¹³⁸ Ibid, p. 16

VI. Vientos de optimismo: La irrupción del Movimiento Estudiantil del siglo XXI

Todos buscan como aprovechar esta oportunidad
La religión y ciencia alimentan la demencia
De quien reza al cielo y gana dinero
Vendiendo paz en su ministerio
Se quiere aprovechar de la imbecilidad
De la gente que piensa que así se va a salvar.

Locura Espacial – Chancho en Piedra

Pasaban los últimos años de la década del noventa y la incertidumbre se apoderaba del ambiente. Años de profunda sequía en el país, sumado a la crisis asiática que tuvo importantes consecuencias en términos económicos, la detención de Pinochet en Londres, hacían del ambiente un momento difícil de avizorar con respecto a lo que venía. Todo esto además de que brotaban por todos lados las sospechas de Apocalipsis y desastres que causaría la llegada del nuevo milenio. En realidad esto nunca fue tan real. Se hicieron programas de televisión con toda la farándula que eso significaba, pero al fin, nada ocurrió y la gente pudo seguir sus vidas como de costumbre.

Sin embargo, más allá de cómo se presentaba la llegada de este milenio, venían tiempos de optimismo¹³⁹. Las nuevas generaciones comenzaban a hacerse mostrar, tanto en discusiones, en el arte, sobre todo en la música popular. De esta época es el éxito de bandas de gusto masivo tales como Tiro de Gracia, Chancho en Piedra, Los Tetos, Makiza, entre varias otras. Y es que es una época en donde las preguntas comienzan a brotar. Si bien, no podemos hablar de cuestionamientos de mucha densidad ontológica, pero de alguna forma, cierta manera de enfrentar con preguntas incómodas al orden heredado.

No fue todo tan rápido en esta década. Podríamos decir que para efectos de este capítulo, son diez años más largos de lo normal. Los años 2000 se estiran

¹³⁹ Esto no es simple especulación, hay varios estudios sociológicos que a partir de encuestas y ciertos estándares, han sido capaces de medir, de alguna forma, un sentir de la generación que comenzamos a describir. Ver en: <http://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2015/06/23/milenio-la-generacion-que-reconvirtio-la-calle-en-discurso-politico/> visto 28 de noviembre de 2017

por lo menos hasta el 2011, cuando irrumpe con mayor fuerza el movimiento estudiantil. Es así como por el año 2000, los jóvenes ya coreaban *Locura Espacial*, de los Chancho en Piedra:

“Amigos míos yo les quiero decir
Difícil el tiempo que nos toco vivir
No es tan solo el fin de una década
Estoy hablando de toda una época
¿Será normal o será anormal...que unos pocos elijan
lo que hagan los demás?
¿Será normal o será anormal...que todos nos creamos
dueños de la verdad?
¿Será normal o será anormal...nacer, crecer, estudiar
y trabajar?
¿Será normal o será anormal...que vendan el remedio
en vez de la cura total?”¹⁴⁰

La canción es una crítica al pensamiento de secta, específicamente para aquellas organizaciones que ofrecen, por ejemplo la “salvación” a partir de Dios, o un sentido de trascendencia, etc. a cambio de la obediencia, dinero y la participación a la voluntad de un líder. De todas formas, la letra es muy reveladora porque aplica también a la vida cotidiana y al sentido común; ese que fue heredado, que no fue cuestionado y que marcó a la generación de los ochenta y parte de los noventa. Aquí entonces, encontramos un cuestionamiento, que creemos que es buen reflejo de lo que se vendría gestando para esta larga década que está llena de conflictos, pero también, con creciente participación e involucramiento, lo que hace un efecto de optimismo. Los chilenos, los jóvenes y estudiantes, sobre todo, ya no estarían callados, ya no respetarían el *consenso*, porque se vislumbran con creces, las contradicciones que el orden neoliberal estaría desarrollando en el país.

Corría el año 2001 y se comienza a gestar lo que sería la primera -aunque más tímida que las vendrán- manifestación estudiantil que se tenga memoria del

¹⁴⁰ Chancho en Piedra, *Ríndanse Terrícolas*, “*Locura Espacial*”, Sony Music, Santiago, 1998.

siglo XXI. El llamado “mochilazo”, nombre que bautizó la prensa por la serie de protestas que vivió la capital en ese año. El conflicto que pusieron sobre la mesa los estudiantes secundarios fue específicamente por el beneficio del pase escolar. Este era un “beneficio” que tenían asignado los estudiantes para que pudieran obtener un valor de pasaje rebajado para el año escolar. El problema radicaba en que las empresas de transportes, al menos en Santiago hasta ese minuto, las “micro amarillas”, como se conocían estaban en manos de privados, así como también la decisión sobre el uso del pase escolar. Los estudiantes, por su parte, presionaban por la extensión de este beneficio por todo el año.

El desarrollo del conflicto tuvo varias implicancias, entre ellas la reorganización y reactivación de las orgánicas que habían estado silentes desde la dictadura, y la creación de nuevas orgánicas (Aces) y (Crea), sustituyendo a la antigua (Feses), que tenían lógicas muchos más verticales y de disposición representativa, por nuevas orgánicas, de carácter asambleísta y con un sentido de horizontalidad mucho más profundo.¹⁴¹

Pero la implicancia más importante, en términos de sostenimiento es que se comienza a visibilizar una demanda generada por un descontento al funcionamiento general del sistema de educación. Los estudiantes, en su mayoría de colegios municipalizados, mostraban las diferencias y desigualdades de la escolarización nacional. Además, el pase escolar pasó a depender desde los transportistas al ministerio de educación, cuestión que será clave para dar un primer paso para la recuperación de la educación pública como un derecho social.

Y es que, tal como alguna vez fue concebido, con un discurso a ratos muy republicano –aunque mezclado con prácticas democráticas, no delegando en dirigentes la acción y, por lo mismo, no reduciéndolas al voto y la representación¹⁴²-, los estudiantes reclaman una perspectiva de ellos mismos como actor de la sociedad que incomoda al neoliberalismo chileno:

“...el estudiante es un agente no productivo que se prepara para aportar al desarrollo del país, y que al no recibir retribución económica alguna por esta importantísima misión, éticamente no

¹⁴¹ Claudia Borri, *El movimiento estudiantil en Chile (2001-2014). La renovación de la educación como aliciente para el cambio político-social*, Università degli studi di Milano, 2016.

¹⁴² Thielemann, Op. Cit, p. 203.

debiese pagar costo alguno para ejercer su derecho a la educación, que parte precisamente, en el paradero día a día.”¹⁴³

Esta cita proviene de una declaración de la Aces, frente al conflicto por el “pase escolar”, donde evidentemente, se refleja un rol social que debiera cumplir el estudiantado para con el país, y por lo tanto, se demanda la misma relación de parte del ente estatal, partiendo por el pase escolar. Un primer atisbo de una necesaria re evaluación de la concepción del estudiante en relación al conflicto entre consumidor (de educación) y futuro contribuidor al desarrollo de la sociedad. De ahí que, dejando de lado la movilización en sí misma, este episodio de comienzos de siglo, trae consigo un espesor político distinto de las luchas anteriores que comenzaba ya a brotar.

Importante mencionar también que esta reorganización del movimiento estudiantil secundario debe enfrentar a los avatares del tiempo de manera mucho más sagaz e inteligente:

“En dos años debió transformar sus organizaciones en espacios de decisión y participación más horizontales y laxos, además, de radicalizar su discurso a la vez que masificaba sus bases (...) A diferencia de los universitarios, los estudiantes secundarios tienen con suerte dos o tres años para formarse, construir organización, dirigirla e intentar renovar al grupo dirigente antes de egresar.”

Este aspecto no puede olvidarse dado que constituye un elemento importante, un obstáculo difícil de superar (el tiempo) y por tanto, se comprenden muchas jugarretas y *gallitos* que difícilmente podían superar en su enfrentamiento al poder institucional, como podremos ver muy visiblemente en el año 2006. Sin embargo, es justamente esta capacidad la que, junto a consignas más elaboradas y con mayor amplitud de base militante (o participante), podrían sostener una de las más recordadas movilizaciones que los estudiantes jamás hallan sostenido.

Luego, es necesario detenerse en lo que fue un primer antecedente directo de la lucha de 2011 del movimiento estudiantil universitario, el conflicto por la imposición del Crédito con Aval del Estado (CAE). A fines del año 2004, el gobierno de Ricardo Lagos anunciaba la solución para el déficit que arrastraba el

¹⁴³ Ibid, p. 201.

Fondo Solidario con Crédito Universitario, entregando su administración a los bancos, es decir, a las dinámicas de mercado.¹⁴⁴

La respuesta estudiantil no se hizo esperar, presentando un polo de politización mayor del que se había visto en protestas de carácter sectorial anteriores.

Fue, de hecho, esta serie de movilizaciones las que hacen transitar la crítica corporativa, en términos de mejoras a nivel de infraestructura, más y mejores becas, entre otras, hacia un cuestionamiento universal del sistema educacional de corte neoliberal. Y es interesante constatar aquello que, según Thielemann, “aparecen pequeños pero importantes brotes de politización de la lucha por el financiamiento universitario, proceso esquivo en la década anterior.”¹⁴⁵

Toda esta movilización, más allá del impacto relativo que haya podido tener, marca un precedente a nivel universitario que, junto con la movilización secundaria de 2001, cuestionarían directamente al modelo neoliberal implantado en educación. Claro que, todo esto, para la arena política institucional, está ocurriendo a un nivel casi invisible, en las alcantarillas de las calles, en donde el *hedor* se siente, pero sería solo una tarea de *tratamiento de aguas*.

A nivel institucional, se abogaba porque esta es una política pública de “unidad nacional”¹⁴⁶, en donde tanto políticos derechistas y concertacionistas, dieron apoyo mutuo y se estableció, nuevamente el *consenso*.

Como en épocas pasadas, este conflicto concluyó en una mesa negociadora, donde tanto la Confech, Confederación de Estudiantes de Chile, como el gobierno, discutieron algunos matices donde se le dio prioridad a los tres quintiles más pobres para tener una cobertura del 100% del arancel y la beca de alimentación (JUNAEB), siendo aprobado el CAE.¹⁴⁷

No obstante el fracaso de las protestas, como dijimos anteriormente marca un precedente en términos de cuestionamiento al sistema neoliberal. Un

¹⁴⁴ Ibid, p. 208

¹⁴⁵ Ibídem.

¹⁴⁶ Ibidem.

¹⁴⁷ Ibid, p. 209.

documento del movimiento SurDa caracteriza de forma sintética, pero con claridad qué era lo que comenzaba a cuestionarse:

“Nuestro gran desafío es pasar de la demanda económica a la demanda política. Los estudiantes de Chile, tenemos la obligación de cuestionar el modelo, el sistema de vida que se nos impone, el egoísmo, la injusticia, la explotación del hombre por el hombre (...) pasar del ahora al mañana, del yo al nosotros, pasar del “arancel diferenciado” a la Universidad Popular...”¹⁴⁸

Gran parte de ese modo de subjetivación que describíamos para la década de los años noventa, comienza a cuestionarse, ya no en canciones, ya no en la risa y el sarcasmo, sino que en las calles. Un actor social comienza a desplegarse. Aunque derrotado, es optimista. Sin derecho, pero afirmando su ciudadanía. Intentando traer de vuelta desde el mercado a la república, la universidad que le fue confiscada.

Del 2006 al 2011: Rebeldía y contrastes del neoliberalismo

En esta sección quisiéramos hacer una breve descripción de lo ocurrido por esos años, sin mayores detenciones en los hechos. Material para ese propósito se puede encontrar fácilmente en la web, especialmente en el Archivo del Movimiento Estudiantil¹⁴⁹. Nuestro propósito aquí es poder indagar en algunas cuestiones fundamentales que el M.E hizo aparecer, pudo visualizar en una década que ya no aguantaba más el silencio, la apatía y el simple acto de obedecer, de ahí que caracterizábamos la época como de aire optimista.

El año 2006 fue la primera vez que sostenidamente durante buena parte del año, miles de estudiantes organizados lucharon codo a codo, con el gobierno, la opinión pública, con la represión policial, y fundamentalmente, con el tiempo futuro. Con *su* tiempo futuro. ¿Cuántas veces se le ha amenazado al estudiante (sea secundario o universitario) con la “pérdida del año”?

¡No importa! Como diría el poema de Redolés¹⁵⁰, la movilización estaba *en marcha*, y es que este movimiento trajo de vuelta las marchas masivas sobre la Alameda en Santiago y luego, sobre las calles principales de las grandes ciudades

¹⁴⁸ SurDa-Estructura Universitaria, ¡Avanzamos! (volante impreso), septiembre de 2005. En Ibidem.

¹⁴⁹ Ver en: www.movimientoestudiantil.cl

¹⁵⁰ Ver en: <http://rockaxis.com/chile/articulos/redoles-versus-los-viejos-culiao>

de las regiones. Este movimiento secundario trajo de vuelta la lucha. *Supo* canalizar el malestar. La desigualdad, la denigración de la escuela marginal, la falsa meritocracia, por fin, las contradicciones del neoliberalismo chileno eran presentadas por los estudiantes del 2006 al grito de ¡No a la Loce!

Si bien, como en movilizaciones y protestas anteriores, el conflicto visibilizó problemas y demandas concretas como alza en el cobro de la Prueba de Selección Universitaria y por el anuncio de que el pase escolar podría ser utilizado sólo dos veces al día. Cuestión que al correr de los días se transformó en una demanda política que pondría bajo el foco de la crítica una de las últimas obras de la dictadura, la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza, donde guardaría uno de las principales pilares que la izquierda radical habría diagnosticado como bases del neoliberalismo en el área educación, es decir, el principio de subsidiariedad del Estado, que hemos comentado anteriormente.

Durante ese año, se contabilizaron marchas, paros y tomas de establecimientos educacionales a lo largo de las principales ciudades del país, cuestión que no se había visto en años. Es característico entonces de esta seguidilla de movilizaciones el hecho de que haya adquirido una dimensión nacional. Ya no solo en términos de demandas, sino en términos de organización y movilización.

Según Óscar Aguilera, investigador del Movimiento Estudiantil chileno, el 2006 surge “un nuevo tipo de estudiante”, que no se había constituido históricamente como actor estudiantil, que proviene de liceos periféricos, de colegios particulares subvencionados de la capital y de regiones. Además de desplegar una movilización basada en la solidaridad generacional que se generó a raíz de la represión, y la falta de respuesta de la Presidenta Bachelet a las demandas estudiantiles¹⁵¹.

Encontraríamos en la movilización del 2006, elementos que aparecen, que habrían estado en la escena, en el espacio público con anterioridad y esto se manifiesta en la poca capacidad que tuvo el gobierno para detener la movilización,

¹⁵¹ Entrevista a Óscar Aguilera visto en: <http://www.uchile.cl/noticias/121706/2006-2016-las-transformaciones-en-la-escena-educacional-chilena>

aun cuando, terminó haciendo fracasar y desgastar a los estudiantes. Como dice Claudia Borri, “La revolución pingüina puso en resalte otro aspecto del problema que permanecería como argumento futuro de reflexión: la clase política, en su conjunto, estaba dispuesta a conceder ajustes de carácter práctico, pero poco disponible a una revisión del sistema educativo en su totalidad.”¹⁵²

Lo que plantea Borri, es muy importante porque el M.E del 2006 es claramente uno de los primeros alzamientos de la sociedad (juvenil) tan sostenidos y con tanto contenido político enrostrado a aquella clase política. Un circunstancia en donde los representantes de la nación no reconocían a este nuevo actor social que emergía. Si ocupáramos los conceptos rancieranos, este momento es justamente, un momento de *política*; en donde los que no tenían voz afirman su condición y se hacen aparecer en la sociedad y presionan a la clase política para ser escuchados.

Finalmente, con los dirigentes estudiantiles de las organizaciones que representaban las vocerías del movimiento, en donde tras una negociación informaron al país que habrían llegado a un acuerdo en que un Consejo Asesor Presidencial elaboraría una propuesta para solucionar el conflicto educacional, cuestión revolucionaria para esta *democracia cartucha*, por tanto, se confió en las buenas intenciones de la instancia.

Sea como sea, con acierto y fracasos, demostró ser una movilización que convocaba a la ciudadanía, pero sobre todo, convocaba a la juventud. Aquella que en los años noventa no se comprendía a sí misma, donde el contexto y el condicionamiento político no daban las circunstancias para el *aparecer* de una fuerza, aunque coyuntural, conjunta y cohesionada; interclasista y de carácter nacional; con fuerza juvenil y paulatina igualdad de relevancia en términos de género.

El 2008 ocurrió también un ciclo de protestas, una suerte de 2006 *recargado*, porque lo que se enfrentaba en esta instancia era contra la crisis general de la educación, que devino en la lucha contra la derogación de la Loce.

¹⁵² Borri, Op. Cit, p. 8

No es que los estudiantes se hayan retractado en dos años de lo que lograron criticar antes, sino que los estudiantes comienzan a luchar contra el *gatopardismo*. Una reforma que transformaba la Loce en Ley General de la Educación (LGE). “La orientación de la LGE apunta a corregir la LOCE para terminar con la discriminación y garantizar la calidad de la enseñanza. Más aún, establece un nuevo marco regulatorio para la educación pública y privada, haciendo compatible la libertad de instrucción con el derecho de todos los chilenos a una formación de calidad”¹⁵³.

Un *gatopardismo* que sería la (penúltima) última instancia de ingenuidad de los dirigentes estudiantiles por compartir espacios y negociar bajo los términos que la autoridad impone.

Otra de las cuestiones fundamentales de este episodio es la unificación de escolar y universitarios en la lucha por contrarrestar la propuesta del gobierno, pero además, por la lucha por la educación a nivel generalizado.

La aprobación de la LGE, es la finalización de este proceso que termina con una imagen imborrable en quiénes lucharon por esos años. Las manos alzadas en el Palacio de la Moneda. La presidenta Bachelet con sus ministros se dispusieron en una junta televisada para todo el país, con los dirigentes estudiantiles de las organizaciones que representaban las vocerías del movimiento, en donde se toman las manos en señal de unidad¹⁵⁴. Queda para el registro histórico la otra instancia del *transigir* del M.E. Instancia caracterizada, o bien por un *engaño* frente a la ingenuidad y la falta de lectura política de los estudiantes; o por la falta de autonomía política de las organizaciones frente a las posturas y dinámicas que el gobierno mostró en el proceso. El *consenso* todavía gobernaba.

Fue una muestra de cómo el neoliberalismo puede disfrazarse fácilmente de progresismo e implementar una Ley que incluso, es más neoliberal aun que la Loce. La satisfacción parecía estar en que la diferencia radicaba en que esta Ley

¹⁵³ Visto en: <http://noticias.universia.cl/vida-universitaria/noticia/2008/06/21/308752/cronologia-movimiento-estudiantil-contralge.html> el 29 de Noviembre de 2017.

¹⁵⁴ Ver en: <https://www.youtube.com/watch?v=q0whKeesdCk> visto el 30 de Noviembre de 2017.

no estaba firmada por Pinochet¹⁵⁵, el imaginario político de los noventa se visualizaba entonces en aquella satisfacción.

Sin embargo, los estudiantes no perdonarían este *gatopardismo*, porque llegaría el año 2011 y con más fuerza que nunca irrumpiría en la sociedad un descontento que se canalizó en muchas demandas, profundas y de corte antineoliberal. Un movimiento estudiantil que aprendió de sus apariciones anteriores y que aun, en 2017, no ha encontrado respuesta en el orden, quedando abierta la herida visibilizada en la educación de mercado.

Sobre el 2011 hay una infinidad de artículos, documentales, y todo tipo de registros sobre la experiencia estudiantil de aquellos años. Pero lo que es importante mencionar al respecto es que, fue en a partir del 2011, cuando se hizo evidente que el M.E. se transformó en un movimiento social. Capaz de articular sus demandas en base a sus propias investigaciones; creando sus propias organizaciones; con diferentes perspectivas políticas (desde la izquierda hasta los anarquismos), en donde destaca una crítica ya mucho más elaborada al rol del Estado y del Mercado como reguladores tanto de la vida social como de la distribución económica; el surgimiento de líderes que son reconocidos por la *mentalidad televisiva*, pero que sin embargo, irrumpen con la crítica y generan incomodidad en los grupos conservadores y en el general de las personas que no son muy ávidas a los cuestionamientos y cambios.

El 2011 inicia entonces un momento político interesante porque a partir de allí, todos los años, sin excepción, ha existido en el debate público y en términos de organización el M.E. como actor social de relevancia, dado que es capaz de sostener un discurso político crítico que no puede ser asumido por los gobiernos y coaliciones de los representantes de la clase política.

El gobierno de Michelle Bachelet (2014 – 2018) es la fiel representación de que los intereses del M.E. no están representados ni si quiera por el ala “progresista” de la política hasta ese entonces.

¹⁵⁵ Luis Thielemann, conferencia en Universidad de Valparaíso, 2015. Ver en: <https://www.youtube.com/watch?v=dtQ6-7Hut7k>

El M.E. supo canalizar el “malestar” propio de un país que ha sido subsumido al mercado en su lucha por la educación. Está claro que no todo “malestar” tiene relación con la educación y con el cuestionamiento radical al proyecto de sociedad neoliberal. Sin embargo, no ha surgido ningún otro actor que pueda proponer una alternativa a las críticas que ha levantado el M.E. y sus organizaciones a fines.

No solo eso. El M.E. aprendió de sí mismo. Pero solo depende de *el* que este aprendizaje se siga profundizando y se sostenga en el tiempo. Tarea difícil, sobre todo ahora que sus intereses han devenido en el Frente Amplio que quiere disputar el poder en la arena institucional, en la democracia formal.

¿Qué aprendió el M.E.? Dos cosas fundamentalmente¹⁵⁶:

Lo primero, tiene que ver con la autonomía. El movimiento estudiantil aprendió a luchar con autonomía. Hubo un aprendizaje en torno al trabajo y la lucha política desde el punto de vista de la autonomía de los partidos de la transición, del *consenso*. Aprendió a no ser cooptado, a no ser arrastrado por las lógicas y dinámicas de la tecnocracia. A no conformarse con la medida de lo posible y el horizonte de posibilidad construido por el Chile del *consenso*.

El segundo aprendizaje tiene que ver con darse cuenta que la verdadera fuerza del movimiento estudiantil, radica en sí mismo. Esto quiere decir, que la amplitud de posibilidades, la fuerza y cohesión con la cual luchar está en sus colectivos, en sus movimientos, en sus organizaciones culturales, en sus orgánicas intelectuales, está en la construcción de su propio conocimiento.

La lucha continúa cada día, porque el M.E. no ha vencido, solo ha irrumpido. Pero su irrupción fue tan potente que hay algunos logros perpetuados, codificados que solo han sido posibles por la organización, constancia y *aguante*, del M.E.

En ese sentido, recordar que hoy son logros del M.E. las becas de alimentación de los estudiantes (Beca Junaeb); la creación del arancel de referencia, que permite comparar y transparentar la diferencia de aranceles entre las universidades; y la más importante en términos de organización, la derogación del artículo DFL2, que mantenía la posibilidad de prohibir las organizaciones

¹⁵⁶ Ibidem.

estudiantiles en las instituciones educativas de carácter privado. Vale decir, un logro que permite que la mayoría de los estudiantes de Chile, ahora puedan tener la posibilidad de tener sus federaciones, centros de estudiantes, entre otras orgánicas que, por supuesto, pueden ser un instrumento para la lucha y movilización.

Reflexiones en torno al Movimiento Estudiantil

Es necesario poner sobre la mesa algunas temáticas que vienen de una reflexión en torno al M.E. como emergencia de una subjetividad construida en el Chile neoliberal.

Una de las temáticas a instalar es la idea de dejar en claro quién supuestamente es este sujeto *afectado*, este sujeto no tomado en consideración. Recordemos, ¿Cuál era el *slogan* del movimiento estudiantil? Educación, pública, gratuita y de calidad. Sin embargo, no hemos olvidado las primeras demandas: No al lucro; PSU gratuita y TNE (tarjeta nacional estudiantil, que permite tener una tarifa especial para el transporte público).

Esto puede ser leído –y ha sido leído- de diversas maneras. Por ejemplo, hay quienes creen que detrás de estas demandas hay una posibilidad de articulación de un movimiento por la educación. Otros creen que hay una posibilidad de hacer daño a un sistema subsidiario y neoliberal. También, sin embargo, hay otros que creen que estos son disparates de niños y niñas que no quieren estudiar y que creen –porque están en democracia- que ahora pueden hacer lo que quieran. Si bien esto último se escucha cada vez menos, en el año 2006, cuando la cultura traumatizada post dictadura aun era muy común en la esfera pública, no era extraño escucharlo.

Hay una lectura bien interesante a partir de lo que se empezó a formar por aquellos años con respecto a las organizaciones estudiantiles y a la situación material, tanto económica como social y política, de esa parte de la población.

Habría una parte de la sociedad, deseosa de ser escuchada, de ser visibilizada, de ser contada.

Aquí como primer momento, queremos tomar la categoría de *subalternidad*, es decir, que llamaremos a esos sujetos como *subalternos*. Según Massimo Modonesi, historiador y sociólogo, este concepto de origen gramsciano, se vincula a un tipo de relación entre la dominación –entendámosla por ahora, como una relación hegemónica- y estos sujetos que cuentan con elementos distintivos: pluralidad, disgregación, carácter episódico de su actuar, débil tendencia hacia la unificación.¹⁵⁷ El concepto de *subalterno* permite centrar la atención en los aspectos subjetivos de la subordinación en un contexto de hegemonía: la experiencia subalterna, es decir, en la incorporación y aceptación relativa de la relación de mando-obediencia y, al mismo tiempo, su contraparte de resistencia y de negociación permanente.¹⁵⁸

Este concepto es muy interesante para tomar al sujeto que es parte de este movimiento, que por diferentes razones se siente parte de un grupo, cuyas condiciones materiales (económicas, sociales y políticas) se ven subvertidas por un orden que –hasta ese momento- no admitía una presencia soberana. Con lo anterior, no se quiere transmitir la idea de que haya verdaderamente una presencia soberana, sin embargo, luego de estas manifestaciones por largos años, además de la organización autónoma de los partidos de la transición, han logrado construir una categoría política que efectivamente es visibilizada por el orden y que está en constante disputa. Para Rancière quizás, han formado una organización que ya es parte de lo que él llama *Policía*¹⁵⁹. Lo importante acá es tomar en cuenta el hecho de que en primer lugar, estos sujetos no son contados en el orden de la política institucional, pero si son visibilizados como sujetos que afirman un cierto conflicto; segundo, están en condiciones de dominación; y

¹⁵⁷ Modonesi, Massimo, en: <https://kmarx.wordpress.com/2014/05/18/el-concepto-de-subalternidad-en-gramsci/>

¹⁵⁸ Ibidem

¹⁵⁹ Jacques Rancière, *Política, identificación y subjetivación*, en Benjamín Ardíti (ed.) *El reverso de la diferencia*, Ed. Nueva Sociedad, Caracas, 2000. P. 145.

tercero, quieren ser escuchados, quieren ser parte de las decisiones, por lo tanto, hay una evidente resistencia a la inercia de la administración de la política.

Ahora bien, de pronto hay una necesidad de explicar que este sujeto tiene un vínculo, aparentemente inmanente, al Estado. Los estudiantes, al demandar educación pública o la PSU gratuita o bien, un “no al lucro”, están ligados completamente a una idea de “sujeto de derechos”¹⁶⁰. Esto quiere decir que, desde un inicio, esta lucha se disputa al alero del Estado. Es al Estado a quién demandan que resguarde su derecho. Pero no solo eso, es al Estado a quién se pide ser escuchado, ser considerado. Esto va a brindar una característica especial en este proceso de subjetivación, ya que, no se entiende en el imaginario y en la acción, en su mirada trascendental, a este sujeto por fuera de los marcos del Estado.

Lo anterior es muy importante señalarlo, porque además de apelar al Estado, su carácter de subalterno está dado, en buena medida, por su relación con el Estado y las consecuencias que este mismo ha brindado para el desarrollo de la vida de este sujeto. De ahí que es interesante relacionarlo con la historia reciente del país. Las instituciones, sobre todo las que están ligadas al sistema educacional están, desde su concepción economicista, ligadas al sistema neoliberal implementado en Chile. Aunque parezca repetitivo, tenemos que hacer una vuelta –nuevamente a la historia. Porque de otra forma, no se puede caracterizar a este sujeto emergente.

Remitiéndose a nuestra historia política, en el momento en que los militares ya tenían el poder del país, luego del Golpe de Estado de 1973, Mario Sobarzo, filósofo chileno, plantea lo siguiente:

“La necesidad de refundación del sistema político y la renovación moral necesitaban la conversión de los tradicionales medios reintervención maquiavélicos: comunicación, espacio público, derecho y educación. La conciencia de la necesidad de intervenir en los núcleos determinantes de los vínculos entre sociedad y política marcarían la obsesión de esos años”¹⁶¹.

¹⁶⁰ Cristancho, J. G. *Los conceptos sujeto y subjetivación política*.

Propedéutica para una reflexión, 2012, en <https://www.researchgate.net/publication/265050966>

¹⁶¹ Sobarzo, Op. Cit, p. 176

Considerando lo anterior, en donde hubo una intervención política deliberada por parte de quienes tenían el poder, el problema se hace mucho más profundo y complejo si dimensionamos el ordenamiento social en las distintas dinámicas que vive la población. Pues, las condiciones en las cuales las personas trabajan, son educadas, el miedo ejercido por medios de comunicación y por un pasado siniestro, hacen aun mucho más oscuro el panorama para una transformación del curso de las cosas. Esto quiere decir que la forma, en la cual los subalternos pueden “ejercer” su derecho, además, va a estar condicionada por esta forma de sujeción hacia el aparato estatal.

La escuela, en un sentido amplio, representa un lugar de aprendizaje espacial y temporal muy significativo para la vida de las nuevas personas que se integran a la sociedad. Es por esto que, además de entregar conocimientos y desarrollar habilidades, la escuela es un espacio donde se enseña a “convivir.” Es aquí donde entra el campo de los tan ambiguos y, muchas veces falto de sentidos, “valores” que supuestamente se entregan en las instituciones educativas.

Siguiendo a Sobarzo, quién trae a Foucault a su propuesta señala que es en la educación donde se centra un polo fundamental de la Biopolítica, en el cuál, la vida es controlada y manipulada desde este tipo instituciones:

“Uno de los polos, al parecer el primero en formarse, fue centrado en el cuerpo como máquina: su educación, el aumento de sus aptitudes, el arrancamiento de sus fuerzas, el crecimiento paralelo de su utilidad y su docilidad, su integración en sistemas de control eficaces y económicos, todo ello quedó asegurado por procedimientos de poder característicos de las disciplinas: anatomopolítica del cuerpo humano”¹⁶².

De cierta forma, la escuela brinda las herramientas para poder desenvolverse en el mundo “real”, el del trabajo, fuera del hogar, dónde existe un ambiente hostil para quién no esta preparado. Sin embargo, esas herramientas pueden ser interpretadas como parte de un proceso de disciplinamiento social. Es cosa de analizar qué es lo que hace la educación desde que ingresan los niños y niñas al sistema hasta que egresan de la educación media, pues, opciones las hay varias: Trabajan como técnicos de nivel medio, entrando directamente al sistema económico del país –mano de obra, no de la mejor remunerada específicamente-;

¹⁶² Foucault M, *Historia de la sexualidad*, tomo I, Ed. Siglo XXI, México, 1998, p. 83

o pueden seguir estudiando carreras técnicas de nivel superior, con el objetivo de obtener mayores conocimientos para desenvolverse en un área que será mejor remunerada; O bien, entrar al sistema de educación superior a nivel universitario que brinda la oportunidad de ser reconocido como “profesional”.

Para esto, tiene que existir un disciplinamiento tanto para aprender bajo un sistema pedagógico –que no ahondaremos lo negativo, competitivo y neurótico que es para el desarrollo de las personas- y para respetar reglas y a las autoridades. Lo que no está del todo asumido es que, bajo el sueño de la movilización o promoción social que brindaría la educación, viene superpuesto un endeudamiento que mantendrá la necesidad de trabajar para pagar deudas personales, además de las de los propios estudios. Y es que, como afirma el mismo Sobarzo:

“Las principales reformas en dictadura en esta área fueron: desestatización de la Educación Pública ;(...) rebaja del aporte estatal a la Universidades, buscando el autofinanciamiento con aportes de los estudiantes vía aranceles; creación de universidades privadas y la promulgación de la LOCE. Estas medidas han tenido una incidencia tremendamente negativa en la educación chilena, que la han llevado a un nivel de segmentación territorial, social, cultural y político, generando ciudadanos de diferentes clases, que acceden a distintos niveles de representación política, siendo el grupo de los jóvenes de clases bajas los más afectados”¹⁶³.

Existe relevancia en como la dictadura se instaló en el sentido común el esfuerzo, el mérito, como principal fuerza que promueve la educación individual. Ya que, es el esfuerzo personal el que brinda el motor para no endeudarse más de la cuenta, para pasar rápido por las instituciones educacionales, promoviendo un objetivo único: el calificarse y dotarse de habilidades para entrar al mercado laboral como capital humano¹⁶⁴. Al cambiar drásticamente la concepción de la educación como derecho social a un problema individual e individualizante, se pierde principalmente el área de lo común, de lo social, por tanto, de lo político. Esta es, en buena medida, una de las dimensiones que privilegian la despolitización y la poca participación, ya sea por condiciones materiales, es decir, el endeudamiento, o por influencia hegemónica: la meritocracia. Ésta última, tiene

¹⁶³ Sobarzo, Op. Cit, p. 19

¹⁶⁴ Harald Beyer, *Productividad, desigualdad y capital humano: Los complejos desafíos de Chile*, En: Revista *Estudios Públicos* N° 97, CEP, Santiago, Chile, 2005

un carácter sustantivo para nuestro análisis, puesto que reproduce en diversas instituciones y en las relaciones sociales esta idea, privilegiando un esquema de vida individualista o, en el mejor de los casos, considerando núcleos cercanos, dejando a la deriva las intenciones sociales.

De esta manera, esto representa uno de los grandes obstáculos que el M.E. ha sabido manejar, puesto que independiente de la cantidad de movilizaciones y de convocatoria que hayan tenido los estudiantes, todos los años, sin excepción, tras el 2011 ha habido movilizaciones y mucha participación en términos de construcción política y visibilización de los conflictos de la educación neoliberal.

Volviendo a la idea de sujeto, lo anterior es de suma importancia, ya que, pese a lo descrito sobre el proceso histórico que se dio en Chile a partir de la dictadura, este sujeto altamente ligado al Estado-Mercado, apela al Estado, pero ahora, volviendo a la idea de derecho social. En este sentido, tenemos un sujeto, que ha pasado por un proceso histórico de subjetivación ligado al disciplinamiento, a la meritocracia y a la individualidad, pero que, sin embargo, pareciera ser que detrás de esta demanda por educación pública y gratuita, hay una idea de cambio, hay una resistencia a ese tipo de subjetividad. Empero, ¿Será esta subjetividad que se resiste al sentido común, individualizante y competitivo, capaz de entrar de ese círculo encerrado de la política institucional, donde aparentemente solo se manifiesta como un medidor de fuerzas, un eterno “gallito”?

Ahora bien, acá es necesario hacer una pausa y presentar una perspectiva que si bien ya le hemos hecho algún guiño, no ha sido sincerada del todo. Y es que, el movimiento estudiantil, en tanto movimiento que reúne sujetos subalternos –relacionado a materias educacionales que se manifiestan en su vida cotidiana– guarda una postura y una conceptualidad de lo político relacionado a una visión hegemónica. Aquí se entrecruzan varias cosas, entre ellas: el carácter de movimiento social; lo que significa; quiénes son parte; su producción política, sus demandas, sus significantes, etc. También se establecen organizaciones en base

a la representación, de ahí que esto comienza asumir un carácter hegemónico (contra hegemónico, para ser precisos).

Y es que, el M.E. se visibiliza de cierta forma, de cierta manera se muestra, expresa y puede ser leído, codificado, para el orden. Es en este sentido, que planteamos que el M.E., de forma general, se muestra como un conjunto de sujetos con algunos atributos, que comprenden la política de manera hegemónica. Lo que, por supuesto, arrastra algunos conflictos. Por lo mismo, es necesario poner sobre la mesa esta dinámica incómoda que existe en lo que el movimiento estudiantil es, entre la heterogeneidad de los sujetos, sus diversas praxis y, con como ha sido y es visualizado por el orden.

Una cuestión que surge a la vista es que justamente, el movimiento estudiantil es tratado como movimiento social. Esto tiene algunas implicancias que son necesarias mencionar. En primer lugar, el hecho de ser considerado como movimiento social, lo sitúa en una esfera en la cual se le adjudican características que han sido visibles y articuladas. Entonces, se dice que los movimientos sociales tienen una lógica de acción colectiva, que se orienta a ciertos fines específicos y que son conflictivos –en este caso, el conflicto educacional en su conjunto. También, se dice que los movimientos sociales tienen fuertes creencias que se integran simbólicamente. En el caso del movimiento estudiantil, esto es bastante visible. Si hacemos el ejercicio de analizar, por ejemplo, la estética del movimiento –comandado por la Confech- desde el 2011 hasta la fecha, podremos visualizar una continuidad en la forma en cómo se muestra la lucha por la transformación de la educación. Este es uno de los muchos ejemplos, en donde, la organización comanda una serie de movimientos y de apariciones públicas – siempre de la mano de un juego mediático- en donde se representa la lucha estudiantil, siempre en relación, a un vínculo entre la propia organización del movimiento social con una posible construcción de solución con el Estado, con el orden. Luego, otra de las características que se les atribuyen a los movimientos sociales es la constante búsqueda de apoyos y solidaridad de otros grupos y entes sociales. Aquí hay muchos ejemplos, y que en general se relacionan con cuestiones que son muy populares y brindan la posibilidad de construir un sentido

común ligado a la idea de lucha y conflicto. De ahí que, como mencionamos tiene que ver con la idea contra hegemónica. Un ejemplo de esto, entre muchos que derivan de ésta lógica, fue cuando Claudio Palma, el relator y comentarista más popular del fútbol televisivo del último tiempo, hace una manifestación mediante un video bastante emotivo, instando a los estudiantes y al pueblo chileno a marchar por una educación diferente, por un derecho usurpado¹⁶⁵.

Por último, dentro de un marco sintético de características, se puede decir que los movimientos sociales, como el caso del movimiento estudiantil, tiene poca estructura organizativa, una cierta informalidad para organizarse. Aquí, hay un tema complejo. ¿Para quién es informal? ¿Para quién no tiene uniformidad organizativa? La cuestión de la organización es clave para poder ir develando el sujeto que se mueve en estos parámetros simbólicos. Porque es imposible decir que el movimiento estudiantil tiene solo una estructura organizativa. Si bien, hay organizaciones propias del campo estudiantil como el Confech, Ases, Cones, etc. éstas no *son él* M.E. Son organizaciones de representación de estudiantes que elaboran ciertos objetivos y maniobras políticas, pero que no por ello, podríamos decir que conforman *la organización* del movimiento en sí mismo. De hecho, a varios grupos, varias “identidades” que más que seguir una política como la que sigue el Confech, más bien siguen cuestiones de orden simbólica, o bien, otra forma de hacer aparecer la política. Porque, y aquí entra el tema de fondo, el movimiento estudiantil visibiliza una contradicción, una desigualdad tanto en el derecho (orden) a educarse, como en la capacidad de ser escuchado y contado para la toma de decisiones (soberanía).

En este sentido, estas son cuestiones de relevancia porque nos van a brindar un piso mínimo en donde establecer los movimientos y la posibilidad de previsualizar límites en la capacidad de transformación que podría tener el M.E. Recordemos que nos referimos a esta capacidad de transformación, desde una visión crítica o escéptica, porque tras ya más de 11 años de movilización, el daño

¹⁶⁵ Ver en: https://www.youtube.com/watch?v=bT5U_AxbI4A

que se acusa no se ha configurado en el orden, es decir, nada de lo que ha propulsado el M.E., en términos estructurales, ha sido asumido en el derecho.

¿Por qué se quiere asumir esta problemática con el orden o con el derecho? Pues bien, acá surgen problemas de fondo para la comprensión de la política y lo que surge a partir del M.E. Si entendemos que el Estado, es una entidad que articula una doble dimensión, es decir, es el articulador de las leyes, que en sí *debiesen* ser la representación de la sociedad, es a la vez, el instrumento que obliga a la sociedad a someterse a esas leyes, a esas “representaciones”.

Entonces, comprendiendo lo anterior, nos involucramos en un problema crucial para el M.E. *A priori* hay dos cuestiones muy interesantes de relevar: en primer lugar, aquello relacionado con la historia de la articulación de estas leyes (supuestamente entendidas como la realidad social puesta en ley), que aquí ya no solamente tiene que ver la administración en tiempos de dictadura, sino el conjunto de las formas de representar cierta realidad desde la transición en adelante. Y en segundo lugar, y ligado completamente, el tema de la representación de aquella realidad. Aquí surge la pregunta por el *quiénes*, en *dónde* y *cuándo*. Quiénes son contados, quiénes son considerados, quiénes son representados; ¿Dónde son visibilizados?, ¿En el congreso? ¿En las calles? ¿En la población? ¿En las comunidades de inmigrantes? ¿En las comunidades de algún pueblo originario?; ¿Cuándo son considerados?, ¿En tiempos de protesta? ¿Cuándo los medios cubren su visibilidad? ¿O en las mesas de “diálogo” con intendentes y el gobierno?

Insistimos en este tipo de preguntas porque hay una relación entre la posibilidad de ser visible, contado y representado por el orden y lo que está fuera de este. En este sentido, por ejemplo, hablando del M.E. mismo, ¿quiénes son visibilizados y contados? La Confech, la Ases y la Cones. ¿O acaso lo que piensa y hace la escuela popular es considerada, por ejemplo?, ¿Es considerado el colectivo activista que agita a las “bases” en universidades privadas del acceso a esta organizaciones?, en este sentido aquí hay una “parte” que se “toma” la representación de un *algo* mucho mayor que no tiene uniformidad, que no tiene tanta delimitación, etc. Pues bien, ¿Dónde se representan? ¿En las calles? No,

porque justamente, ese es uno de los espacios del movimiento estudiantil en su conjunto. Allí, en el momento de la marcha, no hay espacio de privilegiados – exceptuando las dirigencias que siempre van a la cabeza y al finalizar dan sus discursos. Es donde se visibiliza la masa humana, sus heterogeneidades, sus formas de protesta (o de visibilización de un descontento). Ellos –en general, los dirigentes- se representan en los medios de comunicación, por sus posibilidades de acceso, en las mesas de diálogo con el gobierno, y últimamente, por ciertos diputados en el congreso. Sin embargo, el punto crucial sigue siendo que estas entidades y organizaciones que tienen la posibilidad de ser contados –aunque en estricto rigor, solo eso, porque capacidad de incidencia no parece ser un elemento a considerar- se resguardan bajo el principio de representación de una parte excluida de la política del orden dominante. Lo que hace de esto una cuestión más desalentadora aun, es la pregunta por el cuándo. Porque ante este “privilegio” que brinda la toma de representación por parte de estas organizaciones, lo que lo hace más burdo aun, es que no siempre tienen ese acceso. De hecho, es solamente en momentos de protesta sostenida cuando la sociedad, que se mide en términos del espectáculo –encuestas, opiniones en noticiarios, etc.-, da cuenta de la existencia y necesidad de escucha de los “representantes” del movimiento. Porque, si bien, los representantes, o sus intelectuales, frecuentemente tienen acceso a los medios televisivos, de radios, o los periódicos –incluso los más conservadores-, esta es una disposición completamente integrada a lo que Rancière llama la *policía*, es decir, ese espacio de dominación en un orden que puede ser visibilizado, y por ende, controlado o manejado, hasta cierto punto. En ese sentido, esta visibilización de un conflicto, comienza a hacerse estéril, deja de importar. Es como si pasara a ser uno más de un *show* mediático de cartas al director, columnas o reportajes, cual revista el *Sábado*. Queda integrado a la lógica del orden pareciera más bien, que el sustantivo es *atrapado*.

Lo interesante es que a partir de poner en cuestionamiento este tipo de interrogantes, como por ejemplo, la incidencia y visibilidad del ámbito de la representación en la política, en el conflicto entre el orden y lo irrepresentable – sin

embargo, presente-, es cuando podemos acceder a la pregunta por los fundamentos de la democracia, la soberanía popular, el sujeto político (y también el sujeto histórico), finalmente, podemos reflexionar acerca del proyecto de la modernidad.

Ya que llegamos a una cierta profundidad del asunto, es hora de poner en cuestión el emblema¹⁶⁶ esencial derivado del *consenso*, de la transición. El emblema que no solo remite a Chile, sino al mundo occidental en su conjunto, vale decir, el régimen de la democracia.

Alain Badiou, a partir de un análisis del llamado “el emblema democrático”, pretende poner en tela de juicio o al menos, visibilizar que hay algunos asuntos que no están siendo atendidos con el peso que debiesen tener. Y es que, en su análisis del sujeto, él o ella, aquél actor de la vida cotidiana, tiene cierta concepción del tiempo que es un factor fundamental para poder entender el comportamiento y los horizontes que puede tener un sujeto de la democracia. Además, y en correlación con lo anterior, este sujeto tiene ciertas características inherentes, que van a tener consecuencias claras en su dimensión política y ética.

En realidad, su análisis pone en evidencia como se construye el sujeto de la democracia, como se desarrolla, y hace especial énfasis en los jóvenes. De ahí que es muy pertinente para contraponerlo con el M.E. dado el rango etario.

Badiou establece una relación entre la democracia y el sistema económico, en tanto que ciudadanía muchas veces se mimetiza con el concepto de consumidor. Una relación muy similar a la que en el año 1997 ya anticipaba Moulian con el nombre de *Ciudadano Credit Card*, un individuo que tiene a su alcance el crédito para consumir. Esa posibilidad entonces, le brinda las condiciones para poder establecer la construcción del yo en base a lo que se consume, por tanto, una forma de construirse en base a lo accesorio, a lo que se muestra, al aparentar.

Y si bien, esto no tiene tanta relación con los estudiantes porque más que nada se apunta a aquellos ciudadanos que ya son parte de la población económicamente activa, si consideramos las nuevas tecnologías y las maneras de

¹⁶⁶ Alan Badiou, *El emblema democrático*, en Giorgio Agamben, *Democracia, ¿En qué Estado?*, Ed. Prometeo, Buenos Aires, 2010.

comunicación que se están desarrollando en el siglo XXI, bien podría tener correlación.

Las nuevas tecnologías que la juventud ocupa para comunicarse y para sociabilizar, vale decir, las redes sociales, permite un tipo de socialización diferente; su uso esta mediado en muy buena medida por la producción del yo, y esto a su vez está íntimamente ligado al funcionamiento productivo del sistema económico. Se necesita el celular, la buena cámara, un plan de internet, a la vez que, constantemente se van renovando las tecnologías y van *apareciendo* nuevas necesidades y deseos. En ese sentido, se configurando una lógica muy curiosa tipo *self made man virtual*.

¿Por qué entonces esto sería un problema en la democracia? El problema radica en que al desarrollarse un tipo de sociabilidad en base al ego, se transforma en la mayor preocupación de los sujetos, de ahí que los paradigmas de lo común, los planes de un mejor futuro colectivo, parecen no ser parte de los planes de acción de la juventud. Además el ritmo de ese tipo de sociabilidad y de producción del yo virtual, se relaciona terroríficamente con el ritmo de producción del tecnocapitalismo. Por lo mismo, la inmediatez, como tiempo puesto en movimiento permanente genera una eterna producción a partir de cada individuo/aparato, y esto no es una cuestión consciente, pasa muchas veces desapercibido, incluso en las organizaciones políticas como el M.E.

En un artículo reciente¹⁶⁷, el mismo Badiou plantea que existen dos tipos de juventud en el mundo occidental. El primero –que fue tratado por Badiou en el texto de Agamben- tiene que ver con una juventud que no es capaz de organizar ni dar ningún tipo de disciplina al tiempo. Una juventud sin valores claros, sin un rumbo. Lo describe con estas palabras:

“El hombre democrático sólo vive en el presente, dictando leyes sobre los deseos que surgen. Hoy, prepara una comida bien grasosa, mañana, por la influencia de Buda, el ayuno ascético. Agua limpia y desarrollo sostenible. El lunes, se vuelve a poner en forma pedaleando durante dos horas en una bicicleta inmóvil, el martes, duerme todo el día y luego fuma y va de fiesta. El miércoles, dice que va a leer filosofía, pero al final prefiere no hacer nada. El jueves, se apasiona por la política durante el almuerzo, salta de la rabia por la opinión de su vecino y denuncia con el mismo entusiasmo furioso la sociedad

¹⁶⁷ Visto en: <http://ctxt.es/es/20171018/Firmas/15651/Alain-Badiou-juventud-alternativa-falsa-vida-Gabriel-Moreno-Gonzalez.htm> el 1 de diciembre de 2017.

consumista y la sociedad del espectáculo. Por la noche, va al cine a ver una gran película medieval de guerra. Va a la cama soñando que participa en la liberación de los pueblos esclavizados. Al día siguiente va a trabajar con resaca, e intenta, sin éxito, seducir a la secretaria de al lado. ¡Ya está decidido, se va a meter en los negocios! ¡Las ganancias inmobiliarias para él! Pero lo del fin de semana, lo de la crisis, todo eso se verá la semana siguiente. ¡Ésta es una vida, en todo caso! Ni orden, ni ideas, pero puede decirse agradable, feliz, y sobre todo tan libre como insignificante. Pagar el precio de la libertad con la insignificancia no es caro.¹⁶⁸

No creemos que se pueda homologar tan estrictamente esta “vida” que relata Badiou, sin embargo, hay varias cosas interesantes que se podrían relacionar con la juventud actual. El tema del tiempo como indisciplina y la insignificancia, la de pasar por la vida sin ningún tipo de trascendencia puede ser bastante reconocido. Evidentemente, el M.E. y su juventud, no esto. De ahí que brinda un cierto optimismo el pensar que aun cuando todo se muestra direccionado hacia ese rumbo, aquí se genera una cierta resistencia a esa forma de concebir la vida.

El segundo tipo de juventud, sería parecido a esta descripción:

“El deseo de planificar la vida haciendo tabula rasa, precipitada, del futuro; la búsqueda incesante de la estabilidad y el prestigio social, del éxito y la tranquilidad de un matrimonio, una casa, un coche y un perrito. El materialismo aquí giraría en torno al solipsismo del reconocimiento en sociedad y de la asunción de la pasividad y complacencia necesarias para escalar en la pirámide del prestigio y el sosiego.¹⁶⁹

Otra forma, ahora contrariada en términos de planificación a la anterior, pero que persiste en un tipo de vida con poca sustancia, muy materialista y quizás, una vida estandarizada según los estereotipos que se promueven desde la industria de productos diversos; una forma de enfrentar el *¿qué dirán?* propiamente chileno.

En ese sentido, como plantea Badiou, esta forma de vida, sería un producto de la democracia. Una consecuencia del régimen de la libertad insignificante; del consumismo y materialismo como estructuras de la configuración de la individualidad.

De esta manera, actores como el M.E. son claves para poder configurar una resistencia ante este tipo de vida, pues, la existencia colectiva con prácticas que

¹⁶⁸ Badiou, Op. Cit, p. 20 - 21

¹⁶⁹ Moreno, Op. Cit. <http://ctxt.es/es...>

no se reflejen con esa *falsa vida*, puede ser un camino ante este modelo democrático consumista y el pesimismo.

Creemos importante haber mostrado esta caracterización porque de alguna forma, más allá de los logros y derrotas que haya podido efectuar el M.E.; incluso, más allá de los líderes, colectivos, movimientos, partidos y plataformas electorales que hayan surgido a partir del M.E., este fenómeno constituye resistencia y esperanza, porque es la juventud la que se rebela contra ese tipo de *falso* y materialista. Es cierto que el *slogan* del M.E. es “educación pública, gratuita y de calidad”, a su vez también es verdad que esa educación es para un sujeto en particular; sin embargo, el M.E. arrastra toda una serie de cuestionamientos que incluso, van más allá de la idea de “derecho social”, en donde la sociedad (por tanto, el común) se hace responsable de la educación de sus propios niños y jóvenes; dichos cuestionamientos tienen que ver con una forma distinta de organizar sus comunidades, sus identidades; la configuración de un lenguaje – aunque muy precario- distinto; la organización de la vida misma, del tiempo, contrariando lo que el sentido común dicta, entre varias otras formas de resistir la sociedad del espectáculo y la *falsa vida*.

Es obvio que lo que se ha señalado no es tan visible porque este tipo de cuestiones están arrinconadas de la sociedad que aparece en los medios hegemónicos y en la televisión. Sin embargo, de ahí la importancia de saber ocupar las herramientas que la tecnología, mas no necesariamente el capitalismo, puede brindar. En la actualidad existen muchísimos colectivos artísticos, políticos, musicales, en fin, un sinnúmero de agrupaciones culturales que permanentemente crean una cultura de resistencia, una cultura *diferente*. Y si bien, puede esto no ser considerado algo “revolucionario”, porque no necesariamente genera *emergencia* o *acontecimiento*, si lo puede ser con el transcurrir del tiempo. Hay mucha gente, entre ellos muchas personas participantes de M.E. por dar un ejemplo, que están siendo parte de esa canalización del pesimismo propio de una época de falta de pensamiento, que están creando, desde la subalternidad, desde los no-contados, una vida diferente posible.

VII. Conclusiones y Proyecciones

Es complejo hacer una conclusión de un proceso que no ha concluido. Más bien, lo que se puede hacer es una especie de síntesis de algunas reflexiones importantes en torno a la existencia histórica y contingente del M.E. Y es que, el proceso no ha concluido solamente porque el derecho a la educación no ha sido garantizado como derecho social; tampoco porque se haya regulado o no el lucro en educación; menos aun por la camaleónica gratuidad que nos deja el gobierno de Michelle Bachelet, ese mismo que usó las demandas de los estudiantes para acceder a un masivo apoyo de la ciudadanía en la elección; sino que el proceso no concluye porque el fenómeno histórico del M.E. no se reduce actualmente -a lo que en cierto momento de la investigación llamamos- a la Reforma, para nada.

El M.E. es mucho más que una serie de demandas articuladas en un *slogan*, junto a las manifestaciones en la calles. Eso en buena medida se ha ido demostrando con el paso del tiempo y los recambios generacionales, pero sobre todo, eso ha ido transformándose en un cambio cultural que avanza por debajo. También por las redes sociales, pero camina por lugares en donde no siempre los puede visibilizar el orden; en donde el discurso hegemónico no siempre alcanza a construirle una imagen, por tanto, está por fuera de la vigilancia mediática y el rigor esquizofrénico del ciudadano-consumidor. Es importante que se mantenga ahí, fuera de la vigilancia y el control, porque en cierto sentido, son esos espacios, lugares y esos tiempos, los que permiten la reflexión social que hablaba Giannini, y por cierto, la creación.

En ese sentido, queremos plantear algunas cuestiones que nos parecen relevantes en términos de síntesis y de alguna forma, preguntándose por el futuro, por cierta proyección.

En primer lugar, creemos importante relevar el rol histórico de la juventud y en especial de los estudiantes en la construcción de una idea de sociedad durante la historia del Estado chileno. Independiente de las concepciones de la educación, de la ciudadanía, y sobre todo, del tiempo histórico en que se haya observado, el M.E. o en su defecto, los *estudiantes*, siempre han tenido un rol crucial relativo a

la resistencia ante la imposición, por parte de oligarquías o dictaduras, de diversos modelos de sociedad que no representan un sentir común y que no han sido consensuados de manera deliberada por la sociedad. De alguna forma, los estudiantes han tenido instancias en donde han podido crear los espacios y tiempos para cuestionarse circunstancias y contextos que, en consideración con nuestra historia, se le han escapado a su control, pero que siempre han estado presentes. Dicha presencia, no siempre han sido representadas en un tipo de manifestación similar en el tiempo. Hay tiempos de marchas, hay momentos de clandestinidad, como también hubo momentos de armas de fuego y, otros, de armas poéticas. Con aciertos y errores, consideramos muy importante reconocer en la juventud y el estudiantado su presencia como actores presentes y activos colaboradores de la construcción de la sociedad, ya no pensada desde el Estado ni de su amante el Mercado, sino desde aquellas napas subterráneas que, aunque contaminadas por la polución de la superficie, brindan movimiento y nueva vida a una sociedad que padece de *angustia*.

De ahí que, pese a ser este un ejercicio genealógico, creemos necesario recoger un cierto legado, una interpretación de la memoria histórica, simplemente, para reconocernos mejor.

En segundo lugar, queremos insistir en la autonomía política del M.E. No siempre se supo mantener la autonomía de las organizaciones del M.E. y eso derivó en muchas derrotas, pero al fin y al cabo, han sido aprendizajes, o quizás para no ser tan “optimista”, han sido procesos de aprendizajes que por cierto no están acabados. La lucha continúa y cada contingencia trae nuevos obstáculos y pruebas que intentarán constantemente cortar aquella autonomía genuina del M.E. para integrarlo, o mejor dicho, cooptarlo en el orden y sus dinámicas partidarias.

Desde la aparición del M.E. del siglo veintiuno, han existido grandes derrotas en relación a la autonomía, basta recordar las mesas de diálogo, la promulgación del CAE, las manos alzadas en el Palacio de La Moneda, y por cierto, la gratuidad de la Nueva Mayoría. Si bien, no todas han sido una cooptación por parte de los partidos políticos de la transición, los discursos si se

han usurpado y se han tergiversado, pasando por cambios progresistas, políticas públicas que lo único que hacen es profundizar el sistema neoliberal en nuestra sociedad, representado en la insistencia en la individualización de la sociedad.

De esta manera, la autonomía política es un elemento que no se puede perder ni trazar, porque justamente al perderse, este se transforma en un movimiento que sigue lo que dicta el *consenso*, la transición, la “medida de lo posible”. Y es de hecho, la línea de “lo posible” lo que impulsa el actuar del M.E. es decir, su redefinición. Es en la autonomía política del M.E. donde radica su fuerza creadora. La misma fuerza que como decía Luis Thielemann, en la conferencia que hemos referenciado, permitió algunos logros que si bien, son escuetos en relación a la revolución querida, son herramientas que podrían ayudar a esta lucha constante, como lo son, las becas de alimentación de la JUNAEV; la creación del arancel de referencia que permite transparentar los diversos precios de aranceles de las universidades y así jerarquizarlos; y uno de los más relevantes para la organización autónoma de estudiantes, la eliminación del DFL2, un obstáculo legal que permitía a los propietarios de las universidades privadas prohibir la organización institucional de los estudiantes, cuestión fundamental, dado que la mayoría de los estudiantes del país están vinculados a instituciones de carácter privado.

Comprendiendo lo anterior, y dada la contingencia política de los últimos meses, nos permitimos preguntarnos lo siguiente. Si algunas organizaciones, junto con sus líderes que han sido parte histórica del M.E, han devenido en el Frente Amplio, plataforma político-electoral que acuña diversos movimientos y partidos políticos, con diferentes visiones ideológicas inclusive, que están luchando por jugarse la representación en el orden institucional de los intereses de, por ejemplo el M.E., cabe preguntarse por cómo se defendería la autonomía del M.E., cuando trastocado por ciertas dinámicas del orden institucional, el Frente Amplio presione al M.E. a *transigir*. Un problema no menor, considerando sobre todo lo que habíamos mencionado en palabras del historiador Fermandois:

“Se trata de la capacidad demostrada de aceptar la existencia de una crítica radical cuya intención expresa es destruirla por medios legales, pero que en la práctica cotidiana se va integrando al sistema; puede reformar algunos rasgos legales del sistema, pero también experimenta transformaciones durante este proceso y al final llega a ser un elemento más de

ese mismo sistema (...) una de las fortalezas de la sociedad abierta, esto es, la potencialidad de absorber y encauzar tendencias nuevas que en un primer momento estaban dirigidas a la supresión del sistema”¹⁷⁰

Este es uno de los grandes problemas que históricamente ha tenido la democracia y el régimen republicano, justamente de “encauzar” aquellos proyectos radicales, diferentes, en algo reconocible, transformando su esencia. Es desalentador, sin embargo, las convicciones deben estar por sobre las aventuras y el deseo que causa la representación parlamentaria y los tiempos electorales. De ahí que, es preciso desde ya, plantearse este tipo de interrogantes porque seguramente serán escenarios en los cuales, el M.E. nuevamente presente tendrá que defender sus posturas y sus organizaciones. Porque lo que se tiene que evitar a toda costa es una apresurada síntesis, que intente globalizar, el “proyecto” político del M.E., esto no tiene que tener un fin abrupto. El M.E tiene que mostrar toda su potencia y fuerza que es inherente a la acción humana colectiva¹⁷¹, lo que hablábamos anteriormente de aquella capacidad creadora.

Por lo mismo, en tercer lugar, queremos relevar la capacidad creadora del M.E. Esto se constata las diversas creaciones de colectivos alternativos, veganos, feministas, de música independiente, artísticos, en fin, una gran cantidad de formas de vida antagónicas con el formato de mundo establecido por el neoliberalismo chileno y mundial. Todas formas de resistencia que si bien, no siempre se extienden en un correlato en la política contingente, si existen y son arte y parte de lo que conforma el M.E. Si se quiere, son reflejo de un “cambio cultural”, que es crucial para enfrentar el neoliberalismo.

Si el neoliberalismo, además del uso sistemático del terror revolucionario como mencionaba Moulian, estableció su propio lenguaje, es decir, su régimen del saber, así como también, estableció su derecho en la institucionalidad, vale decir, lo permitido y lo prohibido; el M.E. también tendrá que ser capaz, a partir de sus

¹⁷⁰ Fermandois, Op. Cit, p. 96-97.

¹⁷¹ Mauricio Amar, *Los movimientos sociales. Notas para repensar la acción política*, en *Actual Marx* N°13/Segundo semestre 2012, Ed. Lom, Santiago, 2012. P. 8

organizaciones, de su fuerza creadora, de sus diagnósticos y por sobre todo, de sus experiencias, un nuevo lenguaje, un nuevo régimen del saber, genuino.

Claramente, en estricto rigor, esta tarea asoma como un imposible, toda vez que aquellos que forman parte del M.E. lo son por no mas de 5 a 7 años, es decir, mientras son estudiantes, sin embargo, es tarea de este mismo, construir sus instrumentos para permanecer en la lucha. El M.E. no se puede transformar en un simple medidor de “malestar”. Sino que es fundamental crear para dialogar con quiénes ya estén fuera del aparato institucional educativo, para generar continuidades y ese tan necesitado trabajo inter generacional, propio de la reflexión social. Por lo mismo, es crucial la labor de caracterizar e historizar el proceso, dado que serán herramientas muy necesarias para la continuidad permanente de la alternativa que está en constante renovación.

Si bien, nuestra democracia claramente esta despojada de soberanía popular, es una democracia que al menos, la gente ya no desaparece –o eso se cree-, por lo que existe la oportunidad para la organización autónoma y genuina. El problema está en visibilizar y poner atención en la innumerable cantidad de formas de vigilancia y de control que el Estado “democrático” utiliza para conservar el *status quo*, y definitivamente, poner toda nuestra capacidad de cuestionamiento en cómo se construye un *tipo* de ser humano bajo el régimen democrático tecnocapitalista. Como establece Jean-Luc Nancy, esta democracia *produce* al hombre mismo, a su propia *humanidad*¹⁷², de allí la densidad casi ontológica del problema político de nuestros tiempos.

Por último, para finalizar, solamente plantear una interrogante que, creemos que está presente en toda persona, colectivo o movimiento que se cuestione radicalmente el orden social forjado e institucionalizado. Es una pregunta que puede ser un tanto apocalíptica, pero que es real. Suponiendo que el Estado de Excepción es claro, y cuando tiene que actuar lo hace sin tapujos, casos de aquello se viven en lugares de excepcionalidades como por ejemplo en la

¹⁷² Jean-Luc Nancy, *Democracia finita e infinita*, en Giorgio Agamben, *Democracia, ¿En qué Estado?* Ed. Prometeo, Buenos Aires, 2010. p. 68

Araucanía, en ciertas poblaciones de ciudades muy populosas, con la inmigración, entre otras en Chile y, sin contar las que ocurren en el mundo. ¿Cómo se prepara la gente ante el *terror* inmanente del Estado de excepción, de la verdadera soberanía, es decir, de la fuerza coercitiva? ¿Cómo lo harán los estudiantes o lo que derive de ellos, cuando –si es que se da la posibilidad- pueda realmente tocar los intereses y los engranajes del funcionamiento de la fusión Estado-Mercado? ¿Cómo confiar en nuestras FFAA si aun permanecen muchos responsables de aquella época impunes? ¿Cómo confiar, como no temer, si las FFAA tras 44 años del golpe de Estado no han sido capaces aun de brindar una respuesta por su responsabilidad histórica con la nación?

Todos cuestionamientos que trascienden a esta tesis, pero que se rozan, se comienzan a visualizar porque el M.E. lo que ha planteado es una jugada política, un ligio, un conflicto que marca algunas grietas de lo impuesto y que por lo tanto, abre –aunque sea en una escala muy pequeña- una posibilidad, una alternativa.

Agradecimientos:

“La Sombra.— Como su sombra, así es como comentan. Probablemente en la actualidad te haya yo acompañado durante mucho tiempo. Era el día más largo, pero hemos aquí en su fin; ten un poco de paciencia todavía. Esta hierba está húmeda; yo tiemblo.

El Viajero.— ¡Oh! ¿Es hora ya de distanciarnos? Y para terminar ya ha sido necesario que yo te lastimara; ya me he dado cuenta que te oscurecías.

La Sombra.— Me he puesto roja, en cuanto me es posible. Me he acordado que en varias ocasiones he estado sumisa a tus pies, como un perro, y que entonces tú...

El Viajero.— Y ¿no podría yo hacer algo que te sirviese de placer? ¿No sientes deseos?

La Sombra.— No siento más anhelo que el que formuló el filósofo cínico Diógenes ante el gran Alejandro: ¡Entrégame un poco de mi sol, que comienzo a sufrir frío!

El Viajero.— ¿Y qué deseas que haga?

La Sombra.— Ve bajo esos pinos y observa entorno tuyo, en dirección a las montañas: el sol se oculta.

El Viajero.— ¿Dónde te metiste? ¿Dónde te metiste?”¹⁷³

Por fin termina un proceso, un momento de mi vida. Y como cuándo termina el ciclo del día, la sombra desaparece. Así me gustaría recordar todos aquellos momentos que fueron imprescindibles para haber articulado este trabajo y, por la misma razón, quisiera dejarlos grabados para que no haya duda de que nada es obra personal, sino un cúmulo de entes en *movimiento*.

En primer lugar, quisiera agradecer a mis padres porque me han dado todo, material y afectivamente, para desarrollarme de la forma más libre que hemos

¹⁷³ Friedrich Nietzsche, *El Viajero y su Sombra*, Traducción: Alaric Dukass, Plutón ediciones, España, 2010, p. 157

podido. Especialmente, porque nunca cerraron los espacios para la conversación, cuestión que ha sido fundamental para poder hacer el ejercicio de la comprensión.

En segundo lugar, quiero expresar mi gratitud al profesor Juan Pablo Arancibia, quien fue una persona muy importante para este proceso, sobre todo porque de él aprendí (porque no necesariamente me lo enseñó de forma deliberada) que la educación y el pensamiento es un asunto fundamentalmente que concierne a la emancipación, lo que ha traído importantes consecuencias en mi desarrollo profesional como profesor. Además quisiera recordar al profesor Mario Sobarzo que me acercó a los temas esencialmente políticos tras la segregación y las múltiples desigualdades que este país ha forjado.

En tercer lugar, hay una lista bastante grande de amistades con las cuales he tenido conversaciones importantísimas para el desarrollo de este trabajo. Entre ellos a Claudio, Jorge, Sebastián y Diego, compañeros del Magíster que sin duda fueron personas que hicieron de ese espacio un lugar acogedor para compartir.

Un saludo especial a Ismael, eterno compañero de la vida que, junto a “Antes del Mañana”, espacio radial que creamos en la “Antenna Fractal”, de la cuál somos parte, hemos forjado grandes conversaciones y des estabilizado al sentido común. No puedo dejar de mencionar a mi amigo José Tomás Labarca, quién me llevó a comprender que el mundo no se forja de buenas intenciones, si no que hay relaciones de fuerza y de poder que (casi) siempre están imbricadas en las relaciones sociales, de ahí la importancia de la *praxis*.

A mi primo, Camilo Corral, ejemplo de vida, por su coraje, fortaleza y convicción.

A Felipe Larenas, por ser un gran compañero y por su incansable ímpetu y responsabilidad con los suyos, el Frente de Profesores del Movimiento Autonomista y en su momento, la Izquierda Autónoma.

En cuarto lugar, quiero agradecer la experiencia pedagógica que me ha tocado. En los diferentes colegios y realidades que he trabajado, en todos, mis estudiantes han sido fundamentales para cuestionarme tanto mi labor como profesor, así como han sido capaces de mostrarme *lo que viene*.

Por último, a mis amigos, todos ellos con los cuáles he compartido tanto y que constantemente me hacen ver las contradicciones de las cuales somos parte. Finalmente, agradecer a la música, aquellos sonidos que te pueden salvar la vida.

Bibliografía

- 1) Agamben, G. *Homo Sacer: El poder soberano y la nuda vida*, ed. Pre-Textos, España, 1998.
- 2) Agamben, G. *Medios sin fin. Notas sobre la política*, Ed. Pre-textos, Valencia, 2010
- 3) Amar, M. *Los movimientos sociales. Notas para repensar la acción política*, en *Actual Marx* N°13/Segundo semestre 2012, Ed. Lom, Santiago, 2012.
- 4) Atria, F. *La constitución tramposa*, Ed. Lom, Santiago, 2013.
- 5) Badiou, A. *El emblema democrático*, en Giorgio Agamben, *Democracia, ¿En qué Estado?*, Ed. Prometeo, Buenos Aires, 2010.
- 6) Bernedo, P. *Historia de la libre competencia en Chile 1959 -2010*, Fiscalía Nacional Económica, Santiago, 2013
- 7) Beyer, H. *Productividad, desigualdad y capital humano: Los complejos desafíos de Chile*, En: *Revista Estudios Públicos* N° 97, CEP, Santiago, Chile, 2005
- 8) Borri, C. *El movimiento estudiantil en Chile (2001-2014). La renovación de la educación como aliciente para el cambio político-social*, Università degli studi di Milano, 2016.
- 9) Casali, A. *Reforma universitaria en Chile, 1967-1973. Pre-balance histórico de una experiencia frustrada*, Intus Legere: Historia, Vol. 5, N° 1, U. de Chile, Santiago, 2011,
- 10) Foucault M. *Historia de la sexualidad*, tomo I, Ed. Siglo XXI, México, 1998.
- 11) Foucault, M. *Tecnologías del yo y otros textos afines*, Ed. Paidós, Barcelona, 1990.
- 12) Harvey, D. *Breve Historia del Neoliberalismo*, Ed. Akal, España, 2007.
- 13) Fermandois J. *La revolución inconclusa: la izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular*, CEP, Santiago, Chile, 2013
- 14) Giannini, H. *La metafísica eres tu: Una reflexión ética sobre la intersubjetividad*, Ed. Catalonia, Santiago, Chile, 2007.
- 15) Góngora, M. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Ed. Universitaria, Santiago, 1986.

- 16) Klein, M. *La doctrina del shock: El auge del Capitalismo del desastre*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 2007.
- 17) Moulian, T. *Chile Actual: Anatomía de un mito*, Ed. Lom, Santiago, 1997
- 18) Nah , H. *Lo posmoderno en Chile: El caso de The Clinic*, Tesis de Magister en Estudios Latinoamericanos, Universidad de Chile, Santiago, 2007.
- 19) Nancy, J.L. *Democracia finita e infinita*, en Giorgio Agamben, *Democracia, ¿En qué Estado?* Ed. Prometeo, Buenos Aires, 2010.
- 20) Nietzsche, F. *El Viajero y su Sombra*, Traducción: Alaric Dukass, Plutón ediciones, España, 2010.
- 21) Pérez López, C. *La huelga general como problema filosófico: Walter Benjamin y Georges Sorel*, Ed. Metales pesados, Santiago, Chile, 2016.
- 22) Rancière, J. *El desacuerdo*, Ed. Nueva Visión, trad. Horacio Pons, Buenos Aires, Argentina, 1996
- 23) Rojas Flores, J. *Moral y prácticas cívicas en los niños chilenos, 1880 – 1950*, Ed. Ariadna, Santiago, Chile, 2004
- 24) Rucks, S. *Desiguales: Orígenes, cambios y desafíos de la brecha social en Chile*, (PNUD 2017), Ed. Uqbar, Santiago, 2017.
- 25) Ruiz Schneider, C. *De la República al Mercado: Ideas educacionales y política en Chile*, Ed. LOM, Santiago, Chile, 2010
- 26) Salazar G., Pinto J. *Historia de Chile Contemporánea V: Niñez y juventud*, Ed. LOM, Santiago, Chile, 2002
- 27) Salazar, G. *Movimientos sociales en Chile: Trayectoria histórica y proyección política*, Ed. Uqbar, Santiago, Chile, 2012
- 28) Sobarzo, M. *Maquiavelo el siniestro*, Ed. Quimantú, Santiago, Chile, 2014.
- 29) Thielemann, L. *La anomalía social de la transición: Movimiento estudiantil e izquierda universitaria en el Chile de los noventa (1987 – 2000)*, Ed. Tiempo Robado, Santiago, 2016
- 30) Touraine, A. *¿Qué es la democracia?*, FCE, México, 2001
- 31) Valdés, J.G. *Pinochet's Economists: The Chicago School in Chile*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.
- 32) Vicuña, M. *Contingencia de Chile*, Ed. R. Universidad de Chile, 2017.